

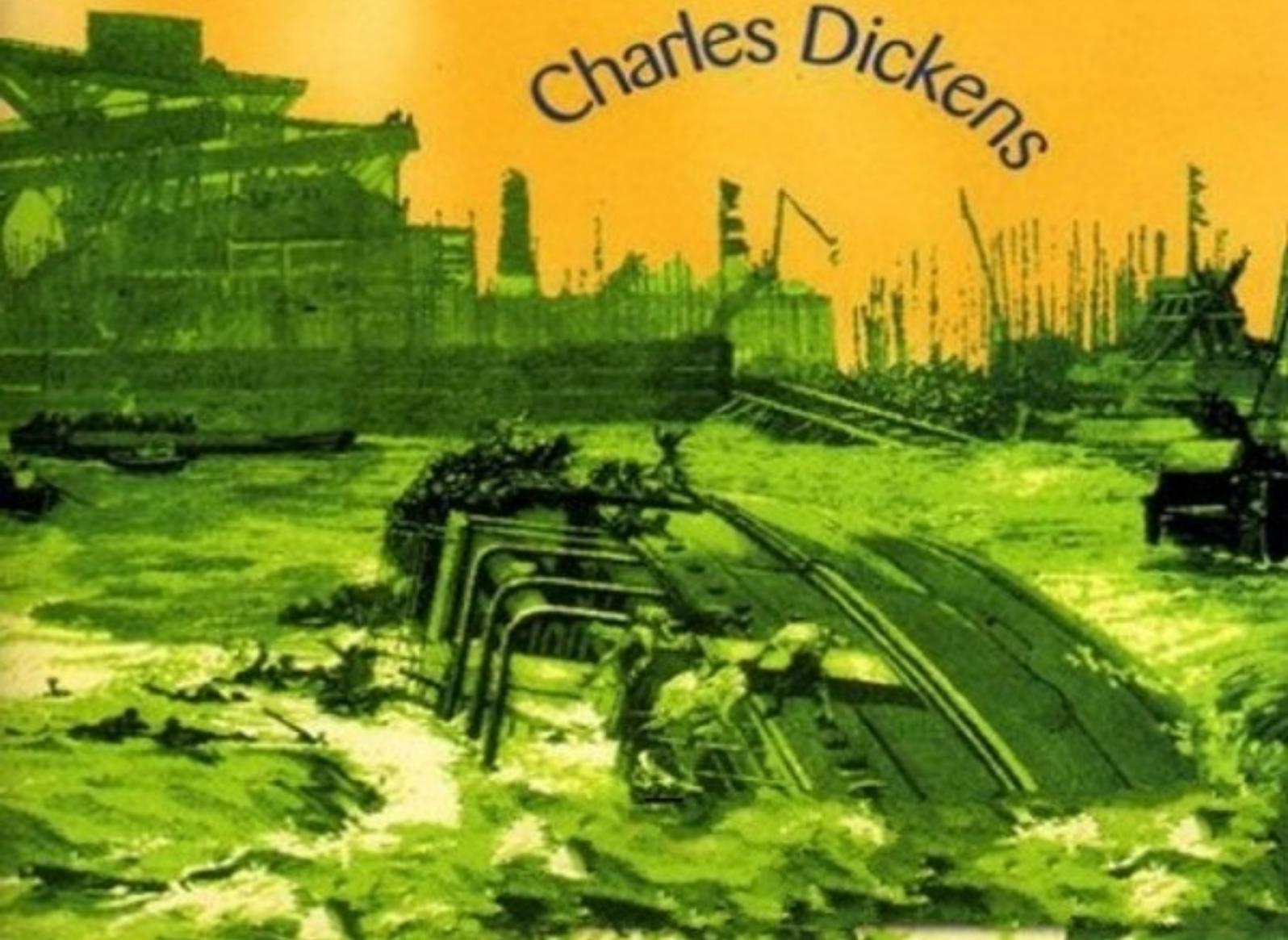


se

La historia de nadie

Y OTROS CUENTOS

Charles Dickens



Las obras de Charles Dickens, autor, entre otras, de *Oliver Twist* (1838), *Canción de Navidad* (1843), *David Copperfield* (1850) o *Historia de dos ciudades* (1859), constituyen en su conjunto uno de los legados literarios más extraordinarios de todos los tiempos. Sus *Cuentos de Navidad* —de los que aquí publicamos una selección— constituyen por separado un ejemplo de la veracidad de lo que afirmamos.

La historia de nadie constituye un ejemplar bien granado de lo que hoy día denominaríamos literatura fantástica; *Los siete viajeros pobres* se adentra más bien en el relato psicológico y la tesis moral, mientras que *El naufragio del Golden Mary* y *La odisea de unos prisioneros ingleses* combinan magistralmente elementos de la novela de aventuras y del relato histórico.

Leer estos cuentos constituye una manera de embarcarse en la obra de uno de los genios literarios de la edad contemporánea. La ternura y el peligro, la ironía y la aventura, la sensibilidad y el misterio se entrelazan en estos relatos que son, en conclusión, pequeñas joyas que deben ser leídas y disfrutadas en todo su valor, un valor —dicho sea de paso— muy notable.



Charles Dickens

La historia de nadie y otros cuentos

(1854-1857)

ePub r1.0

NoTanMalo 2.09.16

Título original: *Nobody's Story and Other Stories, 1854-1857*

Charles Dickens, 1854

Traducción: José Méndez Herrera

Editor digital: NoTanMalo

ePub base r1.2



La historia de nadie

(Nobody's Story, 1854)

Vivía en la orilla de un enorme río, ancho y profundo, que se deslizaba silencioso y constante hasta un vasto océano desconocido. Así fluía desde el Génesis. Su curso se alteró algunas veces, al volcarse sobre nuevos canales, dejando el antiguo lecho seco y estéril; pero jamás sobrepasó su cauce, y seguirá siempre fluyendo hasta la eternidad.

Nada podía progresar, dada su corriente impetuosa e insondable. Ningún ser viviente, ni flores, ni hojas, ni la menor partícula de cosa animada o sin vida volvía jamás del océano ignoto. La corriente del río oponía enérgica resistencia, y su curso jamás se detiene, aun cuando la Tierra cese en sus revoluciones alrededor del Sol.

Vivía en un paraje bullicioso y trabajaba intensamente para poder subsistir. No tenía esperanza de ser alguna vez lo suficientemente rico como para descansar durante un mes, pero aun así estaba contento, Dios lo sabía, y no le faltaba voluntad para cumplir sus pesadas tareas. Pertenecía a una numerosa familia cuyos miembros debían ganarse el sustento por sí mismos con el trabajo diario, prolongado desde el amanecer hasta entrada la noche. No tenía otra perspectiva ni jamás había pensado en ella.

En la vecindad donde residía se oían constantes ruidos de trompetas y tambores, pero no le concernían en absoluto. Esos golpes y tumultos procedían de la familia Bigwig, cuya extraña conducta no cesaba de admirar. Ellos exponían ante la puerta de su vivienda las más raras estatuas de hierro, mármol y bronce, y oscurecían la casa con las patas y colas de toscas imágenes de caballos. Si se les preguntaba el significado de todo eso, sonreían con su rudeza habitual y continuaban su ardua tarea.

La familia Bigwig —compuesta por los personajes más importantes de los alrededores, y los más turbulentos también— tomó a su cargo la misión de

evitar que pensara por sí mismo, manejándole y dirigiendo sus asuntos.

—Porque, verdaderamente —decía él—, carezco del tiempo suficiente, y si sois tan buenos al cuidarme, a cambio del dinero que os pagaré —pues la situación monetaria de dicha familia no estaba por encima de la suya—, estaré aliviado y muy agradecido al considerar que vosotros entendéis más que yo.

Aquí continuaban los golpes y tumultos y las extrañas imágenes de caballos ante las cuales se esperaba debía postrarse y adorar.

—No entiendo nada de eso —dijo, frotándose confuso la frente arrugada—. Debe de tener un significado, seguramente, que yo no alcanzo a descubrir.

—Eso significa —contestó la familia, sospechando lo que quería decir— honor y gloria en lo más alto, para el mayor mérito.

—¡Oh! —respondió él, y quedó satisfecho.

Pero cuando miró hacia las imágenes de hierro, mármol y bronce, no encontró ningún compatriota suyo de valía. No pudo descubrir ni uno de los hombres cuyo saber rescató a él y a sus hijos de una enfermedad terrible, cuyo arrojo elevó a sus antepasados de la condición de siervos, cuya sabia imaginación abrió una existencia nueva y elevada a los más humildes, cuya habilidad llenó de infinitas maravillas el mundo del hombre trabajador. En cambio descubrió a otros acerca de los cuales no había escuchado jamás nada bueno, y otros más aún, sobre quienes sabía que pesaban muchas maldades.

—¡Hum! —se dijo—. No lo entiendo del todo.

De modo que se fue a su casa y se sentó junto a la chimenea para no pensar más en ello.

En ese tiempo no había lumbre en su chimenea, cruzada por surcos ennegrecidos, pero, a pesar de ello, era su lugar favorito. Su mujer tenía las manos endurecidas por el trabajo constante, y había envejecido antes de tiempo; pero, aun así, la amaba mucho. Sus hijos, cuyo crecimiento se había estancado, exhibían señales de una alimentación deficiente; pero se notaba belleza en sus ojos. Sobre todas las cosas, en el alma de aquel hombre se imponía el ardiente deseo de instruir a sus hijos.

—Si algunas veces resulté engañado —decía— por falta de saber, al menos que ellos aprendan para evitar mis errores. Si es duro para mí recoger la cosecha de placer y sabiduría acumulada en los libros, que a ellos les resulte fácil.

Pero la familia Bigwig estalló en violentas discusiones sobre lo que era legítimo enseñar a los hijos de aquel hombre. Algunos miembros insistían en que determinados asuntos eran primordiales e indispensables, y la familia se dividió en distintas facciones, escribió panfletos, convocó a sesiones, pronunció discursos, se acorralaron unos a otros en tribunales laicos y cortes eclesiásticas, se arrojaron barro, cruzaron las espadas y cayeron juntos en abierta pugna e incomprensible rencor. Mientras tanto, el hombre contempló al demonio de la ignorancia irguiéndose y arrastrando consigo a sus hijos. Vio a su hija convertida en una prostituta andrajosa, a su hijo encenagarse en los senderos de baja sensualidad, hasta llegar a la brutalidad y al crimen; la naciente luz de la inteligencia en los ojos de sus hijos pequeños cambiaba hasta convertirse en astucia y sospecha, a tal punto que los hubiera preferido imbéciles.

—Tampoco soy capaz de entenderlo —dijo entonces—; pero creo que no puede justificarse. ¡No! ¡Por el cielo nublado que me ampara, protesto y me reconozco culpable!

Tranquilizado nuevamente —porque sus pasiones eran por lo común de escasa duración y su natural bondadoso—, miró a su alrededor, en los domingos y días de fiesta, y notó cuánta monotonía y fastidio existía por doquier; cuánta embriaguez surgía de allí, con su séquito de ruindades. Entonces recurrió a la familia Bigwig, diciendo:

—Somos gente trabajadora, y sospecho que la gente trabajadora, de cualquier condición, necesita un descanso mental y distracciones. Ved las condiciones en que caemos cuando descansamos sin ellas. ¡Venid! ¡Distraedme inocentemente, mostradme alguna cosa, dadme una escapatoria!

Pero la familia Bigwig se alborotó.

Cuando pudieron escucharse varias voces, se propuso enseñarle las maravillas del mundo, las grandezas de la creación, los notables cambios del tiempo, la obra de la Naturaleza y las bellezas del arte en cualquier período de su vida y cuanto pudiera contemplar. Esto originó entre los miembros de la familia Bigwig tanto desorden y desvarío, tantos tribunales y peticiones, tantos rezongos y memoriales, tantas mutuas ofensas, una ráfaga tan intensa de debates parlamentarios donde el «no me atrevo» seguía al «lo haría si pudiera», que dejaron al pobre hombre estupefacto, mirando extraviado a su alrededor.

—Yo he provocado esto —se dijo, y se tapó aterrizado los oídos—. Solo

intentó ser una pregunta inocente, surgida de mi experiencia familiar y el saber común de todo hombre que desea abrir los ojos. No lo entiendo y no soy comprendido. ¿Qué generará semejante estado de cosas?

Entregado a su trabajo, se repetía con frecuencia esta pregunta cuando comenzó a extenderse la noticia de una peste que había aparecido entre los trabajadores, provocando muertes a millares. Al mirar a su alrededor, pronto descubrió que la noticia era cierta. Los moribundos y los muertos se mezclaban en las casas estrechas y sucias en que vivieron. Nuevos venenos se filtraban en la atmósfera siempre lóbrega, siempre nauseabunda. Los fuertes y los débiles, la ancianidad y la infancia, el padre y la madre, todos caían por igual.

¿Cómo podía escapar de aquello? Se quedó allí y vio morir a quienes más amaba. Un benévolo predicador vino hacia él, tratando de decir algunas plegarias con las que calmar su corazón entristecido, pero él replicó:

—¡Oh! ¿Qué eficacia posees, misionero, al acercarte a mí, a un hombre condenado a vivir en este lugar hediondo, donde cada sentimiento que se demuestra se convierte en un tormento y donde cada minuto de mis días contados es una nueva palada de lodo agregada a la pila que me oprime? Pero dadme el fugaz resplandor del cielo por medio del aire y la luz; dadme agua pura, ayuda a mantenerme aseado; iluminad esta atmósfera pesada y esta vida oscura en la que nuestros espíritus se hunden y que nos convierten en las criaturas indiferentes y endurecidas que tan a menudo contempláis; gentil y bondadosamente llevad los cadáveres de aquellos que murieron fuera de esta mísera habitación, donde ya nos hemos familiarizado en tal forma con el terrible cambio que, para nosotros, hasta ha perdido su santidad, y, maestro, oiré entonces, nadie mejor que tú lo sabes cuán voluntariamente, a Aquel cuyo pensamiento estaba siempre con los pobres y que compadecía todas las miserias humanas.

Estaba ya de nuevo en su trabajo, triste y solitario, cuando el amo apareció y permaneció a su lado, vestido de negro. También él había sufrido mucho. Su joven esposa, su esposa tan bella y tan buena, había muerto, llevándose consigo su único hijo.

—¡Señor! Es muy duro de sobrellevar, lo sé, pero consuélate. Yo trataré de aliviarte en lo posible.

El patrón le agradeció desde el fondo de su corazón, pero contestó:

—¡Oh trabajadores! La calamidad comenzó entre vosotros. Si hubierais

vivido en forma más saludable no sería el viudo desconsolado del presente.

—Señor —replicó el trabajador, moviendo la cabeza—, he comenzado a comprender hasta cierto punto que la mayor parte de las calamidades provendrán de nosotros, como provino esta, y que nada se detendrá ante nuestras pobres puertas mientras no nos unamos a aquella gran familia pendenciera, para hacer las cosas que deben hacerse. No podemos vivir sana y decentemente hasta que aquellos que se comprometieron a dirigirnos nos proporcionen los medios. No podremos ser instruidos hasta que no nos enseñen; no podremos divertirnos razonablemente hasta que ellos no nos procuren diversiones; solo podremos creer en falsos dioses, en nuestros hogares, mientras ellos ensalzan a muchos de los suyos en todos los lugares públicos. Las malas consecuencias de una educación imperfecta, de una indiferencia peligrosa, de inhumanas restricciones y el rechazo absoluto de cualquier goce, todo procederá de nosotros y nada se detendrá. Se extenderá en todas direcciones. Siempre sucede así, al igual que con la peste. Esto entiendo yo, al menos.

Pero el amo respondió:

—¡Oh, vosotros, trabajadores! ¡Cuán raramente os dirigís a nosotros, si no es por algún motivo de queja!

—Señor —replicó—. No soy nadie y tengo escasas posibilidades de ser escuchado, o tal vez no desee ser oído, excepto cuando existe alguna queja. Pero ella nunca tiene origen en mí, y nunca puede terminar conmigo. Tan seguro como la muerte que desciende hasta mí para hundirme.

Había tanta razón en lo que decía, que la familia Bigwig llegó a enterarse y, terriblemente asustada por la reciente catástrofe, resolvió unirse a él para hacer las cosas con más justicia, en todo caso, hasta donde esas mismas cosas estuvieran asociadas con la inmediata prevención, humanamente hablando, de una nueva peste. Pero en cuanto desapareció el temor, cosa que sucedió muy pronto, se reanudaron las mutuas querellas y no se hizo nada. En consecuencia, el azote volvió a reaparecer, rugió como antes, se extendió como antes, vengativamente hacia arriba, arrastrando un gran número de descontentos. Pero ni un solo hombre entre ellos quiso admitir, aun en el más ínfimo grado, ser uno de los culpables.

Por consiguiente, se siguió viviendo y muriendo en igual forma, y esto es lo primordial en la historia de nadie.

¿No tiene nombre?, preguntarán. Tal vez se llame *Legión*. Importa poco

cuál sea su nombre verdadero.

Si habéis estado en los pueblos belgas, cerca del campo de Waterloo, habréis visto en alguna iglesia pequeña y silenciosa el monumento erigido por fieles compañeros de armas a la memoria del coronel A, del mayor B, de los capitanes C, D y E, de los subtenientes F y G, alféreces H, I y J, de siete oficiales y ciento treinta soldados que cayeron en el cumplimiento de su deber en un día memorable. La historia de nadie es la historia de los soldados anónimos de la tierra. Ellos tomaron parte en la batalla, les corresponde parte de la victoria; cayeron y no dejaron su nombre más que en conjunto. La marcha del más orgulloso de nosotros se encauza en el sendero polvoriento que ellos atravesaron.

¡Oh! Pensemos en ellos este año, ante el fuego de Navidad, y no les olvidemos después que este se haya extinguido.

Los siete viajeros pobres

(The Seven Poor Travellers, 1854)

PERSONAJES:

BEN: *mozo de hotel.*

RICHARD DOUBLEDICK: *joven alocado que se incorpora al ejército.*

MARY MARSHALL: *su prometida.*

CAPITÁN TAUNTON: *capitán de la compañía en la que Doubledick se incorpora.*

SEÑORA TAUNTON: *madre del anterior.*

Capítulo I

En la antigua ciudad de Rochester

En realidad, solo eran seis los viajeros pobres, pero siendo viajero yo también, aunque muy holgazán, y además tan pobre como ellos, aumenté en uno el total.

Esta explicación es necesaria para aclarar la inscripción que se lee sobre la puerta, antigua y con primorosos detalles:

RICHARD WATTS

Este asilo se fundó cumpliendo su testamento, fechado el 22 de agosto de 1579, para dar albergue a seis viajeros pobres, no pillos ni oficiales de justicia.

Recibirán gratis, por una noche, albergue, diversión y cuatro peniques cada uno.

Sucedió en la antigua ciudad de Rochester, en Kent, en víspera de Navidad, mientras yo leía este epígrafe sobre la puerta en cuestión. Vagando por los alrededores de la catedral descubrí la tumba de Richard Watts, con su efigie sobresaliendo como el mascarón de proa de un barco; supuse entonces que no podría hacer menos que preguntar por el camino que conducía hasta allí, luego de haberle entregado su propina al alguacil. Corto y recto como era, llegué rápidamente a mi destino.

—Bien —me dije, mientras sacudía el llamador—, sé que no soy oficial, y me pregunto si seré en verdad un pillo.

En general, aun cuando la conciencia reproduzca dos o tres rostros hermosos, los cuales hubieran podido tener menor atracción para un Goliat, en lo moral, que la que tenían para mí, llegué a la conclusión de que no lo era.

Por consiguiente, comencé por observar el establecimiento, en cierto modo de mi propiedad, legado por el venerable Richard Watts a mí y a otros

colegatarios por partes iguales. Di algunos pasos atrás para contemplar mi herencia.

Era una casa blanca, de aspecto aseado, con un aire serio y respetable, con la puerta ya mencionada tres veces, ventanas bajas y enrejadas y un techo a tres aguas. La silenciosa calle principal de Rochester ostenta techos semejantes en todos los edificios, con vigas y maderas talladas que forman rostros de extrañas figuras. Está adornada por un antiguo y extraño reloj, que se proyecta sobre el pavimento, más allá de un edificio de ladrillos rojos, como si el tiempo debiera resolver asuntos enarbolando su firma allí. A decir verdad, marcaba la hora con energía en los viejos días de romanos, sajones y normandos, y más tarde, en la época del rey Juan, cuando el derruido castillo ahora abandonado —no intentaré contar cuántos años pasaron desde entonces, dejando las huellas de los siglos—, se deterioraron de tal forma las oscuras hendiduras, que la ruina aparecía como si las cornejas y los cuervos hubiesen arrancado fragmentos a picotazos.

Estaba muy satisfecho con mi propiedad y su situación. Mientras la continuaba observando descubrí con creciente regocijo, en una de las ventanas superiores, la figura de una matrona que fijaba en mí sus ojos interrogantes. Decían ellos tan a las claras: «¿Desea visitar la mansión?», que respondí en voz alta:

—Sí, si es que no tiene inconveniente.

Al minuto se abrió la puerta, y yo, con la cabeza baja, avancé algunos pasos hasta la entrada.

—Aquí —dijo la mujer, introduciéndose en una habitación de la derecha — es donde los viajeros, sentados ante el fuego, cocinan los bocados que compran con sus cuatro peniques.

—¡Ah! ¿No les proporcionan hospedaje? —pregunté, pues la inscripción sobre la puerta exterior bullía en mi cerebro tanto que la repetía mentalmente, en una especie de estribillo: «Techo, comida y cuatro peniques a cada uno».

—Pueden disponer de lumbre y utensilios —contestó la matrona, mujer muy gentil, no demasiado bien retribuida—. Las inscripciones pintadas sobre el armario son las reglas a las que deben adaptar su conducta. Se les entregan los cuatro peniques cuando obtienen su credencial del administrador, establecido a un lado del camino, pues no son admitidos en otra forma. Suelen comprar algunas veces una lonja magra de tocino, algún arenque, una libra de patatas y otras cosas. Algunas veces, dos o tres reúnen sus peniques y

disponen una cena en esa forma. Pero no se puede obtener mucho con cuatro peniques ahora, cuando los comestibles cuestan tanto dinero.

—Es cierto, es verdad —repliqué.

Observé la habitación, admirando la abrigada chimenea en un extremo, las vigas del techo y el fugaz resplandor de la calle a través de las ventanas bajas.

—Es muy confortable —dije.

—Muy inconveniente —respondió ella.

Me satisfizo oír la hablar en esa forma, pues demostraba una loable ansiedad por ejecutar sin espíritu tacaño los deseos de Richard Watts. Pero la habitación se adaptaba tan bien a las finalidades, que yo protesté con algún entusiasmo contra su menosprecio.

—No, señora —dije—; estoy seguro de que es abrigada en invierno y fresca en verano. Tiene un aire de hogareña bienvenida y descanso tranquilizador. La chimenea tan confortable, cuyo destello, al percibirse desde la calle en la noche invernal, es suficiente para templar el corazón de todo Rochester. Y en cuanto a la conveniencia de los seis viajeros pobres...

—No es a ellos a quienes me refiero, sino a la inconveniencia que supone permanecer aquí mi hija y yo y no disponer de otra habitación donde pasar la noche.

Eso era cierto, en verdad, pero había otro cuarto pulcramente dispuesto, de similares dimensiones, en la parte opuesta a la entrada; de modo que me acerqué a la puerta que los separaba y pregunté el destino de esa habitación.

—Este —continuó— es el lugar donde se reúnen.

—Le agradecería que me permitiese verlo.

Desde la calle había contado seis ventanas altas, además de la situada en la planta baja. Calculando, pues, mentalmente, pregunté:

—¿Los seis viajeros duermen arriba?

Mi nueva amiga negó con la cabeza.

—Duermen en dos pequeñas galerías exteriores al fondo, donde siempre estuvieron las camas desde que se fundó este asilo. Como estas circunstancias son muy inconvenientes para mí, los caballeros tuvieron que separar una parte de la habitación y formar una especie de salón aquí, donde suelen permanecer un rato antes de irse a acostar.

—Y entonces los seis viajeros pobres —dije— ¿están fuera de la casa?

—Completamente fuera —asintió ella, frotándose las manos—, lo que es considerado mucho mejor y más conveniente para ambas partes.

En la catedral me alarmé por el énfasis con que la efigie de Richard Watts emergía de su tumba, pero comencé a pensar que muy bien podía llegarse hasta la calle principal de Rochester en una noche tormentosa y provocar un disturbio.

Sea como fuere, guardé mis reflexiones y acompañé a la matrona hasta las galerías del fondo. Estaban separadas en pequeñas divisiones, como las galerías de las viejas posadas, y en muy buen estado de higiene. Mientras las observaba, la mujer me hizo comprender que el número reglamentario de viajeros era parecido todas las noches desde el principio del año hasta el fin, y que las camas estaban siempre ocupadas. Mis preguntas y sus respuestas nos trajeron de vuelta al salón, tan indispensable para la dignidad de los caballeros, donde me mostró los informes impresos de la sociedad, que colgaban cerca de la ventana. Por ellos deduje que la mayor parte de la propiedad legada por el venerable Richard Watts para el sostén de esta fundación eran solamente pantanos en la época en que falleció, pero con el transcurso del tiempo fueron convirtiéndose en terreno aprovechable, y sobre él se levantaron muchas construcciones que acrecentaron su valor. Descubrí también que cerca de la trigésima parte de los ingresos anuales se gastaban en los propósitos enumerados en la inscripción que figuraba sobre la puerta, y el resto se invertía generosamente en comisiones, impuestos y otras pertenencias de administración, altamente lisonjeras para la importancia de los seis viajeros pobres.

En resumen: hice el descubrimiento, no del todo nuevo, también atribuible a más de un establecimiento como este, en nuestra querida y vieja Inglaterra, de ser el mismo caso de la ostra gorda del cuento, que necesitó de muchos hombres para poderse engullir entera.

—Y dígame, señora —pregunté, sintiendo que mi turbación aumentaba tras ocurrírseme esta idea—, ¿podría ver a los viajeros?

—Pues no —contestó con incertidumbre.

—¿No esta noche, por ejemplo? —repliqué.

—Bien —dijo ya más categóricamente—. Nadie preguntó jamás por ellos y tampoco nadie los ha visto nunca.

Como no pertenezco a los que se rinden ante el primer obstáculo cuando adoptan una resolución, insistí ante la buena señora arguyendo que estábamos en vísperas de Navidad; que Navidad es solo una vez al año, cosa, por desgracia, demasiado cierta, pues si permaneciera todo el año con nosotros convertiríamos la Tierra en un lugar muy diferente. Argüí estar dominado por el deseo de convidar a cenar a los viajeros y brindarles un vaso de ponche caliente; además, gozaba ya de crecida fama por mi habilidad en prepararlo, y si me fuera permitido celebrar la fecha me sometería de buen grado a la moderación y a la sobriedad; en una palabra, podría ser a la vez alegre y prudente y, en caso necesario, sabría mantener a los demás en iguales condiciones, a pesar de no estar condecorado con ninguna insignia ni medalla ni ser orador, apóstol, santo o profeta, cualquiera que sea la denominación. Triunfé al fin. Quedó acordado que esa misma noche, a las nueve, un pavo y un trozo de carne humearían sobre el aparador y que yo, tímido e indigno ministro de Richard Watts, por una vez tan solo presidiría la cena de Navidad como huésped a los Seis Viajeros Pobres.

Volví a la posada para dar las instrucciones acerca del pavo y la carne, y durante el resto del día no pude hacer otra cosa que pensar en mis invitados.

Cuando oía al viento soplar con fuerza contra las ventanas, pues el día era muy frío y las intensas ráfagas de agua y nieve se alternaban con períodos de violentos resplandores como si el año muriera a intervalos, les veía en mi imaginación acercándose al albergue tras recorrer helados senderos, y me alegré al pensar cuán lejos estaban de prever la cena que les aguardaba. Pintaba sus retratos en mi imaginación con exagerados toques. Los veía con los pies lastimados, muy cansados, llevando bultos y fardos; detenidos ante postes indicadores del camino, inclinados sobre sus bastones nudosos, observando atentamente lo que en ellos se decía; pensaba en la posibilidad de haber equivocado el camino y con los sentidos llenos de aprensión ante el temor de pasar la noche fuera y morir de frío tal vez. Cogí el sombrero y salí; trepé hasta la cima del viejo castillo y examiné las colinas expuestas al viento, que caían en declive hasta Medway, creyendo tal vez poder divisar a distancia a alguno de mis viajeros. Ya anocheado, y tras oír la campana de la catedral tocar cinco, seis, siete veces, llegué a sentirme tan identificado con ellos que no pude cenar, y tuve que verlos una vez más en los carbones encendidos de la chimenea. Pensé que ya habrían llegado todos a aquella hora y que, tras obtener las entradas respectivas, habrían penetrado en la casa. Llegado a ese punto, mi alegría se diluía ante la idea de que probablemente algunos hubieran llegado demasiado tarde y hubieran quedado fuera.

Después de que las campanas de la catedral anunciaron las ocho pude percibir el delicioso aroma del pavo ascendiendo hasta las ventanas de mi dormitorio, que miraban sobre el patio de la posada, y donde las luces de la cocina enrojecían una sólida fracción del muro perteneciente al castillo. Era ya hora de preparar el ponche; por eso recogí el material necesario —del que me reservo la proporción exacta como el único secreto personal que pude guardar jamás—. Preparé un ponche magnífico. No en una ponchera, porque esta, en cualquier lugar que no sea un anaquel, hubiera sido una vil falsificación, sino en un cántaro de barro marrón, tapado con un trozo de gruesa tela. Siendo ya cerca de las nueve, me dirigí al asilo, llevando a mi «morena beldad» entre los brazos. Hubiera confiado a Ben, el mozo del hotel, una cantidad enorme de dinero, pero existen cuerdas en el corazón humano que nunca pueden ser pulsadas por otro, y los licores que yo mismo fabrico constituyen esas cuerdas en el mío.

Los viajeros estaban reunidos, el mantel tendido, y Ben había puesto ya leña en la chimenea, de modo que un toque o dos con el atizador, después de la cena, producirían una gran llamarada. Tras depositar a mi beldad en un rojo rincón del hogar, donde pronto comenzó a cantar como un grillo etéreo, difundiendo al mismo tiempo aromas de maduros viñedos, bosques de especias y naranjales; luego, vuelvo a repetirlo, de haber apostado a mi bella en lugar seguro, me presenté ante mis invitados y estreché las manos de todos ellos brindándoles cordial bienvenida.

Encontré la reunión así integrada: yo, en primer término; en segundo lugar, un hombre muy decente, con el brazo derecho en cabestrillo, que emanaba a su alrededor un cierto olor a bosque muy agradable, por lo que supuse estaría relacionado con la construcción de buques; en tercer lugar, un joven marinero, casi un niño, con abundante cabello castaño y ojos profundos, de mirar femenino; cuarto, un personaje gentil y raído, vestido con traje negro muy usado y aparentemente en mala situación, con la mirada fría y desconfiada, los botones ausentes de su chaqueta, reemplazados por una cinta roja, y un montón de papeles ajados emergiendo de un bolsillo del chaleco; en quinto lugar, un extranjero de nacimiento, pero inglés por su lenguaje, que llevaba la pipa en la banda del sombrero y que no perdió tiempo en revelarme, con espontánea sencillez, que era fabricante de relojes en Ginebra y que viajaba a través de todo el continente, a pie la mayor parte del tiempo, viendo países nuevos, y posiblemente —así lo pensé yo— también introduciendo de contrabando uno o dos relojes de tiempo en tiempo; en sexto lugar, una viudita, que fue muy hermosa, joven todavía, pero cuya belleza naufragó en

algún gran infortunio y cuyo modo de ser era notablemente tímido, atemorizado y solitario; séptimo, por fin, un viajero aproximadamente de mi edad, pero de aspecto anticuado; un vendedor ambulante de libros, que traía innumerables folletos y periódicos consigo y que alardeaba de poder repetir en una sola tarde más versos que los que hubiera vendido en un año.

He mencionado a todos ellos en el orden en que aparecían sentados alrededor de la mesa. Yo presidía, y la encargada de la casa ocupaba la otra cabecera. No tardamos mucho en colocarnos, pues la cena había llegado conmigo, formando la siguiente procesión:

Yo, con el cántaro.

Ben, con la cerveza.

El criado distraído, llevando los platos calientes.

El pavo.

Una criada, trayendo salsa que debía ser calentada al instante.

La carne.

El mozo, con una bandeja sobre su cabeza conteniendo legumbres y varios.

Un criado voluntario del hotel, sonriendo sarcásticamente, sin tratar de ser útil en ninguna forma.

Mientras atravesábamos la calle principal, dejamos, a semejanza de un cometa, una cola fragante, haciendo que el público se detuviera olfateando con extrañeza. En un rincón del patio, un joven de ojos azules, muy acostumbrado a escuchar el silbato que Ben guardaba en su bolsillo, debía precipitarse a la cocina tan pronto como oyera el silbido, recoger el budín inglés caliente y los pasteles y traerlos al asilo en la forma más rápida posible, donde serían recibidos por la mujer, ya provista de coñac ardiendo...

Todas estas disposiciones fueron cumplidas en la forma más exacta y puntual. Nunca vi un pavo mejor, carne más deliciosa ni mayor prodigalidad de salsa y jugo; y mis viajeros rindieron admirable justicia a todo lo que se les puso frente a la vista. Mi corazón se alegraba observando cómo sus rostros endurecidos por el viento y el frío se suavizaban entre el ruido de platos y cubiertos y se ablandaban al calor del hogar, mientras sus sombreros, gorros y abrigos colgaban de las perchas y se alzaban bultos pequeños en un rincón sobre el suelo, y en otro rincón tres o cuatro viejos bastones, gastados en sus

extremos, enlazaban con cadena dorada al exterior helado y desierto mientras en el interior se estaba abrigado.

Cuando la cena concluyó y mi «morena beldad» fue colocada sobre la mesa, hubo una solicitud general para que yo ocupara el rincón junto al fuego. Como rehusé el honor, Ben, cuya mano es perfecta para todo lo relacionado con el convite, arrimó la mesa a un rincón, y disponiendo a mis invitados a mi derecha e izquierda, cerró el círculo a mi alrededor, conservando el orden que teníamos en la mesa. También en forma muy suave empujó fuera de la habitación a sus ayudantes y desapareció cerrando la puerta en silencio.

Era ya tiempo de atizar el fuego. Lo toqué tres veces, como si el atizador fuera un talismán encantado, y de él brotó una brillante multitud de chispas que se precipitaron hacia arriba en ardiente danza campesina. Mientras tanto, ante esa luz resplandeciente, que dejó a nuestra lámpara en la sombra, llené los vasos de mis viajeros.

—¡Navidad! ¡Nochebuena!, amigos míos; cuando los pastores, pobres viajeros también, a su manera, oyeron cantar a los ángeles: «Paz en la tierra a los hombres de buena voluntad».

Bebimos a la memoria del buen Richard Watts, y que su sombra no tenga nunca bajo este techo trato peor que el que nosotros le proporcionamos.

Llegó el momento encantador de las narraciones.

—Toda nuestra vida, viajeros —dije—, es una historia más o menos comprensible, por lo general menos que más; pero podemos descifrarla bajo una luz más clara cuando ya se ha concluido: Yo, al menos, en esta noche me encuentro en tal forma entre la realidad y la ficción que escasamente sé cuál es cuál. Trataré de pasar el tiempo narrándoles una historia mientras estamos sentados aquí junto al fuego.

Todos contestaron afirmativamente. Tenía yo muy poco que contarles, pero estaba ya comprometido por mi propia propuesta. Por eso, después de observar un rato la espiral de humo que emergía del cántaro, a través del cual podría casi jurar haber visto la efigie de Richard Watts menos alarmada que de costumbre, abrí el fuego.

Capítulo II

La historia de Richard Doubledick

En el año 1799 un pariente mío llegó a pie y cojeando a esta ciudad de Chatham. La llamo esta ciudad porque si alguien de los presentes sabe con exacta precisión dónde termina Rochester y comienza Chatham sabe más de lo que yo sé. Era un viajero pobre, sin un cuarto en los bolsillos. Se sentó cerca del fuego en esta misma habitación y durmió sobre una cama que esta noche será ocupada por alguno de los presentes.

Este pariente mío llegó a Chatham para ingresar en un regimiento de caballería, si es que alguno podía admitirle; de lo contrario, para alistarse como soldado del rey Jorge mediante algún cabo o sargento que colocase un manojo de cintas en su birrete. Deseaba ser muerto a balazos, pero pensé que podría también alcanzar la muerte tanto a pie como a caballo.

Se llamaba Richard, pero era más conocido por Dick. Arrojó al camino su propio apellido y adoptó el de Doubledick. Pasó, pues, como Richard Doubledick, de veintidós años de edad, cinco pies y diez pulgadas de altura, nativo de Exmouth, aun cuando jamás estuvo allí ni en sus cercanías. No existía caballería en Chatham cuando atravesó, cojeando, el puente, con sus pies polvorientos calzados a medias con destrozadas botas; por consiguiente, se alistó en un regimiento de línea, y se alegró de poder embriagarse y olvidar todo lo que con él se relacionaba.

Vosotros debéis saber que este pariente mío siguió mal camino, llegando hasta el libertinaje. Tenía el corazón en su puesto, pero cerrado con llave. Estaba comprometido con una joven bella y buena, a quien amaba más que ella a él, o tal vez así lo creía; pero en mala hora dio motivo para que ella dijera solemnemente:

—Richard, jamás me casaré con otro hombre. Viviré soltera por tu bien, pero los labios de Mary Marshall —así se llamaba— jamás te dirigirán la

palabra en la tierra. Vete, Richard. ¡Que el cielo te perdone!

Eso acabó con él y fue el motivo de su llegada a Chatham, convirtiéndolo en el soldado raso Richard Doubledick, con la firme determinación de buscar la muerte en la primera oportunidad.

No existía en aquella época soldado más libertino y temerario en los cuarteles de Chatham que Richard Doubledick. Estaba siempre asociado con la hez del regimiento; pasaba borracho la mayor parte de su tiempo, constantemente sometido a castigo. Pronto se extendió por todo el cuartel la noticia de que el soldado Doubledick sería dado de baja sin tardanza.

Pero el capitán de la compañía era un caballero joven, apenas cinco años mayor que nuestro protagonista, cuyos ojos tenían tal expresión que afectaban al soldado Doubledick en forma notable. Eran ojos radiantes y hermosos, por lo general risueños, y cuando serios más firmes que severos, pero eran los únicos ojos en todo el mundo cuya mirada el soldado era incapaz de resistir. Sin importarle castigos ni malas notas, desafiando a todo y a todos, no podía dejar de reconocer que se sentía avergonzado cuando esos ojos se detenían un instante sobre él. No podía evitar saludar al capitán Taunton en la calle como a cualquier otro oficial, pero quedaba intimidado y confuso, turbado ante la mera posibilidad de que el capitán fijase en él su mirada. En sus peores momentos prefería volverse y apartarse algunos metros del camino antes que tropezar con ellos.

Un día, cuando el soldado Doubledick salió del oscuro calabozo donde pasara las últimas cuarenta y ocho horas, y donde también solía transcurrir la mayor parte de su tiempo, recibió orden de acudir al despacho del capitán.

En el estado en que se encontraba deseaba verle menos que nunca, pero no era tan insensato como para desobedecer órdenes superiores; se dirigió, pues, a la terraza que dominaba la plaza de armas, donde estaban los cuartos de los oficiales, retorciendo entre sus manos una brizna de paja que formaba parte del mobiliario del calabozo.

—¡Entre! —gritó el capitán cuando oyó golpear a su puerta.

Doubledick se quitó el birrete, avanzó dos o tres pasos y se situó frente a él.

Hubo una pausa prolongada. El soldado, que había introducido la brizna de paja en su boca, tras doblarla gradualmente hacia el paladar, se sentía casi ahogado.

—Doubledick —dijo el capitán—, ¿sospecha cuál será su fin?

—El infierno, señor —balbuceó el interpelado.

—Sí —aprobó el capitán—. Y mucho antes de lo que supone.

El soldado hizo una breve señal de asentimiento.

—Doubledick —agregó el capitán—, desde que entré al servicio de Su Majestad, a los diecisiete años, he sufrido observando a muchos hombres que prometían adoptar la misma senda; pero jamás me ha dolido tanto encontrar a un hombre determinado a realizar ese viaje vergonzoso, como he comprobado desde el momento mismo que integró este regimiento.

El soldado comenzó a ver una nube sobre el piso mientras mantenía la cabeza baja, y descubrió que las patas de la mesa se encorvaban, como si las viera a través de una cortina de lágrimas.

—Solo soy un soldado raso, señor —dijo—. Mi fin no interesa a nadie.

—Es un hombre con educación y otras ventajas —replicó el capitán muy indignado—, y si manifiesta eso a sabiendas, ha descendido más bajo de lo que yo creía. Dejo a su consideración medir la profundidad de esta bajeza, sabiendo lo que sé sobre su desgracia y viendo lo que veo.

—Espero morir pronto, señor, y entonces el regimiento y el mundo se verán libres de mí.

Las patas de la mesa se encorvaron más aún.

Doubledick, alzando la vista, encontró los ojos que tanta influencia ejercían sobre él. Se cubrió el rostro con las manos y el peto de su chaqueta deslucida se infló, como si tratara de saltar en pedazos.

—Desearía verlo tanto —agregó el joven capitán—, como si deseara ver cinco mil guineas sobre esta mesa en recompensa a mi madre por mis buenos servicios. ¿Vive su madre aún?

—Es preferible que esté muerta, señor.

—Si los elogios hacia vuestra persona corrieran de boca en boca a través de todo el regimiento, de todo el ejército, de todo el país, ¿desearía que viviera entonces para oírla decir con orgullo y alegría: ese es mi hijo?

—Excúseme, señor —contestó Doubledick—. Jamás hubiera escuchado nada bueno de mí. No tendría el más mínimo orgullo en ser mi madre. Me querría y compadecería tal vez. Perdóneme, señor, ¡soy un ser despreciable!

¡Tenga compasión de mí!

Se volvió contra la pared y extendió su mano implorante.

—Amigo mío —comenzó el capitán.

—Que Dios le imparta su bendición, señor.

—Está en la crisis de su destino. Si continúa así algún tiempo más, verá entonces las consecuencias. Yo sé más aún de lo que es capaz de imaginar: que tras suceder eso estará perdido para siempre. Ningún hombre capaz de derramar esas lágrimas podría soportar semejantes estigmas.

—Lo creo, señor —dijo el soldado en voz baja y temblorosa.

—Pero un hombre en cualquier época puede cumplir con su deber — agregó el joven capitán—, y al hacerlo ganarse el propio respeto, aun cuando su caso sea tan infortunado y tan raro como el que más. Un soldado raso, a pesar de que le ha llamado pobre bruto hace unos instantes, tiene sus ventajas en los tiempos difíciles en que vivimos, pues siempre cumple su deber ante una multitud de testigos partidarios. ¿Duda que pueda hacerlo y ser enaltecido por un regimiento entero, por todo el ejército y todo el país incluso? Vuelva mientras le sea posible reparar el pasado e inténtelo.

—¡Lo haré! Solo pido un único testigo, señor —exclamó Richard con el corazón rebosante.

—Ya le comprendo. Seré un testigo fiel y vigilante.

Y yo escuché de los propios labios de Doubledick cómo se arrodilló, besó la mano del oficial y se apartó de la claridad que despedían esos ojos oscuros y radiantes, convertido en un hombre bueno.

En ese año, 1799, los franceses estaban en Egipto, Italia, Alemania, ¿dónde no? Napoleón Bonaparte había comenzado también a moverse contra nosotros en la India, y muchos hombres podían leer los signos de las grandes penalidades que sobrevendrían. Al año siguiente, cuando nos aliamos con Austria contra él, el regimiento del capitán Taunton prestaba servicio en la India. Y no existía mejor sargento en toda la línea que el oficial Doubledick.

En 1801 el ejército hindú se encontraba en la costa de Egipto. Al año siguiente se proclamó una paz breve y todos los soldados fueron licenciados. Y llegó a extenderse el rumor entre millares de hombres que dondequiera se hallase el capitán Taunton con sus radiantes ojos oscuros, allí, a su lado, muy cerca de él, firme como una roca, constante como el sol y bravo como Marte,

habría de encontrarse con seguridad, mientras la sangre corriera por sus venas, el famoso soldado Doubledick.

1805, a pesar de ser el gran año de Trafalgar, fue un año de duras luchas en la India. Esa época vio muchas proezas de parte del sargento mayor, el cual hubo de atravesar solo una compacta masa de hombres y recobrar la bandera de su regimiento, arrancada de manos de un pobre muchacho, muerto de un tiro que le atravesó el corazón. También rescató a su capitán herido, que yacía entre una verdadera maraña de sables y cascos de caballos; en fin, realizó tantas proezas maravillosas el ya valiente sargento mayor, que fue designado portador de las insignias por él reconquistadas, y la insignia Richard Doubledick surgió entre las mismas tropas.

El regimiento, penosamente tronchado en cada batalla, pero constantemente reforzado por los hombres más bravos —pues la fama de seguir al viejo estandarte, atravesado de parte a parte, que el abanderado Doubledick había reconquistado, inflamó todos los pechos—, se abrió paso en la península Ibérica hasta el sitio de Badajoz, en 1812. Una y otra vez fue aclamado por las tropas británicas hasta hacer brotar lágrimas en los ojos de los soldados, y ni un solo tambor ignoraba la consigna: que donde se viera pasar a ambos amigos, el capitán Taunton, con sus ojos oscuros, y el abanderado Doubledick, los espíritus más valientes del ejército inglés los seguirían con fogoso ímpetu.

Un día, en Badajoz, no en la parte más recia de la batalla, sino al repeler una impetuosa incursión de los sitiados sobre nuestros hombres atrincherados que cedían ya, ambos oficiales se encontraron de pronto cara a cara con un grupo de infantería francesa que hacía un alto en el camino. Tenía a un oficial a la cabeza para acrecentar su coraje, un bravo y generoso oficial de treinta y cinco años, a quien Doubledick miró de prisa, apenas un segundo siquiera, pero que quedó bien fijo en su memoria. Notó especialmente que aquel oficial agitaba su sable y reanimaba a sus hombres con una exclamación vehemente y ansiosa, cuando ellos, obedeciendo la orden, tiraron, derribando al capitán Taunton. Diez minutos más tarde todo había concluido, y Doubledick volvió al lugar donde sobre un saco, tendido en la tierra húmeda, yacía el mejor amigo que hombre alguno tuviera jamás. Tenía el uniforme abierto sobre el pecho, y en su camisa se destacaban tres manchas de sangre.

—Querido Doubledick —dijo—, me siento morir.

—¡No, por el amor del cielo! —exclamó este, arrodillándose y apoyando

la cabeza del caído sobre un hombro—. ¡Taunton! ¡Mi ángel guardián, mi guía! ¡El ser que más quiero en el mundo! ¡Taunton, por amor de Dios!

Los ojos brillantes y oscuros, muy oscuros ahora, dentro del rostro pálido, le sonrieron; y la mano que había besado tres años atrás se apoyó cariñosamente sobre su pecho.

—Escribe a mi madre, y si vuelves a casa cuéntale cuán amigos fuimos. Eso la consolará, como me reconforta a mí en estos momentos.

No habló más, pero se arregló desmayadamente el cabello que el viento agitaba. El abanderado comprendió. Entonces aquel volvió a sonreír, y apoyándose mejor sobre el brazo amigo, como buscando reposo, murió con su mano apoyada sobre el pecho, donde había hecho renacer un espíritu nuevo.

Los ojos humedecidos de todo el regimiento se posaron sobre el abanderado Doubledick ese día funesto. Enterró a su amigo en el campo y se convirtió en un hombre triste y taciturno. Aparte de su deber, parecía tener dos obligaciones pendientes: una, conservar el mechón de cabellos que debía entregar a la madre de Taunton; la otra, encontrar al oficial francés que ordenó tirar a sus soldados, matando al capitán en la descarga. Una nueva leyenda comenzó a circular en su regimiento: se aseguraba que cuando él y el oficial se enfrentaran de nuevo habría llanto en Francia.

La guerra continuó, y a través de ella persistía el retrato exacto del oficial francés a un lado y la corpórea realidad en el otro, hasta que se libró la batalla de Tolosa. En el parte oficial figuraba: «Teniente Richard Doubledick, seriamente herido, pero fuera de peligro».

Un día, a mediados del verano de 1814, el teniente Doubledick, un soldado de treinta y siete años de edad, con el rostro atezado por el sol, volvía herido a Inglaterra. Traía el cabello del capitán Taunton consigo, cerca de su corazón. Muchos oficiales franceses vio desde aquel día aciago, muchas noches terribles pasó buscando con linternas en el lugar donde aquellos yacían heridos, pero jamás la imagen mental coincidía con la realidad.

A pesar de sentirse débil y sufrir dolores intensos, no perdió ni una hora en llegar hasta Somersetshire, donde la madre de Taunton vivía. Oía las palabras dulces y piadosas que con naturalidad acudían a su mente esa noche: «Yo soy el hijo único de mi madre y ella es viuda».

Era una tarde de domingo y la dama leía la Biblia sentada frente a la ventana de su jardín silencioso; leía para sí, con voz temblorosa, el mismo

pasaje que le oí narrar más tarde a él: «Joven, me dirijo a ti, yérguete».

Debía pasar bajo esa ventana, y los ojos oscuros y brillantes que tanto influyeron en su vida parecían mirarlo de nuevo. Su corazón le dijo inmediatamente quién era; se acercó rápidamente a la puerta y cayó entre sus brazos.

—¡Me salvó de la ruindad; hizo de mí una criatura humana, librándome de la vergüenza y la infamia! ¡Oh Dios, bendícele para siempre, como estoy seguro que lo harás!

—Yo también —respondió la dama—. Sé que está en el cielo.

Luego exclamó con tristeza:

—¡Oh mi hijo querido! ¡Mi querido hijito!

Nunca, desde el momento en que el soldado Richard Doubledick se enroló en Chatham, ni como soldado, cabo, sargento, sargento mayor, abanderado o teniente, jamás había pronunciado su nombre verdadero, ni el de Mary Marshall o alguna palabra acerca de su vida, exceptuando a aquel que fuera su único amigo. Ese pasaje anterior de su existencia estaba cerrado para siempre. Había resuelto firmemente que su expiación sería vivir como un desconocido, sin perturbar de nuevo la paz que había crecido sobre sus viejas culpas; si le podían perdonar y creer habría mucho tiempo por delante, ¡mucho!

Pero esa noche, recordando las palabras que había acariciado durante dos años: «Cuéntale cómo llegamos a ser amigos. Eso la consolará, como me consuela a mí», hizo el relato fiel de su vida. Le pareció que, gradualmente, en su madurez, había recobrado a su madre, mientras ella imaginaba que, en su desgracia, había encontrado a un hijo. Durante su estancia en Inglaterra, el silencioso jardín en el que había entrado como un extraño se convirtió en la linde de su hogar; cuando pudo reincorporarse a su regimiento en la primavera, abandonó el lugar, pensando que era esta, ciertamente, la primera vez que volvía hacia el viejo estandarte con el rostro bendecido por una mujer.

Siguió a su bandera, acribillada y destrozada ahora, hasta Quatre Bras y Ligny. Estuvo a su lado, entre el silencio impresionante de muchos hombres, en una tarde sombría de junio, en medio de la niebla y la llovizna, en los campos de Waterloo. Y, hasta ese momento, conservaba en su mente la imagen del oficial francés que nunca volvió a encontrar.

El famoso regimiento entró en acción muy pronto, y fue derrotado por

primera vez en muchos años, y allí cayó Doubledick.

A través de lodazales y charcos formados por la lluvia, a lo largo de profundas zanjas, que fueron caminos en otras épocas, se veían pesados vagones destrozados por la artillería, patrullas de hombres, caballos y toda clase de vehículos capaces de transportar heridos. Sacudido entre los vivos y los muertos; desfigurado por la sangre y el lodo hasta perder toda apariencia humana; indiferente a los gemidos de los soldados y al relinchar de los caballos; él, que nuevamente había sido arrancado a su destino, que no podría soportar la vista de los rezagados, yaciendo a lo largo del sendero, los que nunca volverían a reanudar su penoso viaje; muerto para toda la vida consciente, y vivo todavía, la sombra del que fuera el teniente Doubledick cuyo renombre recorría Inglaterra, fue conducido a Bruselas. Allí quedó internado en un hospital, donde permaneció semana tras semana, a través de los radiantes días estivales, hasta que la cosecha, atrasada por la guerra, maduró y fue recogida.

Una y otra vez volvió el sol a asomar y a ponerse sobre la poblada ciudad; una y otra vez la luna alumbraba las calladas planicies de Waterloo y durante todo ese tiempo había un vacío en el lugar destinado al teniente Doubledick. Tropas jubilosas entraban y salían de Bruselas; padres y hermanos, madres, esposas y hermanas llegaban hasta allí en tropel, participaban en su alegría, en su angustia, y partían; las campanas sonaban muchas veces al día; una y otra vez cambiaba la sombra de los grandes edificios, muchas luces brotaban en la oscuridad; muchos pies pasaron sobre el pavimento hacia un lado u otro; muchas horas de sueño y de noches frescas se sucedieron; indiferente a todo, un rostro de mármol yacía sobre la cama, como la faz de una estatua reclinada sobre la tumba del teniente Doubledick.

Lenta y fatigosamente, al fin, a través de un pesado sueño de lugares y fechas confusas, mostrando rostros fugaces de cirujanos del ejército a quienes conocía, y caras familiares en su juventud, entre ellos el de Mary Marshall, el más querido de todos, con una solicitud más real que cualquier otro razonamiento, el teniente Doubledick volvió a la vida. A la hermosa vida en la calma de los crepúsculos otoñales, a la vida tranquila en una habitación silenciosa, con enorme ventanal abierto sobre un balcón poblado de hojas y flores perfumadas, más lejos el cielo claro, con el sol radiante arrojando rayos dorados sobre la cama.

Todo era tan tranquilo, tan hermoso, que creyó vivir en un mundo distinto, y se decía con voz débil:

—Taunton, ¿estás tú cerca de mí?

Un rostro se inclinó sobre él. No el invocado, sino el de su madre.

—He venido a cuidarle. Han pasado ya muchas semanas. Ha sido traído aquí hace ya mucho tiempo. ¿No recuerda?

—Nada.

La dama le besó en la mejilla y le sostuvo la mano tratando de calmarle.

—¿Dónde está el regimiento? ¿Qué ha pasado? Permítame que la llame madre. ¿Qué ha sucedido, madre?

—Una gran victoria, querido mío. La guerra ha concluido, y vuestro regimiento demostró ser el más valiente en el campo de batalla.

Sus ojos se enardecieron, los labios temblaron; sollozó y las lágrimas se deslizaron por sus mejillas. Estaba muy débil, demasiado débil aún para poder mover la mano.

—¿Ha oscurecido ya? —preguntó luego.

—No.

—¿Esa oscuridad me rodea a mí tan solo? Algo pasó como una sombra, y, al irse y al acariciar el sol mi rostro, sigue, sigue, ¡oh sol bendito!, ¡qué hermoso eres! Creí ver una nube blanca y clara pasar por la puerta. ¿Salió alguien de aquí?

Ella negó con la cabeza y él se durmió más tarde con su mano entre las de la anciana.

Desde ese instante comenzó a recobrar la salud, muy lentamente, pues había recibido graves heridas en la cabeza y en el cuerpo, pero haciendo nuevos progresos cada día. Cuando tuvo fuerza suficiente para hablar, pronto notó que la señora Taunton retrotraía la conversación hacia su pasado. Se acordó entonces de las palabras póstumas de su ángel guardián, y pensó: «Eso la conforta, tal vez».

Un día despertó de su sueño con nuevas fuerzas y le pidió que leyera para él. Las cortinas del lecho, que ella solía siempre levantar para poder observarlo desde la mesa donde trabajaba, permanecían ahora caídas, y percibió entonces una voz que no era la habitual.

—¿Podrías soportar la vista de un extraño? —oyó decir dulcemente—. ¿Desearías ver a un desconocido?

—¿Desconocido? —replicó él.

La voz despertaba viejos recuerdos, anteriores a los días del soldado Doubledick.

—Un desconocido ahora, pero no en otros tiempos —continuó, en un tono que le hizo estremecer—. Richard, querido Richard, perdido a través de tantos años, me llamo...

El teniente gritó entonces un nombre:

—¡Mary!

Entretanto, ella lo estrechaba entre sus brazos y él reclinaba su cabeza sobre el pecho tan querido.

—No trato de romper un voto temerario, Richard. No son los labios de Mary Marshall los que hablan. Tengo otro nombre ahora. Tengo otro nombre, Richard. ¿No lo has oído nunca?

—¡Nunca!

Miró entonces su rostro, tan hermoso y reflexivo, y se preguntó el significado de la sonrisa que lo iluminaba a través de las lágrimas.

—Piensa otra vez, Richard. ¿Estás seguro de no haber oído nunca mi nuevo nombre?

—¡Nunca!

—No muevas la cabeza para mirarme, Richard querido. Déjala reposar aquí, mientras cuento mi historia. Amé a un hombre noble y generoso; lo amé con todo mi corazón durante años y años; lo amé fiel y devotamente sin esperanzas de ser correspondida; lo amé desconociendo sus altas cualidades, sin saber siquiera si vivía aún. Él era un soldado valiente. Era querido y honrado por millares de hombres, cuando me encontró la madre de su mejor amigo y me probó que no me había olvidado en el apogeo de su triunfo. Resultó herido en una gran batalla y fue traído moribundo a Bruselas. Llegué entonces hasta aquí para cuidarle, como hubiera ido dichosa hasta el fin del mundo. Cuando no conocía a nadie, me reconoció. Cuando sufría mucho, soportaba sus dolores sin un murmullo siquiera, contento con reposar su cabeza donde tú la tienes ahora. Cuando estuvo muy cerca de la muerte se casó conmigo, para poder llamarme *esposa* antes de morir... el nombre que adopté en esa noche olvidada.

—Ya lo recuerdo ahora —sollozó—. Mi memoria débil se afirma.

Agradezco al cielo que mi mente se haya restablecido. Mary mía, bésame; adormece esta cabeza cansada o me moriré de agradecimiento.

Se cumplieron sus últimas palabras: «Ven de nuevo a mi hogar».

Bien, fueron felices. Fue una larga convalecencia, pero fueron felices a lo largo de todo ese tiempo. La nieve se fundió sobre el suelo y los pájaros cantaban ya sobre los árboles, sin hojas aún, de la naciente primavera, cuando los tres pudieron salir juntos en un carruaje abierto, ante el público que aplaudía y felicitaba al capitán Richard Doubledick.

Pero aun así, antes de volverse a Inglaterra, debió completar su restablecimiento en el sur de Francia.

Encontraron un lugar sobre el Ródano, a poca distancia del antiguo pueblo de Aviñón, con vistas al viejo puente, que era más de lo que podía desear; vivieron juntos allí durante seis meses y luego volvieron a Inglaterra. La señora Taunton había envejecido en esos tres años sin que disminuyera la intensa luz de sus ojos, y recordando que su salud resultaba beneficiada con el cambio, decidió retornar al mismo lugar para permanecer un año allí. Se marchó acompañada por la misma sirvienta fiel que había llevado a su hijo en brazos; allí se reuniría con ella el capitán Doubledick, al final de ese año, y ambos volverían juntos al hogar.

Solía escribir con regularidad a sus hijos —así se había acostumbrado a llamarlos— y ellos le correspondían de la misma forma. Se dirigió luego a los alrededores de Aix, donde conoció a los habitantes de un castillo próximo a la granja que alquilaba, e intimó con ellos. Esta amistad comenzó al repetirse en los viñedos los encuentros con una hermosa niña de corazón compasivo, que nunca se cansaba de escuchar a la solitaria dama inglesa detalles acerca de su pobre hijo y de las crueles batallas en que había intervenido.

La familia era tan gentil como la niña, y después de un tiempo llegaron a intimar en tal forma que ella aceptó pasar bajo su techo el último mes de su estancia en el extranjero. Escribió a sus hijos acerca de este acuerdo, de tiempo en tiempo; al final incluyó una nota cordial de los dueños de casa solicitando, con ocasión de su llegada a la vecindad, el honor de recibir como huésped a ese caballero tan justamente célebre, *monsieur le capitaine* Richard Doubledick.

El aludido, ahora un hombre hermoso y fuerte, en la plenitud de su vida, ancho de hombros y espaldas como nunca lo fuera antes, despachó una respuesta cortés, que cumplió luego personalmente. Viajando a través del

extenso país, tras esos tres años de paz, bendecía los días mejores que la humanidad vivía entonces. El trigo era dorado, no empapado en un rojo artificial; estaba atado en gavillas para servir como alimento, no pisoteado por hombres en luchas fratricidas. El humo se elevaba de pacíficas chimeneas, no de ruinas en llamas. Los carros estaban cargados con los hermosos frutos de la tierra, no con muertos ni heridos. Para él, que tan a menudo había visto el terrible descalabro, esas cosas eran hermosas en verdad; y predispusieron favorablemente su espíritu en esa tarde tan azul, hacia el viejo castillo en la vecindad de Aix.

Era una construcción enorme, del tipo exacto del castillo visitado por duendes; con torres redondeadas, apagadores, un techo elevado y plomizo y más ventanas que el palacio de Aladino. Las celosías estaban abiertas por completo, debido al calor reinante ese día, y por ellas se vislumbraban paredes y corredores interiores. Más lejos se divisaban inmensas construcciones, parcialmente derruidas; filas de árboles oscuros, terrazas con jardines, balaustradas; tanques de agua poco resistentes para jugar con ellos y demasiado sucios para poder ser utilizados; estatuas, hierbas y rejas que parecían haber crecido a la par de los arbustos y haberse extendido adoptando variadas formas salvajes. La puerta principal estaba abierta, como suelen estarlo en esta región, cuando se extingue el calor del día.

El capitán, no viendo aldaba ni campanilla, entró sin llamar.

Penetró en un vestíbulo de techo elevado, agradablemente fresco y umbrío tras el resplandor de un día de viaje por el sur de Francia. A lo largo de las cuatro paredes se extendían galerías que conducían a distintas habitaciones; las luces pendían del techo y tampoco se divisaba allí ningún llamador.

—A fe mía —se dijo el capitán deteniéndose avergonzado por el crujir de sus botas—, ¡creo estar en una casa de fantasmas!

Se volvió y palideció. Contemplándole en la galería estaba el oficial francés, el mismo oficial cuya imagen había llevado en su mente durante tanto tiempo. Comparado con el original, al fin, ¡cómo se parecía en todos sus detalles!

Se movió y desapareció, y el capitán Doubledick notó que entraba en el vestíbulo con rapidez pasando bajo una de las arcadas. Su mirada era la de aquel momento fatal.

¿*Monsieur le capitaine* Richard Doubledick? ¡Estaba encantado de recibirlo, mil disculpas además! Los sirvientes no estaban, pues se habían

reunido en el jardín. En efecto, se celebraba el cumpleaños de su hijita, la pequeña amiga de la señora Taunton.

Ante ese gesto tan franco y amable, el capitán no pudo negar su mano.

—Es la mano de un inglés valiente —dijo el oficial francés reteniéndola mientras hablaba—. ¡Sé apreciar a un intrépido soldado inglés, aun como enemigo, cuanto más como amigo! Soy soldado también.

«No me recuerda, como yo lo recuerdo; no observó mi rostro como yo observé el suyo —pensó el capitán—. ¿Cómo podría decirle...?».

El dueño de la casa condujo a su huésped al jardín y le presentó a su esposa, una hermosa dama sentada junto a la señora Taunton en un cenador antiguo de caprichosa forma. Su hija acudió a abrazarle con el rostro radiante; otro chiquillo llegó gateando también por entre los naranjales, buscando las piernas de su padre. Muchos niños danzaban al compás de una música alegre, y todos los sirvientes y campesinos de los alrededores bailaban también. Era una escena de candorosa bienaventuranza; podría ser la culminación de las escenas de paz que alegraron el camino del capitán.

Miró muy turbado a su alrededor, hasta que se oyó el tañir de una campana, y el dueño de la casa se ofreció a mostrarle las habitaciones. Subieron a una galería desde donde el capitán había observado el paisaje, y un cuarto enorme le dio cordial bienvenida; adosado había otro más pequeño, con relojes y colgaduras, chimeneas y tenazas bronceadas, tejas, cómodos artefactos, elegancia, amplitud...

—¿Ha estado en Waterloo? —preguntó el oficial francés.

—Estuve —contestó Doubledick—, y también en Badajoz.

Cuando quedó solo, con el sonido de esa voz firme resonando aún en los oídos, se sentó a cavilar acerca de cuál sería su proceder. En ese tiempo, desafortunadamente, muchos duelos lamentables se llevaban a cabo entre oficiales ingleses y franceses, licenciados de la última guerra; y esos duelos y el eludir la hospitalidad que se le brindaba eran los pensamientos culminantes en la mente del capitán.

Seguía reflexionando mientras el tiempo transcurría y se acercaba la hora de la cena, cuando sintió la voz de la señora Taunton, preguntándole por la carta que Mary le había enviado por su intermedio.

«Es su madre, sobre todo —se decía el capitán—. ¿Cómo podría revelar el

secreto?».

—Deseo que entabléis amistad con nuestro anfitrión —dijo la señora Taunton, después de ser prestamente admitida en la habitación—. Y durará para toda la vida. Richard es tan leal y generoso que es imposible que dejéis de estimaros mutuamente. Si «él» no hubiera sido inmolado —besó llorando el medallón donde guardaba sus cabellos— le hubiera podido apreciar con su natural nobleza, y sería muy feliz sabiendo que ya pasaron los días lúgubres que hicieron de este hombre su enemigo.

Abandonó la habitación, y el capitán se encaminó hacia una ventana desde donde podía ver las danzas en el jardín, y luego a otra desde donde se divisaban los risueños paisajes y los apacibles viñedos.

—Espíritu de mi difunto amigo —dijo—, ¿será por mediación tuya por la que mi mente se puebla de pensamientos más nobles? ¿Eres tú quién me ha señalado todo el camino recorrido hasta encontrar a este hombre y me ha mostrado las bendiciones de esta época tan distinta? ¿Eres tú quién ha enviado hacia mí a tu madre anciana, para detener mi brazo airado? ¿Proviene de ti ese susurro que murmura: «ese hombre no hizo más que cumplir con su deber, como yo», y como yo también lo hice bajo tu guía, que me ha salvado por entero aquí, sobre la tierra?

Se sentó con la cabeza entre las manos, y, cuando se puso en pie, adoptó la segunda resolución enérgica de su vida: ni al oficial francés, ni a la madre de su difunto amigo, ni a ningún otro mientras ellos vivieran, habría de revelar lo que solo él sabía. Y cuando esa noche en la mesa brindó con su antiguo enemigo, le perdonó en secreto, en nombre del Divino Perdonador, de todas las ofensas.

Aquí termina mi historia. Si tuviese que contarla ahora podría agregar que llegó el tiempo en que el hijo del mayor Doubledick y el del oficial francés, amigos como sus padres lo fueron, pelearon hombro con hombro por una causa común, como amigos separados durante mucho tiempo, y vueltos a unirse ahora, más firmes que nunca.

Capítulo III

La vuelta a Londres

Tras concluir mi historia y el ponche también, nos separamos cuando el reloj de la catedral emitió doce campanadas. No me despedí de mis viajeros esa noche, porque se me ocurrió reaparecer trayendo café caliente a las siete de la mañana del siguiente día.

Mientras caminaba por la calle principal, oí a lo lejos las campanas de Navidad y apresuré el paso para acercarme a ellas. Tocaban frente a una de las antiguas verjas de la ciudad, en la esquina de una fila de casas maravillosamente arcaicas, de ladrillos rojos, donde, según me informó cortésmente el clarinetista, habitaban los canónigos menores. Lucían pequeños y extraños pórticos, semejantes a órganos minúsculos sobre viejos púlpitos, y pensé que me agradaría ver a algún canónigo salir a brindarnos un discurso acerca de los escolares pobres de Rochester, adoptando como texto las palabras de su Maestro, relativo a la destrucción de «la casa de las viudas».

El clarinetista era muy comunicativo y, como mis inclinaciones suelen ser, por lo general, de una propensión muy dispuesta a la vagancia, acompañé a los integrantes de la comparsa a través de un prado abierto, llamado *Las vides*, y «asistidos», en el sentido francés de la palabra, por la ejecución de dos valeses, dos polcas y tres melodías irlandesas, olvidando casi que debía regresar a mi posada. De todas formas volvía a ella luego y encontré a un violinista en la cocina, y a Ben, el joven de ojos azules, y dos sirvientas rodeando la mesa en la mayor animación.

Pasé muy mala noche. Tal vez no fuera debido al pavo o la carne asada — el ponche está fuera de la cuestión—, pero en cada intento que hice tratando de quedarme dormido fracasé lamentablemente. No dormí, y, en cualquier dirección irrazonable que mi mente vagara, la efigie de Richard Watts turbaba mi imaginación.

En una palabra, solo pude librarme de él saltando de la cama en la oscuridad, a las seis en punto, y volcando encima de mí, como es mi costumbre habitual, toda el agua fría que pude acumular con ese propósito. El aire exterior era húmedo y frío cuando salí a la calle, y la única vela que alumbraba el comedor, desde el cual se veía el asilo, parecía tan pálida en su resplandor como si ella también hubiera pasado una mala noche.

Pero mis viajeros durmieron profundamente y se entregaron al café caliente y las pilas de pan y manteca, que Ben había dispuesto con la efusión que yo hubiera deseado.

No había aclarado por completo cuando salimos juntos a la acera, y allí nos estrechamos las manos. La viuda acompañó al marinero hasta Chatham, donde debía embarcarse rumbo a Sheerness; el abogado, con una mirada en extremo inteligente, continuó su viaje sin traicionarse anunciando sus intenciones; dos más cortaron camino por la catedral y el antiguo castillo de Maidstone, y el vendedor ambulante de libros me acompañó a cruzar el puente. En cuanto a mí, me dirigí a pescar a Coham Woods, tan lejos de mi ruta a Londres como yo lo hubiera deseado.

Cuando llegué hasta el molinete y el sendero a través del cual debía alejarme del camino principal, me despedí del último de mis viajeros pobres y proseguí mi viaje solitario. La neblina se disipaba ya, y el sol comenzaba a brillar y, mientras respiraba el aire vigorizante, viendo centellear la blanca escarcha por doquier, sentí la impresión de que toda la Naturaleza tomaba parte en la alegría del magno aniversario.

Atravesando matorrales, la suavidad de mis pisadas sobre el suelo cubierto de musgo y sobre la alfombra de hojas secas aumentaba la santidad de la Navidad que me rodeaba. Mientras me envolvían los vapores blanquecinos, pensé cómo el Creador del tiempo nunca alzó su mano bienhechora más que para bendecir y curar, exceptuando el caso de algún árbol insensible. Cerca de Coham Hall me acerqué al pueblo y al cementerio, donde los muertos eran enterrados pacíficamente, con la esperanza cierta y segura que inspira la Navidad. ¿Qué chiquillos podía ver jugar sin tomarles cariño, recordando a quien los hubo antes amado?

Ni un jardín estaba en disonancia con el día, pues yo recordaba que su tumba estaba en un jardín y «ella, imaginando que él fuera el jardinero, dijo: Señor, si le habéis conducido hasta aquí, decidme dónde le habéis enterrado, y le llevaré conmigo». Poco después el río distante y los vapores se hicieron

visibles, y con ellos las figuras de los pobres pescadores remendando sus redes, que se levantaron y le siguieron, mientras predicaba en una barca arrastrada a algunos metros de la playa, debido a la gran multitud. Luego su figura majestuosa caminando sobre el agua, en la soledad de la noche. La sombra misma de mi cuerpo sobre el suelo era conmovedora, pues ¿no tendrían las gentes a sus enfermos acaso en el lugar donde la sombra de los hombres que le vieron y le oyeron pudiera caer por donde ellos pasaran?

En esta forma, la Navidad me rodeaba de cerca y de lejos, hasta que llegué a Blackneath, y pasé a través de la larga hilera de árboles retorcidos en el parque de Greenwich; me vi de pronto envuelto en las neblinas que se cerraban otra vez sobre las luces de Londres. Brillaban estas radiantes, pero no tanto como el fuego de mi hogar y las caras de los que le rodeaban cuando nos reunimos para celebrar la fecha. Y allí conté lo que sabía acerca del digno Richard Watts, incluyendo mi cena con los seis viajeros pobres, que no eran ni pordioseros ni oficiales de justicia, y a quienes desde ese momento jamás volví a ver.

El naufragio del Golden Mary

(The Wreck of the Golden Mary, 1856)

PERSONAJES:

LA SEÑORA ATHERFIELD: *joven señora, pasajera a bordo del «Golden Mary».*

LUCY ATHERFIELD («Golden Lucy»): *su hijita.*

LA SEÑORITA COLESHAW: *otra pasajera.*

JOHN MULLION: *hombre de mar, valiente y abnegado.*

WILLIAM RAMES: *segundo piloto.*

EL SEÑOR RARX: *pasajero, caballero anciano, avaro y egoísta.*

WILLIAM GEORGE RAVENDER: *el heroico capitán del navío.*

SMITHICK AND WATERSBY: *una empresa naviera de Liverpool.*

TOM SNOW: *camarero negro.*

JOHN STEADIMAN: *piloto mayor.*

Capítulo I

El naufragio

Fui grumete desde los doce años de edad, y he luchado contra rudas tormentas, en el sentido real y metafórico de la palabra. Siempre pensé, desde que me sentí capaz de hacerlo, que el hombre sabedor de un solo tópico es tan aburrido como aquel que no sabe nada. Por eso, en el transcurso de mi vida, he aprendido todo lo que he podido, y a pesar de no ser culto soy capaz de interesarme inteligentemente, y estoy reconocido al poder afirmarlo así por el mayor número de cosas posibles.

Alguien puede suponer, tras leer el epígrafe, que tengo la costumbre de expresarme desdeñosamente acerca del primero. No es ese el caso. Como si permaneciera entre extraños en una habitación, sin presentarme ni ser presentado, me he tomado la libertad de emitir estas observaciones, simple y llanamente, para que se tenga una idea clara acerca de quién y cómo soy. No añadiré nada más, exceptuando mi nombre, William George Ravender, nacido en Penrith seis meses después del naufragio en que pereció mi padre; y en el segundo día de esta bendita semana de Navidad del año 1856 cumpla cincuenta y seis años de edad.

Cuando se extendió por primera vez el rumor de que existía oro en California, anterior, como mucha gente sabe, al hecho de descubrirlo en Australia, me encontraba en las Antillas comerciando en las islas. Comandante y, al mismo tiempo, dueño de una elegante goleta, sentía que este trabajo estaba hecho a mi medida, por lo que el oro de California no me interesaba.

Pero en la época de mi vuelta a Inglaterra la cosa llegó a ser muy clara. Se veía oro de California en los museos y en las casas de los orfebres, y la primera vez que fui a la Bolsa encontré a un amigo —navegante como yo— con una pepita californiana colgando de la cadena del reloj. La tomé entre mis manos. Tenía la forma de una nuez pelada, con pequeños trozos arrancados

desigualmente aquí y allá, y tan cubierta de grabados como jamás vi cosa alguna en mi vida.

Soy un hombre soltero —ella era demasiado buena para este mundo y para mí, y murió seis semanas antes del día fijado para nuestra boda—, de modo que cuando estoy en tierra resido en mi casa de Poplar. Allí una anciana, que fue doncella de mi madre antes de venir yo al mundo, cuida de ella, tratando de conservar el ambiente marino en la mejor forma posible. Es bella y erguida aún, y me quiere tanto como si en su vida hubiera tenido solo un hijo y este fuera yo. Sé muy bien que, desde el momento en que zarpo, nunca se acuesta sin haber musitado antes: «Dios misericordioso, bendice y protege a William George Ravender, y envíale a casa sano y salvo, por Cristo, nuestro Salvador». He pensado en ello en muchos momentos de peligro en que no he sufrido daño alguno.

En mi casa, en Poplar, paso en compañía de esta anciana la mayor parte del año, después de haber estado largas temporadas por las islas y de haber contraído la fiebre con bastante intensidad —cosa rara en mí—. Al fin, de nuevo sano y fuerte, y tras haber leído todos los libros que pude encontrar, paseaba una tarde por Leadenhall Street, en Londres, pensando en volverme ya, cuando encontré a quien llamo Smithick & Watersby, de Liverpool. Sucedió mientras estaba mirando una brújula en el escaparate de un comercio.

No es personalmente ni a Smithick ni a Watersby a quien menciono aquí; no conozco a nadie con uno de esos apellidos, como tampoco pienso que existiera alguien llamado así en Liverpool, varios años atrás. Pero es, en realidad, a la casa misma a quien me refiero y nunca existió comerciante más prudente ni caballero más firme.

—¡Querido capitán Ravender! —dijo—. Deseaba verle más que a ningún hombre sobre la tierra. Me dirigía a su casa en este mismo instante.

—Bien —contesté—. Esto quiere decir que debías verme de veras.

Apoyé mi brazo en el suyo y nos encaminamos hacia el edificio de la Bolsa, paseando por sus alrededores, en el lugar donde está la torre del reloj. Caminamos durante una hora o dos, pues era mucho lo que debía decirme. Planeaba fletar un barco nuevo, de propiedad de la compañía, para transportar a California cavadores e inmigrantes, y comprar y traer oro al regreso. No entraré en detalles acerca de este plan, ni tengo derecho a hacerlo. Todo lo que puedo decir es que era muy original, muy bueno y muy lucrativo, sin duda alguna.

Me lo confió tan fielmente como si fuera una parte de sí mismo. Después de haberlo hecho, me hizo la mejor propuesta que recibiera jamás, según creo, ningún otro capitán de la marina mercante, para terminar diciéndome:

—Ravender, no ignorará que el desorden y la licencia en este país, al día de hoy, son tan evidentes como las circunstancias en que se halla. Multitud de navíos destinados al extranjero desertan tan pronto como abandonan las costas; otros, de vuelta a su patria, cargados con enormes riquezas, zarpan con la expresa intención de asesinar al capitán y apoderarse del oro cargado; ningún hombre puede confiar en otro, y el diablo parece andar suelto. Ahora —dijo— sabe la opinión en que le tengo, y sabe que la expreso al decirlo que sois casi el único hombre en cuya integridad, discreción y energía..., etc.

No quiero repetir lo que dijo, aun cuando me haga cargo de ello.

A pesar de hallarme, como ya dije, completamente listo para hacerme a la mar, tenía mis dudas acerca de este viaje. Claro que sabía, sin necesidad de que me lo dijeran, que existían extraordinarias dificultades y peligros en él; un trecho largo, además, mayor que el de los viajes comunes. No debe suponerse que yo temía enfrentarlos, pero, en mi opinión, un hombre no tiene razón alguna para afrontarlos a no ser que los haya juzgado a conciencia y pueda decirse a sí mismo: «Ninguno de estos peligros puede tomarme ahora por sorpresa; sabré cómo hacerles frente; el resto yace en las manos nobles y elevadas a las que me confío humildemente...». Bajo este lema consideré tan atentamente —contemplándolo como mi deber— todos los riesgos que pude meditar, como tormentas, naufragios y fuego a bordo, que creí poder estar preparado en cualquiera de esos casos para salvar las vidas confiadas a mi cuidado.

Mientras yo reflexionaba, mi buen amigo supuso que debía dejarme pasear allí cuanto quisiera, y que luego debía acompañarle a cenar en su club, en Pall-Mall. Acepté la invitación y me quedé paseando cerca de dos horas, mirando hacia una veleta cuando elevaba la vista y otras veces contemplando a Cornhill al observar a mi alrededor.

Durante toda la cena, y después también, abordamos otra vez el mismo tema. Le hice notar mis puntos de vista sobre el plan, que fueron aprobados por completo. Le expresé que estaba decidido, pero del todo...

—Bien, bien —me dijo—; venga mañana conmigo a Liverpool y verá el *Golden Mary*.

Me gustó el nombre —también ella se llamaba María y era rubia^[1]—, de

modo que comencé a sentir que estaba ya decidido cuando dije que iría a Liverpool. A la mañana siguiente estábamos a bordo de la nave. Debiera haber supuesto cómo sería ante su insistencia para que yo la viera. Declaro que era la belleza más completa y exquisita que jamás se presentó ante mis ojos.

Inspeccionamos todo el maderaje y, volviendo a la baranda antes de desembarcar en el muelle, puse mi mano sobre la suya:

—¡Estréchela, y estréchela con fuerza! Acepto el comando de la nave y pertenezco a ella desde este momento si puedo conseguir a John Steadiman como mi primer piloto.

Este había realizado ya cuatro viajes bajo mis órdenes. En el primero, rumbo a la China, se embarcó como tercer piloto y volvió como segundo. En los restantes fue mi primer oficial. En el momento de fletar el *Golden Mari*; contaba treinta y dos años de edad. Era de estatura más bien mediana, un rostro que agradaba a todo el mundo y a la vez un perfecto marino.

Subimos a un coche de alquiler en menos de un minuto y viajamos tres horas en él, con intención de buscar a Steadiman, quien había llegado de las Indias holandesas hacía escasamente un mes; sabía que residía en Liverpool entonces. Preguntamos por él en varios lugares, en las dos casas de pensión que solía preferir, y descubrimos que pasó una semana en cada una de ellas, pero que continuó viajando de un lado a otro y partió luego para realizar una excursión a la región de Gales —eso había dejado dicho, al menos, a los huéspedes de la casa—. Tal vez estuviera todavía allí, sin que nadie pudiera asegurar la fecha de su regreso. Pero era, en verdad, sorprendente observar cómo todos los rostros se iluminaban a la sola mención de su nombre.

Volvíamos, sin esperanza de encontrarle ya, cuando al recorrer una calle mis ojos se posaron sobre la figura del mismo John, que salía de una juguetería. Llevaba en sus brazos a un niño de corta edad, mientras acompañaba hasta su carruaje a dos damas de belleza nada común. Me dijo luego que no conocía a ninguno de esos tres personajes, pero había sido atraído por ellos mientras miraba el interior de la juguetería, donde las damas adquirirían en ese instante una destartalada arca de Noé; pidió entonces permiso para obsequiar al pequeño con un navío más o menos aceptable, exhibido en el escaparate, pues un niño así no debía crecer con tan errónea idea acerca de la arquitectura naval.

Permanecimos a distancia hasta que el carruaje se alejó; luego saludamos

a John. Mientras le abordamos, le repetí muy seriamente las palabras que con anterioridad dije a mi amigo. Sintió un golpe «en medio del navío», esa fue su expresión.

—¡Quedo muy emocionado, capitán Ravender! —Fueron sus palabras—. Una opinión semejante de sus labios es una verdadera alabanza, y pienso navegar alrededor del mundo en su compañía durante veinte años sin apartarme jamás ante la menor insinuación de su parte.

Sentí entonces que, verdaderamente, todo estaba hecho, y el *Golden Mary* podría zarpar desde ese instante.

Nunca crece el moho bajo los pies de Smithick & Watersby. En el espacio de dos semanas se equipó el barco con su correspondiente velamen, y comenzamos a introducir el cargamento. John estaba constantemente a bordo observando la estiba con sus propios ojos; y siempre que yo subía al barco, tarde o temprano, le encontraba, ya sobre la cubierta en la escotilla, ya abajo en la bodega, o bien arreglando su cabina, colgando cuadros sobre las paredes y cantando como un jilguero.

Disponíamos de cabinas para veinte pasajeros, número que pudo multiplicarse varias veces no bien apareció el anuncio de nuestra partida. Al contratar a nuestros hombres, John y yo tratamos de seleccionar en lo posible, eligiendo los mejores que pudiesen encontrarse en el puerto en aquella época. En esta forma, en un barco excelente, bien comandado, bien equipado, con buena tripulación, bien provisto en todo sentido, nos hicimos a la mar, con viento regular, la tarde del 7 de marzo de 1851.

Se me creerá muy fácilmente si digo que hasta este momento no tuve oportunidad de intimar con mis pasajeros. La mayor parte de ellos ocultaba su mareo en las cabinas; les conocí luego al recorrerlas, aconsejándoles cómo proceder mejor, persuadiéndoles para que no permanecieran allí y subieran a cubierta a respirar aire puro, tratando de levantarles el ánimo en lo posible. De este modo intimité con ellos mejor aún que si los hubiera conocido al sentarme a la mesa del comedor. Entre ellos solo necesito destacar hasta este momento a una joven señora de ojos expresivos y mejillas sonrosadas, quien iba a reunirse con su esposo en California y llevaba consigo a su única hijita, una niña de tres años, a quien él no había visto todavía; otra dama, vestida de negro, de aspecto sosegado, cinco años mayor que la anterior (alrededor de los treinta, diría yo), que pensaba reunirse con su hermano, y un anciano caballero, muy parecido a un halcón si no tuviese ojos tan rojizos, que

hablaba siempre, desde la mañana hasta la noche, acerca del descubrimiento de los yacimientos de oro; pero solo él sabía el motivo de su viaje; tal vez intentara cavar en los mismos con sus miembros ya débiles, o bien pensaba adquirir oro, traficar con él o arrebatarlo en cualquier forma.

Estos cuatro personajes fueron los que se recobraron con mayor rapidez. La niña era una criatura encantadora, que me apreciaba mucho, a pesar de que debo reconocer que ante sus ojos John era el capitán y yo el piloto. Era agradable observarlos: John y ella, ella con su John. Pocos creerían posible, al verlos jugar al escondite alrededor del mástil, que fuera él mismo quien dejó tendidos en el suelo, con la cabeza destrozada con una barra de hierro, a un malayo y a un maltés que le amenazaban con sendos cuchillos en la escalera del barco *Old England*, cerca de Sugar Point, mientras el capitán yacía enfermo en su cabina. Pero sí, era el mismo; y apoyado sobre la amurada del barco hubiera vencido a seis al mismo tiempo. La joven mamá era la señora Atherfield; la segunda dama, la señorita Coleshaw, y el anciano caballero, el señor Rarx.

En cuanto a la niña, de largos cabellos rubios, tenía por nombre de pila Lucy; Steadiman la bautizó *Golden Lucy*^[2].

Así, teníamos al *Golden Mary* y a la *Golden Lucy*, y John insistió tanto en esto mientras jugaba con la niña en cubierta que, supongo, ella comenzó a considerar la nave como un ser viviente, una hermana o amiga que se dirigía al mismo destino. Le gustaba permanecer cerca del timón, y yo solía sentarme muchas veces al lado del timonel, por el solo hecho de sentirla a mis pies hablando con la nave. Jamás niña alguna tuvo semejante muñeca; ella solía vestirla atando trozos de cinta y adornos en las clavijas de hierro, y nadie las hubiera sacado del lugar sino únicamente para evitar que volaran.

Cierto es que tomé a mi cargo el cuidado de ambas damas, a quienes llamaba cariñosamente *queridas*, sin que ellas opusieran ningún reparo, pues sabían que todo lo que yo decía era con atención paternal y protectora. Las coloqué a mi lado en la mesa: la señora Atherfield a mi derecha y la señorita Coleshaw a mi izquierda, y guiaba a ambas en la tarea de servir el desayuno y la merienda. En igual forma solía dirigirme al camarero en su presencia:

—Tom Snow, estas dos damas son dueñas de casa por igual, y sus órdenes deben ser igualmente obedecidas.

Cosa que hacía reír a Tom y a las señoras al mismo tiempo.

El anciano señor Rarx no era un caballero agradable con el cual se pudiera

conversar, pues nadie dejaba de notar su índole sórdida y egoísta; tampoco era tratado en forma desagradable, pues jamás existieron disputas entre nosotros. Solo quiero decir que no era él el hombre a quien se elegiría como compañero de mesa. Si se hubiera consultado alguna opinión, alguien habría objetado en contra diciendo: «¡No; a él, no!». Sin embargo, se notaba en él una curiosa contradicción: el interés asombroso que la niña le inspiraba. Parecía, y puedo agregar que lo era en efecto, el último hombre capaz de interesarse por un niño o por cualquier otra criatura humana. A pesar de esto, llegaba hasta el extremo de sentirse incómodo si la niña permanecía largo tiempo en la cubierta lejos de su mirada vigilante. Siempre temía verla caer al mar, o por alguna escotilla, o víctima de algún bloque o cualquier otra cosa que cayera sobre ella debido al movimiento del barco; en fin, que sufriera cualquier daño. Solía mirarla y acariciarla, siempre solícito con respecto a su salud, como si fuera algo precioso para él. Pero lo curioso del caso era que la chiquilla no le correspondía, huía de su presencia y ni siquiera lo saludaba, a no ser que los demás la instaran a hacerlo. Supongo que en el barco todos lo notaban, sin alcanzar a comprender el motivo. John Steadiman solía recalcar en más de una oportunidad, cuando el anciano señor Rarx no estaba presente, que si de hecho el *Golden Mary* sentía alguna ternura hacia el caballero que llevaba en su regazo, debía sentir celos de la *Golden Lucy*.

Antes de proseguir mi narración debo advertir que nuestro barco era un navío de trescientas toneladas, con una tripulación de dieciocho hombres, un segundo piloto —aparte de Steadiman—, un carpintero, un herrero y dos aprendices —uno de ellos, un pobre muchacho escocés—. Poseíamos tres botes: el mayor, con capacidad para soportar veinticinco tripulantes; el cúter, con capacidad para quince, y el de rompiente, donde cabían diez. Hago notar la capacidad de estos de acuerdo con el número que se pretendía podían contener.

Tuvimos rachas de mal tiempo y vientos a proa, pero en conjunto fue una jornada tan buena como cualquier hombre razonable podía esperar en el espacio de sesenta días. Entonces comencé a anotar dos observaciones en el cuaderno de bitácora y en mi diario: primera, se divisaba hielo en cantidad extraordinaria y asombrosa; segunda, las noches, a pesar del hielo, eran increíblemente oscuras.

Durante cinco días y medio parecía inútil alterar el curso del buque para alejarle de los témpanos. Nos dirigimos al sur todo lo posible, pero aun así nos sentíamos bloqueados. La señora Atherfield, tras permanecer un instante

a mi lado, en la cubierta, contemplando los enormes témpanos que nos rodeaban, murmuró:

—¡Oh, capitán Ravender! Parece como si toda la tierra se hubiera convertido en hielo y este roto en pedazos.

—No me extraña que el océano aparezca así ante sus ojos, querida mía — le contesté riendo.

Pero yo apenas si había visto alguna vez la vigésima parte de hielo, y en realidad compartía su opinión.

A las dos de la tarde del sexto día, es decir, seis semanas después de nuestra partida, John Steadiman gritó desde su atalaya que el mar aparecía claro a proa: Antes de las cuatro del mismo día, una fuerte brisa sopló por la popa, y a la hora del crepúsculo estábamos otra vez en mar abierto. La brisa se convirtió casi en un ventarrón, y siendo el *Golden Mary* un velero rápido pasamos la noche sin ninguna dificultad.

Pensé que era imposible que pudiera oscurecer más de lo que lo había hecho hasta entonces, a no ser que el sol, la luna y las estrellas se precipitasen desde el cielo y el tiempo quedara aniquilado, pero aun así habría claridad si se comparaba con las tinieblas reinantes entonces. La oscuridad era tan profunda que mirar a través de ella resultaba penoso y abrumador, como si se mirara sin un rayo de luz a través de un vendaje negro puesto tan cerca de los ojos como fuera posible.

Doblé la guardia mientras John y yo permanecíamos en la proa uno al lado del otro sin abandonar el puesto durante toda la noche. Aun así, cuando él no hablaba, debía cerciorarme de que estaba a mi lado estirando mi brazo hasta tocarle.

No vigilábamos tanto como escuchábamos hasta la mayor distancia posible a nuestros oídos. Al día siguiente descubrí que el mercurio del barómetro, que se había elevado con firmeza, se quedó inmóvil desde el momento en que franqueamos el hielo. Yo había hecho muy exactas observaciones, con interrupción de un día de vez en cuando, desde nuestra partida. Observé el sol a mediodía y descubrí que estábamos a 58° latitud Sur y a 60° longitud Oeste sobre New South Shetland, en la vecindad de Cape Horn. Era el sexagésimo séptimo día de viaje. El rumbo del vapor estaba correctamente trazado y realizado. El buque cumplía su trayectoria admirablemente, todos se hallaban muy bien a bordo y todas las manos eran hábiles y eficientes.

Cuando la noche volvió a ser tan oscura como las anteriores, era la octava vez que yo me pasaba despierto a bordo sobre la cubierta. Apenas si había dormido un rato durante el día, apostado siempre cerca del timón y a menudo manejándolo mientras estábamos entre el hielo. Solo aquellos pocos que lo han experimentado pueden imaginar la dificultad y el dolor de mantener los ojos abiertos, físicamente abiertos, bajo esas circunstancias y en una oscuridad semejante. La oscuridad los hiere y los ciega. Aparecen dibujos y relampaguean como si salieran de sus órbitas para mirarlos.

John Steadiman, que estaba alerta y descansando en el turno de medianoche —porque yo le reemplazaba siempre durante el día—, me dijo:

—Capitán Ravender, le suplico que baje a descansar. Estoy seguro de que apenas si puede mantenerse en pie, y su voz se debilita ya. Baje y tómese algún descanso. Le llamaré si algún bloque produce un rasguño.

—¡Bien, bien, John! —le contesté—. Esperaremos hasta el turno de la una en punto, antes de hablar sobre el asunto.

Tenía en ese instante una de las linternas encendidas, de modo que pude observar la hora en mi reloj; eran las doce y veinte de la noche.

Cinco minutos antes de la una, John ordenó al muchacho traer la linterna de vuelta, y cuando le dije la hora una vez más, me rogó y suplicó que descendiera a mi cabina.

—Capitán Ravender —dijo—, todo está perfectamente. No podemos permitir que permanezca despierto una hora más; por eso le pido respetuosamente que baje.

Cedí al final, con la promesa de ser despertado al cabo de tres horas si yo no lo hacía por mis propios medios. Tras convenir en ello, dejé a John en su puesto. Le llamé nuevamente para hacerle una pregunta. Acababa de observar el barómetro y notar el mercurio perfectamente firme aún; ascendí a la lumbrera para echar un vistazo a mi alrededor, si es que podía usar semejante término con referencia a una oscuridad semejante. Noté entonces que las olas que la nave partía y sacudía producían un ruido falso; se me ocurrió que percibía un reflejo anormal.

Estaba de pie sobre el alcázar en el lado de estribor cuando llamé a John y le pedí que escuchara también. Lo hizo con la mayor atención. Volviéndose a mí dijo luego:

—Créalo, capitán Ravender; no ha descansado desde hace tiempo, y la

observación se debe exclusivamente a su cansancio.

Yo también lo creí entonces y lo creo ahora, aun cuando no alcanzo a comprender con absoluta certeza si efectivamente fue así.

Cuando dejé a John Steadiman en el puesto de mando la nave se deslizaba a gran velocidad. El viento soplaba aún en dirección de proa. A pesar de que la nave se adelantaba aprisa, viajaba con pocas velas desplegadas y no tenía más cargamento que el que fácilmente podía transportar. Todo estaba bien dispuesto y nada se debía alterar. Había una regular corriente marina, pero el mar no estaba grueso ni tampoco picado.

Me acosté vestido, sin quitarme siquiera la chaqueta, pero sí los zapatos, pues mis pies estaban terriblemente hinchados. Había una pequeña lámpara encendida colgando del techo de mi cabina. Pensé, mientras la miraba antes de cerrar los ojos, que estaba tan harto de tinieblas que hubiera podido dormirme en medio de un millón de lámparas ardiendo. Fue el último pensamiento antes de abandonar la cabina, exceptuando la idea predominante de que me sería imposible conciliar el sueño.

Soñé que estaba de nuevo en Penrith y que trataba de evitar la iglesia, la cual había cambiado mucho desde la última vez que la vi; estaba partida en forma muy singular en el centro de la cúpula. No sé por qué trataba de evadirme, pero estaba tan deseoso de hacerlo como si mi vida dependiera de ello. Ciertamente, creo que solo en sueños podía tener sensación semejante. No podía evitarlo, y trataba de hacerlo por todos los medios cuando sentí un choque violento y fui arrojado desde mi lecho hacia un costado del barco. Los gritos y el alboroto me hirieron más que los maderos que caían y me abrí camino hasta la cubierta entre ruidos de roturas y explosiones y torrentes de agua que se precipitaban a bordo. No era muy fácil llegar hasta allí, pues el barco se escoraba en forma temible y era golpeado con furia.

No pude ver a la tripulación cuando me adelanté, pero oí que trataban, con gran desorden, de enderezar la embarcación. Tenía la bocina en mis manos, y tras darles órdenes y animarles, llamé primero a John Steadiman y luego a William Rames, mi segundo piloto. Ambos respondieron con voz clara y firme. Había establecido previamente entre la tripulación —práctica que mantenía con todos los que se hicieran conmigo al mar— que en el caso de cualquier crisis imprevista debían hacer una pausa y esperar mis órdenes. Cuando se oía el sonido de mi voz y la de los demás al responder a través del ruido de la nave y del mar, y los gritos de los pasajeros abajo, ya sabía que

mis órdenes serían aguardadas.

—¿Está preparado, Rames?

—Sí, señor.

—Entonces, ¡encended las luces, por amor de Dios!

Al instante él y otros encendían ya luces azules, y el barco y todo lo que se hallaba a bordo parecía estar encerrado en un vaho de luz bajo una enorme cúpula negra.

La luz brillaba de tal forma que podía distinguir el inmenso témpano contra el cual había chocado, hendido desde un extremo y en toda su extensión, exactamente igual a la iglesia de mis sueños, en Penrith. Al mismo tiempo divisaba a la última guardia relevada apiñarse en la cubierta, y a la señora Atherfield y a la señorita Coleshaw tratando de abrirse camino entre los demás para recoger a la niña, que había quedado abajo. Noté que los mástiles desaparecían con los choques y las sacudidas del barco; vi el enorme boquete abierto sobre el lado de estribor, que era del tamaño de media nave, mientras el maderaje se desprendía; vi el cúter destrozado por completo y noté que todos los ojos se posaban sobre mí. Creo que si hubieran sido diez mil pares de ojos, en ese instante los hubiera distinguido a todos con sus miradas diferentes. Y todo eso en un solo momento. Pero debéis considerar en qué momento.

Vi que mientras me miraban, la tripulación seguía fielmente las indicaciones establecidas. Si la nave no se enderezaba, no podían hacer más que morir allí; no es extraordinario que un hombre muera en su puesto, pero quiero dar a entender que no podrían salvarse ni salvar a los pasajeros.

La violencia del choque contra el iceberg fatal destruyó el buque, pero como si hubiera llegado a destino, la nave se libró felizmente y se enderezó en seguida. No quise oír al carpintero decirme que el barco, lleno de agua, comenzaba a hundirse; yo mismo lo veía. Di a Rames la orden de bajar los dos botes restantes e indiqué a cada uno su obligación. Nadie resistió ni se adelantó. Entonces dije a John Steadiman en voz baja:

—John, permaneceré aquí, sobre la tilla^[3], hasta que todos estén a salvo fuera del buque. Ocupará el puesto de honor inmediato y será el penúltimo en abandonar la nave. Haga subir a los pasajeros y dispóngalos en fila en mi presencia, y coloque en los botes todas las provisiones y el agua de que podáis disponer. Mire a su alrededor y verá que no hay ni un minuto que perder.

Todo se hizo de forma tan ordenada como jamás había visto, y cuando los botes fueron echados al agua, dos o tres de los hombres más próximos a ellos, cayendo y levantándose a causa del oleaje, me gritaron:

—Capitán Ravender, si algo nos sucede y usted puede salvarse, acuérdesse de que siempre estuvimos a su lado.

—Todos llegaremos a salvo a tierra, con la ayuda de Dios, amigos míos. Comportaos como valientes y sed generosos con las damas.

Ellas podían servirnos de ejemplo. Aun cuando temblaban intensamente, permanecían en silencio, perfectamente dueñas de sí mismas.

—Bésemme, capitán Ravender —dijo la señora Atherfield—, y que Dios le bendiga desde el cielo, noble y generoso corazón.

—Querida —repliqué—, estas palabras son más eficaces para mí que una lancha salvavidas.

Sostuve a su hijita en los brazos hasta que ella se colocó en el bote, y se la alcancé luego. Dije entonces a los tripulantes:

—Ya tenéis vuestra carga, muchachos, todos menos yo; no debo irme por ahora. Apartaos del buque y alejaos.

Ese era el bote largo. El anciano Rarx era uno de sus integrantes, y fue el pasajero que peor se comportó desde el instante en que chocó el barco. Otros fueron algo impetuosos, lo que no debía causar extrañeza y no era de culpar demasiado; pero él se lamentó y rugió en tal forma que resultaba peligroso oírle, pues siempre existe el riesgo de contagio de la debilidad y del egoísmo. Gritaba sin cesar que no debía separarse de la criatura, a la que no alcanzaba a ver, y que ambos, él y la niña, debían ir juntos. Trató incluso de arrancarla de mis brazos para poder conservarla en los suyos.

—Señor Rarx —le dije cuando llegó a ese extremo—, tengo una pistola cargada en el bolsillo; si no se aparta y permanece en silencio absoluto, le atravesaré el corazón de un balazo.

—¡No cometeré un asesinato, capitán Ravender!

—No, señor —contesté—; no mataré a cuarenta y cuatro personas para complacerle, pero le mataré a usted para salvarles.

Con esto se tranquilizó y permaneció temblando hasta que le ordené embarcarse.

Tras hacerse a la mar el primer bote, el segundo se llenó con rapidez. Solo quedaban a bordo John Steadiman, John Mullion (el hombre que mantenía las linternas encendidas y que encendía una nueva antes de extinguirse la anterior) y yo.

Hice que ambos saltasen aprisa a la lancha, les ordené alejarse y esperé con el corazón aliviado y agradecido que se aproximara el primer bote, si es que era posible, para poder colocarme en él. Miré el reloj a la luz de la linterna. Eran las dos y diez minutos. No se perdió tiempo. Tan pronto como pudieron acercarse, alcancé el interior del bote y grité a la tripulación:

—¡Animo, compañeros! ¡La nave se tumba ya! Apenas si nos habíamos alejado algunas pulgadas del remolino que su caída ocasionó, cuando a la luz de la linterna que John Mullion seguía sosteniendo en la proa del bote pudimos ver a la nave sacudirse y hundirse luego hasta el extremo del palo mayor.

La niña gritó, llorando:

—¡Ah, el *Golden Mary*! ¡Miradlo! ¡Salvadlo!...

En ese momento la luz se apagó y un techo negro pareció caer sobre nosotros.

Supongo que si todos hubiéramos estado sobre la cúspide de una montaña viendo el resto del mundo hundirse a nuestros pies, difícilmente nos hubiéramos sentido más conmovidos y solitarios que al sabernos solos en el inmenso océano, y comprender que el hermoso barco, en que la mayor parte de nosotros dormía tranquilamente, en menos de una hora había desaparecido para siempre. Un silencio horrible reinaba en nuestra lancha, y había una apatía tal entre los remeros y el timonel que pensé no podríamos afrontar el mar en esas condiciones. Les hablé así:

—¡Demos gracias a Dios por nuestra salvación!

Todas las voces respondieron —incluso la de la niña—:

—¡Demos gracias a Dios!

Dije luego un padrenuestro, y todos lo repitieron con murmullo solemne. Luego agregué:

—¡Cobrad ánimo!

Sentí entonces que el bote volvía a deslizarse con nuevo ímpetu.

La otra lancha había encendido una luz azul para mostrarnos el lugar donde se hallaba, y nosotros tratamos de dejarle espacio libre y colocarnos a su lado todo lo que nos atrevimos a hacerlo. Siempre traté de equipar mis botes con un rollo o dos de buena cuerda, de modo que pudiera disponerse de ella en caso necesario.

Hicimos un desvío, con gran trabajo y dificultad, para mantenernos uno cerca del otro y poder así compartir la luz —no pudo usarse más después de esa noche, pues muy pronto fueron tragadas por el mar—. También tendimos un puente de cuerda entre ambas barcas. Durante el transcurso de la noche nos mantuvimos a la par, algunas veces obligados a recoger las cuerdas, que eran tendidas de nuevo cuando era posible. Todos esperábamos ansiosos el amanecer, que tardaba en llegar, hasta que el señor Rarx comenzó a chillar, a pesar del miedo que yo le inspiraba:

—¡Se acerca el fin del mundo y el sol jamás saldrá de nuevo!

Cuando amaneció observé que estábamos amontonados en posición muy incómoda. Nos hallábamos en aguas profundas cuando descubrí, después de pasar lista, que formábamos un grupo de treinta y uno donde solo cabían veinticinco. El otro bote contenía catorce tripulantes, cuatro más del máximo. Mi primera maniobra fue pasar al timón, que manejé desde ese instante, y permitir a la señora Atherfield, su hijita y la señorita Coleshaw tomar asiento a mi lado.

En cuanto al anciano señor Rarx, le situé en la proa todo lo lejos de nosotros que pude. Me rodeé de mis mejores hombres, pues pensé que si caía siempre habría una mano hábil para empuñar el timón.

El mar se fue calmando a medida que avanzaba el día, aun cuando el cielo continuaba nublado y tormentoso; interrogamos al otro barco acerca de las provisiones acumuladas y repasamos las nuestras. Guardaba en el bolsillo un compás, un telescopio pequeño, una pistola de doble caño, un cuchillo y fósforos. Muchos de mis hombres tenían cuchillos también y algunos un resto de tabaco y pipas.

Poseíamos, asimismo, un cubilete y una cuchara de acero. En lo referente a las provisiones, mi barco contaba con dos sacos de bizcochos, un trozo de carne cruda de vaca, otro de carne de cerdo, un saco de café tostado no molido —cargado por error, supongo—, dos pequeños barriles con agua y cerca de medio galón de ron en un barril pequeño. El otro bote llevaba más ron y menos agua, por lo que nos cedió cierta cantidad. Les retribuimos con

tres puñados de café atados en un pañuelo; nos comunicaron que contaban, además, con un saco de bizcochos, un trozo de carne de vaca, un barril pequeño lleno de agua, un cajón con limones y un queso holandés. Empleé mucho tiempo en hacer estos canjes, no sin riesgo por ambas partes: la marea estaba alta y nuestra aproximación resultaba peligrosa.

Dentro del envoltorio que contenía café introduje un mensaje escrito en una hoja de papel arrancada de mi libreta de apuntes, referido al rumbo que pensaba seguir, en la esperanza de tocar tierra o ser recogidos por algún navío. Digo en la esperanza aun cuando no me forjaba la menor ilusión al respecto. Les dije luego en alta voz, de modo que todos pudieran oír, que si ambos botes debían sobrevivir o perecer juntos, así se haría; pero si habíamos de separarnos por las vicisitudes de la suerte y no volver a vernos, rogaríamos por ellos, como también implorábamos que rogasen por nosotros.

Dimos luego tres hurras, que ellos devolvieron, y volví a ver las cabezas de los hombres inclinarse otra vez sobre los remos. Estos preparativos ocuparon la atención general con ventaja para todos, a pesar de que concluyeron con una sensación general de tristeza. Agregué algunas palabras referentes a la distribución de la escasa provisión de víveres que poseíamos, así como también a la necesidad de cuidarlos y escatimarlos en lo posible, pues nuestra vida dependía de ellos. También agregué que cualquier concesión que creyera indispensable hacer debería ser estrictamente observada.

Fabricamos un par de balanzas con una delgada plancha de hierro y algunos hilos para calcular la cantidad de comida que debería repartirse a cada tripulante. Correspondían a cada uno dos onzas de alimento sólido, repartidas una sola vez al día, desde ese instante hasta el final, con el agregado de un grano de café, y algunas veces medio, como desayuno. En cualquier forma, no disponíamos de ninguna otra cosa más que media pinta de agua por día para cada uno y algunas veces una cucharada de ron, cuando el frío era intenso o comenzábamos a sentir debilidad. Sabía por doctrina que el ron era un veneno, pero también que en este y en todos los casos similares no existen palabras capaces de expresar el placer y el bienestar que proporciona. Tampoco tengo la menor duda de que salvó la vida a muchos de los nuestros en casos semejantes.

Mencioné hace un instante que disponíamos de media pinta de agua diaria, pero debo agregar que a veces la dosis aumentaba, pues llovía mucho, de modo que recogíamos el agua caída en lonetas preparadas al efecto.

En esta tormentosa época del año y en esta tormentosa parte del mundo en que naufragamos, nuestro bote se elevaba y descendía con las olas. No es mi intención relatar —si es que puedo evitarlo— las circunstancias relativas a nuestra triste condición, pues han sido descritas ya en otras narraciones de la misma especie, y mucho mejor de lo que yo podría hacerlo. Solo anotaré con palabras accidentales que día tras día y noche tras noche atajábamos al mar con nuestras espaldas para impedir que hiciera zozobrar al bote; que una parte estaba siempre empleada en achicar, mientras todos nuestros gorros y sombreros se desgastaban rápidamente, a pesar de ser remendados cincuenta veces, pues eran los únicos baldes de que podíamos disponer para ese fin; que otra parte se acostaba sobre el casco mientras una tercera remaba, y que muy pronto quedamos cubiertos de ampollas y harapos.

El otro bote era fuente de interés permanente para nosotros, tanto que yo solía preguntarme si cuando estuviéramos a salvo llegaría el momento en que los sobrevivientes del nuestro perderían el interés que los otros le inspiraban.

Íbamos a remolque siempre que el tiempo lo permitía, pero eso no sucedía con frecuencia, y el modo en que ambas partes se mantenían bajo el mismo horizonte solo era conocido por Él, quien piadosamente permitía que fuera así para nuestro consuelo. Nunca olvidaré las miradas que dirigíamos al otro barco a través de las aguas agitadas cuando aclaraba el día. Una vez nos separamos por espacio de setenta y dos horas y supusimos que podrían haber naufragado, opinión compartida por ellos con respecto a nosotros. La alegría de ambas partes cuando volvimos a vernos tenía algo de divino en sí; todos habían olvidado sus sufrimientos individuales mientras asomaban lágrimas de afecto y alegría hacia los tripulantes del barco opuesto.

Deseaba evitar la parte personal en mi relato, pero el anterior incidente me colocó en medio del sendero. La paciencia y el buen humor a bordo de nuestro barco eran sorprendentes. No me llamaba la atención de las damas, pues todos los hombres saben qué grandes cualidades suelen demostrar cuando ellos fracasan; pero me sorprendía encontrar en algunos hombres esas mismas cualidades. Entre treinta y una personas reunidas en la mejor de las épocas habrá, generalmente, por así decirlo, dos o tres temperamentos inciertos.

Yo no ignoraba que existía más de un carácter rudo entre la tripulación de mi barco, y había elegido este bote precisamente para tenerlos bajo mi vigilancia. Pero ellos se suavizaron ante su propia desgracia y eran tan considerados con las damas y tan compasivos con la niña como lo hubiera

sido el mejor de nosotros. No escuché ni una queja. El conjunto gemía en sueños, y más de una vez observé llorar a distintos hombres mientras desde su puesto miraban al mar. Cuando suponían que no eran vistos gemían durante largo rato, pero apenas se cruzaban nuestras miradas cesaba el llanto y los rostros se iluminaban. Tenía la impresión de que ellos parecían ignorar que yo les escuchaba, intentando hacer creer que susurraban una canción.

El sufrimiento padecido por el frío y la humedad era mucho mayor que el producido por el hambre. Tratábamos de resguardar a la niña, pero dudo que ninguno de nosotros estuviera abrigado durante cinco minutos seguidos; era muy triste observar el temblor y escuchar el castañetear de los dientes. La niña lloró al principio por su juguete perdido, pero apenas si sollozó luego, y cuando el estado del tiempo lo permitía, solía recostarse en los brazos de alguno de nosotros para divisar al bote de John Steadiman deslizándose en lontananza. Veo sus cabellos dorados y su rostro inocente, ahora, entre las nubes que se alejan, como un ángel volando hacia el cielo.

Al anoecer del segundo día, la señora Atherfield entonó una canción tratando de adormecerla. Tenía una voz suave y melodiosa, y una vez concluida, nuestra gente pidió otra. Ella accedió, y antes de que la noche se cerrara por completo, musitó una oración. Desde ese instante, siempre que pudieran escucharse a través del viento y el oleaje, y mientras conservó un resto de voz, nada estimulaba más a nuestros hombres que sus canciones entonadas al anoecer. Siempre concluía con una oración. Solíamos entonces repetir el último verso con lágrimas en los ojos, pero sin sentirnos desdichados con todo. Rezábamos también por la mañana y por la noche cuando el tiempo lo permitía.

Habían transcurrido ya doce noches y once días desde el naufragio, cuando el anciano señor Rarx comenzó a delirar y ordenarme a gritos que arrojara el oro por la borda, pues de lo contrario todos naufragaríamos. Hacía ya varios días que la niña se hallaba muy desmejorada, y este era el motivo principal de su alboroto. Me repetía una y otra vez que debía darle a ella el resto de la carne y el ron, para salvarla a cualquier precio; de lo contrario su pérdida sería nuestra ruina. En esa ocasión la pobrecilla yacía a mis pies, entre los brazos de su madre. Rodeaba el cuello con uno de sus brazos, y yo, al observar su manecita consumida, adiviné súbitamente que todo estaba ya concluido.

Los gritos del anciano discordaban en tal forma con la resignación y el cariño de la madre, que no pude menos de amenazarle con arrojarlo por la

borda si no podía mantener el silencio en ese momento supremo. Quedó mudo entonces, hasta que la niña murió, muy calladamente, una hora después; en ese mismo instante, la madre comenzó a llorar desesperadamente, y por primera vez desde el naufragio, pues demostró gran fortaleza y serenidad a pesar de ser una mujercita dulce y benévola. El anciano señor Rarx no podía ser dominado, y mientras se arrancaba los andrajos que cubrían su cuerpo, se deshacía en imprecaciones y me acusaba por no haber arrojado el oro al agua —siempre la misma idea—; tal vez la niña hubiera podido salvarse entonces. Ahora zozobraremos —continuaba con voz terrible— e iremos al infierno, pues nos hundirán nuestros pecados y no tendremos a una criatura inocente en la cual ampararnos. Descubrimos asombrados, entonces, que este desventurado se interesaba por la vida de la pobre criatura, tan querida por todos nosotros, a causa de la influencia que podía ejercer, según creía supersticiosamente, para preservar su propia vida.

El herrero no pudo contenerse; lo tomó por el cuello y lo empujó hasta dejarle bajo el banco de los remeros, donde quedó silencioso por espacio de varias horas.

Durante toda esa noche la señorita Coleshaw trató de consolar a la madre infortunada. La niña yacía en su regazo cubierta por mi chaqueta verde. Estuve preocupado pensando que carecíamos de un devocionario, y apenas si recordaba con exactitud escasas palabras del oficio de difuntos. Cuando me puse de pie, entrado ya el día siguiente, todos sabían lo que iba a hacer y noté que mis pobres compañeros hicieron ademán de descubrirse, a pesar de que sus cabezas estaban sin cubrir desde hacía ya tiempo. La marea continuaba muy alta, pero a pesar de ello la mañana era agradable y se veía el sol reflejarse sobre las olas en el este. Solo dije estas palabras: «“Soy la Resurrección y la Vida”, dijo el Señor. Él resucitó a la hija de Jairo, el gobernante, y aseguró que no estaba muerta sino dormida. Él resucitó al hijo de la viuda. Resucitóse a sí mismo y fue visto por muchos. Amó a los niños diciendo: “Permitidles que vengan hacia mí y no los censuréis, porque este es el Reino de los Cielos”. ¡En su nombre, amigos míos, y confiada a su gracia misericordiosa!». Con estas palabras puse mi rostro tosco sobre su frente plácida y pequeña y enterré a la «rubia Lucy» en la tumba del *Golden Mary*.

Deseoso de relatar el fin de la querida niña, omití algunos detalles que trataré de proporcionar en seguida.

Presintiendo que si la nave continuaba mucho tiempo en esa forma llegaría el instante en que careceríamos de alimentos, no tenía otra

preocupación mayor en mi mente. A pesar de que años atrás creía con firmeza que los casos de canibalismo en circunstancias semejantes eran sumamente escasos y que jamás ocurrían entre personas acostumbradas a la moderación y al propio dominio, y por difíciles que fueran las circunstancias, vuelvo a insistir que, a pesar de estar muy convencido de ello, tenía mis dudas acerca de si no existía peligro al apartar del pensamiento tales eventualidades pretendiendo negar su existencia. Tenía mis dudas acerca de si algunas inteligencias debilitadas por el ayuno y la intemperie, con esa idea en la imaginación, no la magnificarían hasta sentir gran atracción por ella. Ese no era un pensamiento nuevo en mí, pues había surgido a causa de mis lecturas. En cualquier forma acudía hacia mí en ese cuarto día de permanencia en el bote con mayor fuerza que antes, pues no faltaban razones para que eso sucediera, de modo que decidí aclarar ese miedo en embrión que debía de existir con mayor o menor intensidad en todas las mentes.

Por eso, con intención de proporcionarles entretenimiento y brindarles esperanzas, les narré el mejor resumen que pude hacer sobre el viaje de Bligh a través de más de tres mil millas en un barco abierto, luego del motín de la *Bounty* y de la admirable defensa de la tripulación de ese barco. Ellos escucharon en silencio y con gran interés, y yo terminé diciendo que, en mi opinión, la circunstancia más feliz de toda la narración era que Bligh, en su rudeza, había planteado solemnemente, en la forma que la historia registra, el hecho de sentir con seguridad que, bajo cualquier circunstancia inconcebible por las que pasara ese grupo extenuado, y a través de todos los rigores del hambre, no se devorarían los unos a los otros. No puedo describir el alivio visible que recorrió por el barco, y en qué forma las lágrimas asomaron a los ojos de todos. Desde ese momento quedé tan convencido como Bligh mismo de que el peligro había desaparecido y de que ese fantasma, sea como fuere, ya no rondaría más a nuestro lado.

Ahora bien, Bligh sabía por experiencia que cuando la tripulación de su barco estuviera muy descorazonada, nada le haría tanto bien como escuchar una historia narrada por uno de ellos. Cuando yo hice mención del tema, observé que atrajo la atención general tanto como la mía propia, pues no había pensado anteriormente en ella hasta que no hube concluido mi relato.

Eso sucedió al día siguiente en que la señora Atherfield cantó para nosotros por primera vez. Propuse entonces que, siempre que el tiempo lo permitiera, oiríamos una historia dos horas después del almuerzo —la ración era repartida a la una en punto— y una canción al anochecer. La proposición

fue recibida con tanta satisfacción que me proporcionó gran consuelo; no hablo demasiado cuando digo que esos dos momentos eran esperados con positivo placer dentro de las veinticuatro horas del día, y disfrutados igualmente por todos.

Muy pronto nuestros cuerpos consumidos semejaron espectros, pero nuestra imaginación no pereció como lo hizo la carne que recubría nuestros huesos. La música y las aventuras, dos de los grandes dones que la Providencia diera a la Humanidad, podrían encantarnos hasta mucho después de haber perdido toda apariencia humana.

El viento estaba casi siempre en contra nuestra a partir del segundo día; y por espacio de mucho tiempo apenas si podíamos sostenernos. Soportábamos toda clase de temporales: lluvias, granizo, nieve, viento, nieblas, truenos y relámpagos. Los botes navegaban sobre el cruel océano, y su tripulación, extenuada, se levantaba y volvía a caer a causa de las enormes olas.

Diecisiete noches y dieciséis días, veinte noches y diecinueve días, veinticuatro noches y veintitrés días. El tiempo seguía transcurriendo. Desanimado como estaba acerca de nuestro progreso, o mejor aún, de nuestra falta de progreso, nunca les engañé sobre mis cálculos acerca de este. En primer lugar, sentía que todos estábamos demasiado cerca de la eternidad para engañarles; en segundo lugar, sabía que si yo fracasaba o moría, el hombre que me sucediera debía tener una cabal noción del estado de cosas para poder iniciarse en el mando. Cuando al mediodía comentaba mis cálculos acerca de lo que habíamos ganado o perdido, generalmente eran recibidos con tranquilidad, resignación y mucha gratitud. No era raro que en cualquier momento del día alguien rompiera a llorar sin ninguna razón aparente, y cuando el llanto concluía, volviera a quedar en calma, más consolado que antes. Pude contemplar esa misma escena con anterioridad en todas las casas donde se lamentaba la pérdida de algún miembro de la familia.

Durante todo el tiempo, el señor Rarx persistía en sus arranques ordenándome que arrojara el oro —¡siempre el oro!—, colmándome de violentos reproches por no haber salvado a la niña, pero ahora que el alimento estaba ya consumido, sin quedarnos otra cosa que un grano de café de vez en cuando, comenzó a sentirse muy débil, y, en consecuencia, quedó silencioso. La señora Atherfield y la señorita Coleshaw yacían, por lo general, cada una con un brazo sobre mis rodillas y la cabeza recostada sobre él. Jamás se quejaron... Hasta el momento de la muerte de su hijita, la señora Atherfield deshacía diariamente su hermosa cabellera y yo notaba especialmente que eso

sucedía siempre por la noche antes de cantar, cuando todos la miraban. Pero no volvió a hacerlo luego de perder a la niña, y hubieran quedado sucios y enredados si la señorita Coleshaw no cuidara de ellos y los arreglase con sus débiles manos.

Habíamos concluido con las historias, mas un día volví a referirme a la superstición del anciano señor Rarx relacionada con el *Golden Mary*, y les dije que nada escapaba a los ojos de Dios, aun cuando pasaran inadvertidos ante los ojos de los hombres. Todos fuimos niños una vez, y nuestros pequeños pies cruzaron las verdes praderas; todos juntamos flores en los jardines donde los pájaros cantaban. Los niños que fuimos no pasaron inadvertidos ante los ojos del Creador. Esas criaturas inocentes aparecerán a vuestro lado ante Él, y rogarán por nosotros. Lo que fuimos en la época mejor de nuestra juventud generosa, se alzarán y nos acompañará también. Lo que entonces fuimos estará tan vivo ante Él como nosotros lo estamos ahora.

Todos se consolaron ante esta idea al igual que yo, y la señorita Coleshaw, acercando sus labios a mi oído, dijo:

—Capitán Ravender, yo me dirigía a contraer matrimonio con un hombre desgraciado y arruinado, a quien amé intensamente cuando era bueno y honorable. Sus palabras parecen haber surgido de mi propio corazón dolorido. —Besó entonces mi mano mientras sonreía.

Veintisiete noches y veintiséis días. No nos faltaba agua de lluvia, pero no disponíamos de otra cosa. Hasta entonces, jamás dirigía mi vista hacia un rostro recién despierto sin que este tratara de sonreírme. ¡Oh! ¡Qué gran cosa es la sonrisa en tiempos de peligro y en presencia de la muerte, entre dos rostros que se contemplan!

Había oído comentar que los grandes barcos modernos recibirían órdenes por medio del telégrafo. Admiro la mecánica tanto como cualquier hombre, y le estoy muy agradecido por los adelantos que aporta. Pero nunca habrá un sustituto para un rostro humano, con un alma en su interior, animando a otro a ser valiente y leal. Nunca intentéis obtenerlo. Se rompería como una brizna de paja.

Empezaba ya a notar entonces ciertos cambios en mi persona, que no me agradaban en absoluto y que me causaban gran inquietud. Veía con frecuencia a la pequeña Lucy en el aire, sobre el bote, y otras veces sentada a mi lado. Veía naufragar al *Golden Mary*, tal como realmente sucedió, veinte veces al día. Y aun el mar aparecía en mi pensamiento, no como un mar verdadero,

sino como un campo móvil con regiones extraordinariamente montañosas como jamás había contemplado antes. Tuve tiempo suficiente para decir las últimas palabras dirigidas a John Steadiman, en caso de que alguien sobreviviera para poder repetir las a un ser viviente. Revelé lo que John me había dicho mientras permanecía sobre cubierta y la orden que dio de arrojar los barriles por la proa, en el instante en que podía oírse con claridad; también el hecho de que trató de virar la nave, que chocó antes de que pudiera realizar la maniobra. (Su grito, me atrevo a decir, dio origen a mi sueño). Dije que las circunstancias fueron del todo imprevistas y su curso no pudo ser evitado; que igual pérdida se hubiera sufrido estando yo en la dirección de la nave, y que no debía culparse a John, pues desde el principio hasta el fin cumplió su deber con nobleza, siendo como siempre clara su línea de conducta. Traté de anotar en mi libreta de apuntes, pero no pude escribir palabra, aun cuando sabía bien lo que debía escribir. Llegado a este punto, las manos de la niña, que yo sabía muerta hacía tiempo, me acostaron gentilmente en el suelo del bote, mientras estas y las manos de la rubia Lucy mecieron mi sueño.

Capítulo II

El siguiente relato fue escrito por John Steadiman, primer piloto

Al vigésimo sexto día del hundimiento del *Golden Mary*, yo, John Steadiman, ocupaba mi lugar en la cámara del segundo bote, con juicio suficiente como para timonear, es decir, con los ojos experimentados y bien abiertos sobre los remos, y el cerebro profundamente dormido, cuando fui despertado de golpe por nuestro segundo piloto, señor William Rames.

—Permítame que le reemplace —dijo—, y mire al segundo bote a lo lejos. La última vez que se elevó sobre la cresta de una ola, creí adivinar una señal a bordo.

Cambiamos nuestros lugares, incómoda y lentamente, pues ambos estábamos débiles y aturdidos por la humedad, el frío y el hambre. Esperé algún tiempo observando las olas a lo lejos, hasta que el otro bote se elevó sobre la cresta de una de ellas a la vez que el nuestro. Al fin fue alzado por un espacio de tiempo suficientemente largo como para poder ser bien divisado; allí estaba la señal, ya sin duda alguna, un trozo de tela atado a un remo e izado sobre la proa.

—¿Qué significa eso? —me dijo Rames con voz trémula—. ¿Querrán comunicarnos que hay un navío cerca?

—¡Silencio, por amor de Dios! —le ordenó, tapándole la boca con la mano—. La tripulación no debe oírle. Se volverán locos si les engañamos acerca de esta señal. Espere hasta que vuelva a observarla de nuevo.

Me apoyé en él, pues estaba temblando ante la idea de un barco a la vista; y miré con fijeza al otro bote. Volvió a izarse sobre la cresta de una ola y volví a ver la señal claramente por segunda vez; noté que estaba colocada a la mitad del mástil.

—Rames —dije entonces—, es una señal de angustia. Debemos ponernos en contacto con ellos tan pronto como sea posible.

Volví a dejarme caer en mi puesto al lado del timón sin agregar palabra, pues se me ocurrió de repente la idea de que el capitán Ravender había sufrido algún percance. Me consideraría indigno de escribir otro renglón de este relato si no estuviera decidido a decir la verdad, y por eso debo confesar llanamente que ahora, por primera vez, mi corazón sucumbía. Mi debilidad era producida, en cierto grado, según creo, por el efecto agotador de la ansiedad y el sufrimiento.

Nuestras provisiones, si puede llamarse así lo que nos había quedado, estaban reducidas a la corteza de un limón y dos puñados de café en grano. Aparte de la pena causada por la muerte, el peligro y el sufrimiento entre los pasajeros y la tripulación, sentía otra angustia que me estremecía más aún: la muerte de la criatura que tanto quise, hasta el punto de estar celoso, en secreto, por el hecho de haberla colocado en el otro barco en lugar de en el mío, cuando naufragó la nave. Solía constituir un gran consuelo para mí, como para los que estaban conmigo, contemplar a la rubia Lucy sostenida en alto por los hombres del bote largo cuando el tiempo lo permitía, y expuesta como el espectáculo más radiante que podían exhibir. Aparecía en la distancia como un pájaro blanco en el aire. El dejar de verla por primera vez fue una dolorosa desilusión. Contemplar las cabezas abatidas de los hombres del otro bote y la mano del capitán señalando el mar, cuando nos acercamos, días más tarde, me produjo una conmoción tan violenta y un dolor tan agudo como no recuerdo haber sufrido otro en mi vida.

Menciono estos hechos solo para demostrar que si aflojé algo al principio, ante el temor de ver perdido para siempre al capitán, no fue sin haber sido enérgicamente sacudido antes por las desgracias de toda clase que suelen a menudo llover sobre un hombre.

Vencí el sollozo que me ahogaba con ayuda de un trago de agua y afirmé de nuevo mis ideas, tratando de imaginar lo peor, cuando oí el saludo —Dios les ayude—, pero cuán débil sonaba entonces.

Levanté la vista y allí estaban nuestros compañeros de infortunio, moviéndose frente a nosotros, no tan cerca como para poder distinguir los rasgos de cada uno, pero sí lo suficiente para hacerme oír, aunque con algún esfuerzo, debido a sus condiciones, en los intervalos en que el viento se apaciguaba.

Contesté a la llamada y aguardé un instante sin oír nada; luego grité el nombre del capitán. La voz que contestó no era la suya; alcanzamos a distinguir estas tres palabras:

—¡Necesitamos al primer piloto a bordo!

Cada hombre de mi tripulación sabía tan bien como yo lo que eso significaba. Siendo segundo oficial solo podía existir una razón para ser reclamado a bordo. Un gemido nos sacudió a todos, y nos miramos unos a otros con aire sombrío, murmurando casi sin aliento:

—¡El capitán ha muerto!

Les ordené guardar silencio y negué que existiera certeza en lo referente a malas noticias, ante el cariz que las cosas tomaban. Luego indiqué a la tripulación de la otra nave que estaba preparado para subir a bordo en cuanto el tiempo lo permitiera; me detuve un instante para recobrar aliento, y después grité tan alto como me fue posible la pregunta terrible:

—¿Ha muerto el capitán?

Las negras figuras de tres o cuatro hombres se agacharon al unísono en la popa al oír mi voz. Se perdieron de vista durante cerca de un minuto; luego volvieron a aparecer, y uno de ellos, levantado por los demás, gritó las palabras benditas, mientras una leve esperanza recorría a nuestros hombres desesperados:

—¡Todavía no!

El alivio que sentí al saber que nuestro capitán no estaba muerto, pero sí imposibilitado para el cumplimiento de su deber, no podía ser expresado en palabras por un hombre como yo. Me esforcé por levantar el ánimo de los demás, diciéndoles que era una nueva señal el hecho de no estar en tan mala situación como presumíamos; luego dejé las instrucciones precisas a William Rames, quien debía ocupar mi lugar cuando yo me hiciera cargo del mando del otro bote. En seguida no quedó nada por hacer, sino esperar el instante en que el viento amainara, al ponerse el sol, y bajara la marea, de modo que nuestra debilitada tripulación pudiera disponer los dos botes, uno al lado del otro, en dirección paralela, sin correr ningún riesgo, o, para ser más explícitos aún, sin necesidad de cansarnos con ningún esfuerzo extraordinario. La tripulación de ambos barcos estaba completamente agotada por el hambre.

Durante el crepúsculo, el viento calmó de repente, pero debía esperarse varias horas hasta el descenso de la marea.

La luna brillaba, el cielo estaba muy claro, y de acuerdo con mis cálculos debíamos de estar no lejos de la medianoche, cuando la marea descendió con regularidad y tomé a mi cargo la tarea de disminuir la distancia.

Podría ser, me atrevo a decirlo, una ilusión mía, pero pensé que nunca con anterioridad había visto brillar una luna tan pálida, ni en tierra ni en mar, tal como brillaba la noche en que nos acercábamos a nuestros compañeros en desgracia. Cuando estábamos a solo un barco de distancia y la luz clara nos daba de lleno en los rostros, ambas tripulaciones abandonaron los remos con gran estremecimiento y miraron con fijeza la borda de la nave opuesta, llenos de pánico al contemplarse ahora de cerca por primera vez.

—¿Ha fallecido alguien entre vosotros? —pregunté en medio de aquel silencio horroroso.

Los hombres del bote mayor se agruparon como ovejas al escuchar mi voz.

—Nadie más que la niña, a Dios gracias —respondió alguien entre el grupo.

Mis hombres se encogieron al escuchar la respuesta.

Yo temía que el horror producido al observarnos luego de los terribles cambios producidos por el agua, el frío y el hambre, durara más de un instante, y por consiguiente ordené a mis hombres juntar los botes, sin dar tiempo para mayores comentarios. Cuando me levanté y dejé el timón en manos de Rames, todos mis subordinados alzaron sus rostros pálidos para implorarme:

—¡No nos abandone, señor, no nos abandone!

—Les dejo bajo la dirección y el mando del señor William Rames, tan avezado marino como yo, e íntegro y bueno como pocos. Cumplid vuestro deber como lo habéis hecho conmigo y recordad hasta el fin que mientras haya vida hay esperanza. ¡Que Dios os ayude y proteja!

Con estas palabras junté el resto de mis fuerzas, y cogido por dos brazos que se extendieron con ese fin, pasé de un bote a otro.

—¡Fíjese dónde hace pie! —murmuró uno de los hombres que me prestó ayuda.

Bajé la vista al oír sus palabras. Tres figuras estaban acurrucadas a mis pies, iluminadas a intervalos por la luna. El primer rostro que distinguí fue el

de la señorita Coleshaw; sus ojos estaban muy abiertos y fijos en mí. Parecía conservar aún el sentido, y por el abrir y cerrar de sus labios comprendí que trataba de hablar, aun cuando no pudo articular palabra. Sobre su hombro descansaba la cabeza de la señora Atherfield. La madre de nuestra pequeña y rubia Lucy debía de soñar, según creo, con la niña que perdió, pues una sonrisa desmayada surcaba su rostro pálido y mudo, con los ojos cerrados y dirigidos al cielo. A su lado, con la cabeza sobre su regazo y una de sus manos tiernamente posada sobre su mejilla, yacía el capitán, ante cuya guía y sostén hasta ese momento terrible no habíamos apelado en vano; allí, consumido hasta el último grado a causa nuestra, y por nuestra salvación, yacía el hombre mejor y más valiente de la tripulación.

Suavemente puse la mano sobre su corazón y sentí un calor débil, aun cuando mi mano fría no percibió el menor latido. Los dos hombres, a mi lado, observando lo que yo hacía, sabiendo que le amaba como a un hermano y notando más tristeza en mi rostro que lo que deseaba demostrar, perdieron el dominio de sí mismos y estallaron en gemidos lastimeros y lamentaciones. Uno de ellos apartó un saco que cubría los pies del capitán, mostrándome que estaban desnudos, a excepción de un trozo de calcetín húmedo adherido aún a uno de ellos. Cuando el vapor chocó contra el témpano, corrió a la cubierta, dejando sus zapatos en la cabina. Durante todo el viaje sus pies carecieron de protección y nadie lo había descubierto hasta el momento de su caída. Mientras pudo mantener sus ojos abiertos, su sola vista animaba a los hombres y sostenía a las mujeres. Ninguna criatura en el bote dejaba de sentir su influencia benéfica en una forma u otra. Ni uno solo dejó de oírle una y otra vez reconocer a otros el mérito que solo a él correspondía; alabando a uno por su paciencia y agradeciendo la ayuda de otro, cuando la paciencia y la ayuda provenía de él en su mayor parte. Todo eso y mucho más oí brotar de sus labios en gran desorden, mientras se inclinaban sobre su comandante, sollozando y gimiendo y envolviendo sus pies fríos tan tiernamente como era posible. Apelé a mi corazón para consolarles, pero sabía que si ese estado lastimero se extendía un poco más, toda oportunidad de conservar encendidos los últimos destellos de esperanza y valor entre los tripulantes del barco quedaría perdida para siempre. Por consiguiente, hice que cada uno ocupara su lugar, dirigí algunas palabras de aliento a los hombres de proa, prometiendo darles, cuando llegara la mañana, algún comestible dejado en los cajones; grité a Rames que se mantuviera tan cerca de nosotros como le fuera posible; traté de acomodar los harapos de las dos pobres mujeres, con ánimo de cubrirlas mejor, y con una secreta plegaria, para no equivocarme ante la

gran responsabilidad que cargaba sobre mis hombros, desde ese mismo instante ocupé el puesto vacante ante el timón.

Este es el más fiel y verídico relato de la forma en que llegué a hacerme cargo de la tripulación y los pasajeros náufragos de la *Golden Mary*, en la mañana del vigésimo séptimo día, luego del choque de la nave y su ulterior hundimiento.

La odisea de unos prisioneros ingleses

(The Perils of Certain English Prisoners, 1857)

PERSONAJES:

CAPITÁN CARTON: *capitán de navío; años más tarde, almirante sir George Carton.*

GILL DAVIS: *marinero de la Armada Real y relator de la historia.*

HARRY CHARKER: *camarada del anterior.*

SARGENTO DROOCE: *un oficial valiente y despótico.*

EL SEÑOR FISHER: *residente en la isla.*

LA SEÑORA FISHER: *su esposa.*

REY CHRISTIAN GEORGE: *un mestizo traidor.*

EL SEÑOR KITTEN: *vicecomisionado y cónsul.*

TENIENTE LINDERWOOD: *oficial de la Marina Real.*

EL SEÑOR MACEY: *caballero valiente, ágil y firme.*

CAPITÁN MARYON: *comandante del «Cristóbal Colón».*

LA SEÑORITA MARYON: *hermana del anterior; más tarde, esposa de Carton.*

TOMÁS PACKER: *un marinero joven, violento y versátil.*

EL SEÑOR PORDAGE: *comisionado de la isla; vanidoso y estirado.*

LA SEÑORA PORDAGE: *su esposa.*

ISABELLA TOTT («la señora Belltott»): *viuda joven; dama de compañía al servicio de la señorita Maryon.*

Capítulo I

En la isla del Tesoro

Sucedió en el año 1744 de Nuestro Señor. El que os habla, Gill Davis, vuestro servidor, miembro de la Marina Real, contemplaba el paisaje, apoyado sobre la barandilla de la corbeta *Cristóbal Colón*^[4], en las aguas meridionales de la playa de Mosquito.

Antes de continuar, mi ama me observa que *Gill* no es nombre cristiano, y, en su opinión, mi nombre de pila debió de haber sido *Gilberto*. Ella puede estar muy en lo cierto, pero yo jamás escuché nada al respecto.

Era un niño expósito, recogido en algún sitio, y siempre consideré *Gill* como mi nombre verdadero. También se me conocía por *Gills* cuando me dedicaba a espantar pájaros en Snorridge Bottom, entre Chatham y Maidstone; pero eso no tiene ninguna relación con la pila bautismal, donde alguien hizo promesas en mi nombre y me abandonó después de cumplirlas en parte. Supongo que ese alguien debió de ser el alguacil. El nombre de *Gills* se debe a mis mejillas^[5], que en aquella época de mi vida eran muy ásperas.

Mi dueña me interrumpe por segunda vez, riendo en la forma que acostumbra y blandiendo la pluma antes de continuar. Ese gesto suyo despierta mis recuerdos mientras contemplo sus anillos. ¡Bien! ¡No lo escribiré! Ya llegará a su debido tiempo. Pero siempre me resulta extraño al observar la mano suave —como suelo hacer muchas veces mientras duermen los hijos y los nietos queridos— pensar que cuando se interponen el honor y el rango... No... No lo escribiré en este momento. Suprímalo...

Pero ella no lo suprimirá y obrará muy noblemente al proceder en esa forma, pues hemos acordado previamente que se escribirá todo y que nada deberá suprimirse una vez anotado. Desgraciadamente, no sé leer ni escribir, de modo que haré un relato fiel y verídico de estas aventuras, y mi dueña las transcribirá palabra por palabra.

Decía que estaba inclinado sobre la amurada^[6] de la corbeta *Cristóbal Colón* en las aguas transparentes que rodean a las playas de Mosquito; era súbdito de Su Majestad el rey Jorge de Inglaterra y servía en la Marina Real.

En aquellos climas no existe gran actividad. Yo no hacía nada en ese instante. Pensaba en las laderas de Snorridge Bottom y en el pastor, ¿mi padre, tal vez?, con su cayado y su abrigo blanco y rústico en cualquier época del año, quien solía permitirme pasar la noche en un rincón de su choza y acompañarle durante el día a guiar las ovejas cuando yo carecía de trabajo, y que acostumbraba a cederme una ración muy escasa de sus provisiones y otra muy grande de palos, hasta que tuve que escapar de su lado —lo que deseaba desde hacía mucho tiempo, según creo— para vagar por el mundo, por Snorridge Bottom preferentemente. Pasaron ya treinta y nueve años desde el momento en que aparecí por estas aguas de Sudamérica, tan azules y brillantes. ¿Buscaba al pastor? Podría ser, tal vez. Lo veía entre sueños, con los ojos a medio cerrar, mientras él, su rebaño de ovejas y los dos perros parecían alejarse del costado del barco, surcar las aguas azules y ascender al cielo.

—Ya se divisa con claridad —dijo una voz muy cerca de mí.

Estaba tan sumido en mis reflexiones que no pude evitar un sobresalto, aun cuando la voz no me era extraña, pues pertenecía a Harry Charker, mi antiguo camarada.

—¿Qué divisas con tanta claridad? —le pregunté.

—Pues la isla.

—¡Ah, la isla! —contesté, mirando a lo lejos—. Es cierto, la había olvidado por completo.

—¿Olvidar el puerto hacia donde nos dirigimos? Es extraño.

—Lo es, efectivamente —afirmé.

—Y no solamente extraño. ¿No es así, Gill?

Hacía siempre una observación parecida y rara vez otra diferente. Quedaba satisfecho tan pronto como el asunto adquiría un aspecto que no era el que exactamente le correspondía. Era un hombre excelente, y en cierto aspecto alguien sobre quien no podía hacerse el menor comentario. Le califico así porque, además de ser capaz de leer y escribir como un oficial, tenía siempre la inteligencia puesta al servicio del deber. No creo, aun cuando

admiro la instrucción más que nada en el mundo, que fuera capaz de extraer mejor reflexión de todos los libros del universo, aun cuando los hubiera leído todos y fuera el más sabio de los eruditos.

Mi camarada y yo estábamos acuartelados en Jamaica, y de allí fuimos reclutados para integrar la defensa de la colonia británica de Belice, al norte y oeste de la costa de Mosquito. Existía allí gran alarma, debido a una banda cruel de piratas —eran muchos los que infestaban aquellos mares del Caribe extrayendo lo mejor de nuestros cruceros ingleses, ocultándose en los riachuelos y bajíos apartados y ocupando la región cuando eran perseguidos con violencia—. El gobernador de Belice había recibido órdenes del Gobierno de su patria en el sentido de vigilarlos de cerca a lo largo de la costa. En esa época, una corbeta armada, procedente de Port Royal, en Jamaica, llegaba una vez al año cargada con todo el material necesario, alimentos, ropas y objetos de uso diverso; era la misma corbeta a bordo de la que servía.

La isla estaba habitada por una reducida colonia inglesa. Se la llamaba *isla del Tesoro*, debido a que los colonos poseían y explotaban una mina de plata en la tierra firme, en Honduras, y utilizaban la isla como lugar conveniente y seguro para guardar el metal hasta que era recogido por la corbeta una vez al año. Era conducido desde la mina hasta la costa a lomo de mulas, guiadas por indios amigos y custodiadas por hombres blancos; desde allí se transportaba en canoas hasta la isla cuando el tiempo lo permitía, y luego a Jamaica, una vez al año, en la corbeta que ya mencioné; desde Jamaica se distribuía por todo el mundo.

La forma en que llegué a integrar la tripulación de la corbeta puede ser fácilmente descrita. Veinticuatro marinos a las órdenes del teniente Linderwood fueron llamados a Belice para vigilar las canoas y su tripulación y perseguir a los piratas. La isla era considerada un lugar excelente para observar sus movimientos tanto por tierra como por mar. Jamás habían sido vistos hasta entonces, pero circulaban tantos rumores sobre ellos que fue enviado el refuerzo. Yo integraba ese grupo. Incluía a un cabo y un sargento. El primero se llamaba Charker, y Drooce era el nombre del segundo. No existía oficial más tiránico al servicio de Su Majestad que el mencionado en segundo término.

La noche llegó muy pronto después de mi diálogo con Charker. En pocos minutos desaparecieron los colores maravillosos del cielo y el mar; todas las estrellas del firmamento parecieron brillar al unísono y reflejarse sobre el agua a miles de metros de profundidad.

En la mañana siguiente anclamos en las afueras de la isla. Existía un puerto cómodo y abrigado dentro de un pequeño arrecife; también una playa arenosa, cocoteros con troncos altos, erguidos y desnudos, con su follaje en la cúspide, semejantes a enormes plumas verdes; en una palabra: todo lo que suele encontrarse comúnmente en las islas de la región, y que no intento describir, pues pasaré a referirme a otro asunto.

Nuestro arribo produjo gran conmoción. Fueron izadas todas las banderas del lugar, todos los cañones dispararon en nuestro honor y todos sus habitantes acudieron a recibirnos.

Uno de esos súbditos zambos —así llamaban a los nativos mezcla de negros e indios— había salido mar adentro con el objeto de dirigir el timón, y permaneció a bordo tras haber arrojado el ancla. Se llamaba Rey Christian George, y nos abrumaba con sus muestras de afecto. Debo confesar ahora que si hubiera sido en ese momento capitán en lugar de marinero hubiera ordenado azotar a Rey Christian George, ni cristiano ni rey, sin saber la razón exacta y convencido de que procedía razonablemente al dictar esa orden.

Pero debo asimismo confesar que no estaba de humor placentero esa mañana mientras cumplía mi guardia. Mi vida había sido dura y difícil, y la de los ingleses habitantes de la isla era demasiado fácil y alegre para transigir con ella. «¡Aquí están —pensé para mis adentros—, buenos vividores, capaces de leer lo que les place, dispuestos a comer y beber lo que se les antoja y a gastar cuanto se les ocurra! ¿Qué importancia concederíais a un marinero pobre e ignorante? Es duro, ya lo creo, el hecho de disponer vosotros del dinero y recibir yo los puntapiés; vosotros toda la suavidad y yo toda la rudeza; ¡todo el aceite en vuestras manos y todo el vinagre para mí!». Tal vez carezca de sentido pensar de esa forma, pero, aun así, persistí en mis reflexiones. Llegué a tal extremo que cuando una joven inglesa subía a bordo gruñía para mis adentros: «¡Ah, con seguridad tendrá un amante!», como si eso fuera una nueva ofensa para mí en caso de que así fuera.

Ella era hermana del capitán de nuestra corbeta, enfermo desde hacía tiempo, hasta el extremo que debió ser conducido a tierra firme. Era hija de un oficial del ejército y había llegado a la región con su hermana, casada con uno de los dueños de la mina y madre de tres criaturas. Era fácil darse cuenta de que encarnaba el espíritu y la luz de la isla. Tras observarla atentamente gruñí otra vez para mis adentros, con más cólera que antes: «¡Maldito sea si no lo odio ya, fuese él quien fuese!».

Mi superior, teniente Linderwood, estaba también enfermo, y fue conducido a tierra al mismo tiempo que el capitán. Ambos eran jóvenes de mi edad, a quienes no sentaba el clima de las Antillas. Tampoco eso me hizo mucha gracia. Pensé que yo era más apto que ellos, y si todos desertaban yo podría con facilidad reemplazar a los dos primeros. (Puede suponerse la forma en que habría de desenvolverme sin saber leer ni escribir una orden. Y en cuanto a mis conocimientos en el mando de la nave, ¡Dios! ¡Naufragaría en un cuarto de hora!).

Así pensaba entonces; cuando bajamos a tierra con licencia recorrí la región en compañía de Charker, continuando con mis observaciones en un estado de ánimo similar.

Era un lugar hermoso, y en su disposición se notaba la influencia inglesa y sudamericana; el conjunto resultaba agradable y semejante a un trozo de hogar arrancado y trasplantado a ese lugar y adaptado a las circunstancias. Las chozas de los zambos, en número aproximado de veinticinco, caían sobre la playa, hacia la izquierda del fondeadero. A la derecha existía una especie de cuartel con una bandera sudamericana y la insignia inglesa enarboladas en el mismo mástil y donde podría refugiarse toda la colonia inglesa si las circunstancias lo exigieran. Era una manzana de terreno con una especie de parque en su interior, y dentro de este un bloque hundido semejante a un polvorín, con una trinchera cuadrada a su alrededor y escalones que ascendían hasta la puerta.

Charker y yo miramos a través de la reja, que no estaba vigilada; pregunté, refiriéndome al polvorín:

—¿Es allí donde guardan la plata?

Y me contestó, después de reflexionar un segundo:

—La plata no es oro, ¿no es así, Gill?

En ese instante la joven inglesa, que tanta inquietud me causara, asomaba su rostro por una ventana con brillante marquesina. Tan pronto como nos divisó acudió presurosa, mientras continuaba ajustándose aún el ancho sombrero mexicano de paja trenzada, al tiempo que nos saludaba.

—¿Les gustaría entrar y conocer el lugar? —dijo—. Es un paraje muy curioso.

Agradecemos a la joven, replicando que no deseábamos causar ninguna molestia, y ella respondió que no resultaba molesto para la hija de un soldado

inglés mostrar cómo vivían sus compatriotas tan lejos de Inglaterra; en consecuencia, volvimos a cuadrarnos y entramos. En seguida, y mientras permanecíamos en la sombra, ella, tan hermosa como amable, nos mostró la forma en que vivían las distintas familias en casas independientes; además, nos hizo notar que existía una despensa común, una sala de lectura también común, un salón destinado a música y reuniones y otro para iglesia. Sobre un terreno más elevado, en un lugar denominado Signal Hill, había también otro grupo de casas que solían ser habitadas durante el verano.

—Vuestro teniente ha sido conducido allí y mi hermano también —nos dijo—, pues el ambiente es más saludable. En esta época los escasos habitantes están repartidos en ambos sitios, descontando aquellos que van y vuelven de las minas.

«Él figura en alguno de ambos grupos —pensé—, y yo desearía que alguien le rompiera la cabeza».

—Muchas de nuestras mujeres casadas viven aquí con sus hijos durante seis meses como si en realidad fuesen viudas.

—¿Hay criaturas aquí, señorita?

—Diecisiete. Trece de las mujeres son casadas; las ocho restantes, solteras, como yo.

(No había ocho como ella, ni una sola siquiera, en todo el mundo).

—Ellas, junto con treinta hombres ingleses, componen la colonia. No incluyo a los marinos, pues no residen aquí, ni a los soldados tampoco —nos sonrió al decir esto—, por la misma razón.

—¿Tampoco a los mestizos, señorita? —observé.

—Tampoco.

—Excúsenos por hacerle esta pregunta —proseguí—: ¿son dignos de confianza?

—Absoluta. Somos muy afectuosos con ellos, y así lo reconocen.

—¿De veras? ¿Y ese Rey Christian George?

—Muy adicto. Daría su vida por nosotros.

Era tan serena, según observé, como muchas mujeres bellas suelen serlo, y esta serenidad, al hablar, acentuaba la solidez de sus palabras, hasta el punto que creí en sus afirmaciones.

Luego, señalando la construcción, nos explicó la forma en que el metal era extraído de la mina y transportado desde el continente para ser guardado allí. La corbeta llevaría esta vez un cargamento muy rico, pues el rendimiento de ese año había sido muy superior al usual; además, había un cajón de joyas, aparte de la plata.

Cuando miramos a nuestro alrededor aumentaba nuestra cortedad ante el temor de causar molestias; fuimos conducidos ante una gran señora, inglesa de nacimiento, pero criada en las Antillas, quien desempeñaba el papel de dama de compañía. Era viuda de un oficial incorporado a un regimiento de línea. Se había casado y enviudado en Saint-Vincent, con pocos meses de diferencia. Era una mujercita atrevida, con un par de ojos brillantes, una figura pulcra y más bien diminuta, de pies pequeños y con una naricita respingona. Pertenecía a esa clase de mujeres jóvenes, según creía yo en aquella época, que parecían invitar a ser besadas y que os hubiera abofeteado de aceptar la invitación.

No pude saber su verdadero nombre al principio, pues cuando respondió a mi pregunta dijo Belltott o algo parecido, que no pude precisar. Pero cuando nos conocimos mejor —mientras Charker y yo bebíamos sangría de caña de azúcar, deliciosamente preparada por sus manos— descubrí que su nombre era Isabella, más tarde convertida en Bell, y el apellido de su esposo, Tott. Pertenecía a esa clase de mujercitas a las cuales podía considerarse como un juguete —jamás vi a nadie tan parecido—, y ese nombre le sentaba perfectamente. Así se la conocía en la isla. Aun el señor Pordage —y ese sí que era un personaje grave— solía dirigirse a ella llamándola señora Belltott.

Capitán de la corbeta era el capitán Maryon, y por eso no era una novedad escuchar de los labios de la señora Belltott que la hermosa joven inglesa, hermana de aquel, se llamaba señorita Maryon. Pero resultaba extraño que su nombre de pila fuera también Marion, Marion Maryon. Muchas veces acudió este nombre a mi mente. ¡Oh, sí, muchas veces!

Bebimos todo lo que se nos ofreció y luego nos despedimos dirigiéndonos hacia la playa. La temperatura era agradable; el viento, firme y suave; la isla, el mar, el cielo, un cuadro vivo. En ese país solo llueve en dos estaciones. Una comienza en la mitad del verano de nuestra Inglaterra; la otra, quince días después de la festividad religiosa de San Miguel. Agosto se iniciaba en esa época; la primera de las temporadas lluviosas había concluido ya; todo estaba en su máximo esplendor y producía un efecto maravilloso.

—Qué bien lo pasan aquí —dije a Charker con tono áspero—. Esto es mejor que el servicio militar.

Habíamos descendido a la playa para trabar amistad con la tripulación del bote que acampaba allí, y nos aproximábamos ya a su campamento sobre la arena cuando Rey Christian George apareció sigiloso diciendo: «¡Yup, So-Jeer!», que en el bárbaro lenguaje mestizo significaba: «¡Hola, soldado!». Ya afirmé antes que soy un hombre ignorante y espero me perdonaréis si sustento muchos prejuicios aún. Quiero hacer una pública confesión. Puedo equivocarme o estar en lo cierto, pero jamás me gustó lo nativo, a excepción de las ostras.

De modo que cuando Rey Christian George, que además me resultaba desagradable como individuo, vino corriendo y cloqueando al mismo tiempo: «¡Yup, So-Jeer!», sentí deseos de pegarle. Lo hubiera hecho, ciertamente, pero me contuve por temor a una severa amonestación.

—¡Yup, So-Jeer! —le oí balbucear—, malas noticias.

—¿Qué quieres decir? —respondí.

—Yup, So-Jeer, el barco hace agua.

—¿Nuestra corbeta se hunde?

—Iss —contestó, sacudiendo la cabeza, con un sonido que parecía haberle sido arrancado por un hipo violento, cosa común entre los aborígenes.

Miré a Charker, mientras oíamos el ruido producido por las bombas al ser subidas a bordo, y vimos la señal que indicaba: «Venid, necesitamos ayuda». Inmediatamente acudieron presurosos algunos de los tripulantes licenciados de la corbeta, y el grupo de marinos, con orden de estar prevenidos contra los piratas, se lanzó al mar en dos botes para aproximarse a la corbeta.

—¡Oh! ¡Rey Christian George estar muy triste! —dijo el mestizo, vagabundo entonces—. Christian George sufrir como inglés.

Se lamentaba introduciendo los negros nudillos en sus ojos, aullando como un perro y rodando de espaldas sobre la arena. Me contuve para no pegarle y ordené a Charker:

—¡A doble velocidad, Harry! —Al mismo tiempo que nos acercábamos a la costa y subíamos a bordo de la nave.

El caso era que el barco se hundía de tal modo que ningún hombre podía ya prestar ayuda, mientras la confusión aumentaba ante el temor del naufragio

y la pérdida de las provisiones que debían surtir durante un año a la colonia.

El capitán mayor daba órdenes desde la playa. Había sido conducido hasta allí en su hamaca, y mostraba muy mal semblante; pero, a pesar de eso, insistía en permanecer en pie, y yo lo vi trepar al bote y sentarse erguido como si gozara de buena salud.

Tras un rápido acuerdo, el capitán resolvió que todos debíamos trabajar de firme para transportar primero el cargamento; luego desembarcar los cañones y cualquier objeto pesado; más tarde la corbeta sería arrastrada hasta la playa para ser reparada allí. Fuimos revistados y divididos en dos grupos, con determinadas horas de trabajo y de descanso, y nos dispusimos a la tarea de todo corazón. Rey Christian George formaba parte de mi grupo, a petición suya, y trabajaba con tan buena voluntad como los demás. Se dedicó a la tarea con tanto ardor que, a decir verdad, ascendió en mi opinión como el agua ascendía dentro del barco.

El señor Pordage conservaba dentro de una caja rojinegra un documento manchado con tinta por algún rey mestizo borracho —así al menos lo creía yo— que habría desistido del dominio legal de la isla. Mediante el mismo, el señor Pordage había adquirido su título de comisionado. También desempeñaba la tarea de cónsul y se consideraba el gobernador de la isla.

Era un anciano caballero, tieso y orgulloso, sin una sola onza de grasa sobre el cuerpo, de cutis amarillento y de persistente mal humor. La señora Pordage era muy parecida a su esposo, considerando la diferencia de sexos. El señor Kitten, un caballero bajo, calvo, más o menos joven, botánico y mineralogista a la vez y empleado también en la mina, ocupaba el cargo de vicecomisionado y algunas veces el de cónsul delegado. El señor Pordage solía referirse a él como «al empleado de gobierno».

La playa llegó a convertirse en animado escenario ante los preparativos para la reparación de la corbeta; desparramados aquí y allá, veíanse el cargamento, los mástiles, el cordaje, los cascos llenos de agua, y cuadros de hombres elevándose sobre las velas y trozos sobrantes en el instante en que el señor Pordage llegaba muy sofocado preguntando por el capitán Maryon. Este, enfermo como estaba, levantó la cabeza y respondió. Yacía sobre una hamaca sostenida entre dos árboles, desde donde podía dirigir todas las operaciones.

—Capitán Maryon —gritó el señor Pordage—, no procede legalmente.

—Señor —respondió el interpelado—, quedó establecido ante el

escribiente y el encargado que sería usted notificado y se le solicitaría toda la ayuda que pudiera prestar. Estoy seguro de haber cumplido todos los requisitos.

—Capitán Maryon, no ha existido el menor cambio de correspondencia. No se ha presentado ningún documento, no se ha llenado ningún memorándum, no se ha intercambiado ni una sola nota, ni un registro aparece en las actas oficiales. Esto es irregular. Le ordeno que desista hasta que todo sea puesto en orden, o el Gobierno adoptará las medidas del caso.

—Señor —respondió el capitán, ya algo irritado—, entre el riesgo de que el Gobierno proceda o que mi buque se hunda, prefiero enfrentarme al primero.

—¿Está decidido entonces? —exclamó el comisionado.

—Estoy decidido —contestó el capitán, volviendo a recostarse.

—Señor Kitten, envíad a buscar mi chaqueta diplomática.

Vestía en ese momento su habitual traje de lino, pero el aludido partió en el acto en busca de la famosa chaqueta azul con adornos dorados y una corona grabada en los botones.

—Ahora, señor Kitten —continuó el señor Pordage—, le ordeno en su calidad de vicecomisionado y cónsul delegado de esta región preguntar ante el capitán Maryon, de la corbeta *Cristóbal Colón*, si me verá obligado a hacer uso de ella.

—Señor Pordage —contestó el capitán, asomándose otra vez sobre la hamaca—, como alcancé a oír lo que dijo, puedo contestarle sin necesidad de molestar a este caballero. Lamentaré el hecho de verle obligado a usar una chaqueta tan pesada con semejante calor y por culpa mía, pero también se la puede colocar con el revés por afuera o con las piernas dentro de las mangas y vuestra cabeza dentro del faldón, en la forma que mejor le plazca.

—Muy bien, capitán Maryon, muy bien —respondió muy excitado el señor Pordage—, ¡será responsable de las consecuencias! Señor Kitten, ya que las cosas llegaron a ese extremo, reclamo su adhesión.

Partió bruscamente tras pronunciar estas palabras. Fui luego informado acerca de un largo expediente redactado por el señor Kitten e ideado por su superior, que constaba de gran número de páginas y que terminó extraviándose al fin. Nuestro trabajo proseguía alegremente, a pesar de todo,

y la corbeta, arrastrada hacia la playa, yacía impotente sobre uno de sus costados, como un pez enorme fuera del agua. Mientras duraba este estado de cosas se organizó una fiesta, un baile o, mejor dicho, un convite o, más propiamente, las tres cosas a la vez, ofrecido en honor de la tripulación del barco y otros visitantes. En esa reunión pude ver a todos los habitantes de la isla, sin ninguna excepción. Solo algunos atrajeron mi atención, pero me agradó observar a los niños, de diversas edades y muy hermosos, como suelen serlo por lo general. También observé a una dama elegante, de edad madura, ojos oscuros y cabellos grises. Se me informó que su nombre era señora Venning; y su hija casada, pequeña, rubia y delicada, me fue presentada como Fanny Fisher. Parecía una niña; sin embargo, una copia exacta de su persona estaba pegada a sus faldas, mientras el esposo, recién llegado de la mina, no ocultaba su satisfacción al presentarla. En realidad, era una reunión de personas en extremo agradables, pero a mí no me gustaban. Estaba disgustado, y mientras conversaba con Charker no hacía más que encontrar defectos a todo el mundo. Dije que la señora Venning era orgullosa y que la señora Fisher era una niña delicada y tonta.

—¿Qué otra cosa podrían ser —pregunté a Charker— habiéndose criado en un clima con las noches tropicales tan brillantes; con instrumentos de música tocando para ellos; grandes árboles inclinados sobre sus cabezas, alumbrados por suaves lámparas; luciérnagas brillantes; pájaros y flores nacidos para complacer sus ojos; deliciosas frutas y bebidas a su alcance, y todo danzando y murmurando plácidamente en el aire perfumado con el mar rompiendo a sus orillas?

—Engreídos y vanidosos, ¿eh, Harry? —dije a Charker—. ¡Sí, eso creo! ¡Muñecos, muñecos! Muy distintos de nuestros marineros, ¿eh?

No podía, sin embargo, negar que fueron muy amables y que nos trataron con desacostumbrada bondad. Todos estuvieron presentes en la reunión, y la señora Belltott fue tan solicitada que no pudo responder a todas las invitaciones, a pesar de haber bailado sin descanso durante toda la noche.

En cuanto a Jack —no importa si era integrante de la tripulación del barco o de las tropas de vigilancia— bailaba con su hermano Jack, consigo mismo, con la luna, las estrellas, los árboles, el paisaje... Yo no sentía gran afecto por el principal miembro de la reunión, de mirada brillante, el rostro atezado y la figura grata. No me gustó su gesto al aproximarse a nosotros del brazo de la señorita Maryon.

—Capitán Carton —dijo ella—, he aquí a dos amigos míos.

Respondió entonces:

—¡Ah!... ¿Estos dos marineros? —Refiriéndose a Charker y a mí.

—Sí —replicó ella—, exhibí ante estos dos amigos todas las maravillas de la isla.

Nos miró entonces con ojos risueños y respondió:

—Tienen suerte, caballeros. Sería degradado y me situaría frente al mástil como castigo si supiera que un guía semejante me pudiese indicar de nuevo el camino. Son muy afortunados.

Tras saludarnos, ambos se alejaron al compás de la danza. No pude menos que exclamar entonces:

—Bueno eres tú para hablar de suerte. ¡Bien puedes irte al infierno!

El comisionado señor Pordage y su esposa se exhibían en esa ocasión ante los invitados como si fuesen rey y reina de una Inglaterra más poderosa que Inglaterra misma.

Solo dos circunstancias en esa noche apacible me produjeron impresiones muy distintas. Un marinero de nuestra tripulación, llamado Tom Packer, joven veleidoso y extravagante, a pesar de ser hijo de un respetable constructor de buques de Portsmouth Yard, y muy buen estudiante, además de ser bien educado, se acercó hasta nosotros en un descanso entre dos bailes y me condujo aparte, jurando con cólera:

—Gill Davis, tendré que matar al sargento Drooce un día de estos.

Yo sabía que Drooce sentía particular antipatía hacia ese hombre, y además conocía su genio violento, de modo que repliqué:

—¡Bah! ¡No digas semejantes tonterías! ¡Si existe un hombre en la tripulación que pueda burlarse de un asesino, ese es Tom Packer!

Tom enjugó su frente sudorosa mientras decía:

—Yo también lo sé, pero no puedo contenerme cuando alguien trata de ser altanero como él lo ha sido conmigo en presencia de una dama. Te digo, Gill, y recuerda mis palabras, que le irá mal al sargento Drooce si en alguna oportunidad debemos afrontar un compromiso juntos y tiene que recurrir a mí para salvarse. Le permitiré rezar una plegaria, si es que sabe alguna, ¡pues todo estará concluido para él! Recuerda bien mis palabras.

Yo atendí muy pronto sus razones, como podrá verse más adelante. El otro detalle que observé fue la alegría y el afecto demostrados por Rey Christian George. Su espíritu inocente y la imposibilidad en que se hallaba de evidenciar a la pequeña colonia y especialmente a las damas y niños el inmenso cariño que por ellos sentía y cuán devoto y fiel era en caso de vida o muerte en el presente, en el futuro y siempre, me causó gran impresión.

Si alguna vez un hombre, mestizo o no, resultó fiel y digno de confianza hasta un límite que podía calificarse de infantil, ese era Rey Christian George, sin duda alguna; así, al menos, lo creí esa noche cuando me retiré a descansar. Soñé con él; se introducía en mi mente y me obsesionaba. Revoloteaba a mi alrededor bailando y espiando por encima de mi hamaca, aun cuando yo despertaba y volvía a dormirme cincuenta veces. Al final hube de abrir los ojos, y allí estaba realmente, mirando a través de la puerta abierta de la choza, donde la hamaca de Charker oscilaba al compás de la mía.

—¡So-Jeer! —dijo con una especie de gruñido—. ¡Arriba!

—¡Hola! —grité, saltando de la cama—. ¿Qué haces aquí?

—Rey Christian George saber muchas cosas.

—¿Qué novedades tienes?

—¡Piratas a la vista!

Nos vestimos en un segundo. Sabíamos que el capitán Carton, al mando de los botes, vigilaba constantemente la fortaleza, en espera de una determinada señal que era un secreto para todos.

Rey Christian George se desvaneció antes de que tocáramos el suelo. Pero la nueva circulaba ya de choza en choza, e inmediatamente supusimos que el astuto nativo sabía la verdad o no estaría muy lejos de ella.

En un lugar situado en medio de los árboles, detrás de nuestro campamento, existía un espacio pequeño y cubierto, donde guardábamos las provisiones en uso y preparábamos nuestras comidas. Circuló la orden de reunimos allí. Esa orden partía —o así lo creíamos al menos— del sargento Drooce, que era tan eficiente desde el punto de vista militar como tiránico y malo en cualquier otro aspecto. Se nos ordenó también acudir silenciosamente por detrás de los árboles y en fila india. También se reunió allí el resto de las tropas.

En el espacio de diez minutos todos estábamos agrupados, a excepción de

la guardia encargada de vigilar la playa. Esta no parecía haber sufrido alteración alguna, según podíamos comprobar.

Los centinelas se ocultaban en la sombra del casco de la nave y nada se movía sino el mar, aunque muy levemente. El trabajo quedaba siempre abandonado a esa hora en que el calor solía ser intenso, hasta que el sol enviaba sus rayos con menor fuerza y se levantaba una brisa fresca, proveniente del mar. Parecía un día de fiesta, y lo era realmente. El baile de la víspera había concluido y el casco estaba ya reparado. El trabajo principal llegaba a su fase final y al día siguiente la corbeta sería puesta de nuevo a flote.

Los marinos debíamos empuñar las armas ahora. El grupo de perseguidores se separó de los tripulantes de la corbeta. Los oficiales avanzaron por entre ambos grupos y hablaron de modo que todos pudieran escucharlos. El capitán Carton estaba al frente de las tropas, y sus manos sostenían un antejo de largo alcance. Un ayudante permanecía a su lado mientras anotaba señales en su pizarra.

—¡Bien, soldados! —dijo entonces—. Debo comunicaros, para vuestra satisfacción: primero, que hay diez barcos piratas, bien tripulados y fuertemente armados, escondidos en una ensenada de la costa, bajo las ramas colgantes de los árboles. Segundo, ellos vendrán, seguramente, esta noche, cuando aparezca la luna, e invadirán la isla asesinando y robando. Tercero, ¡y no os alegréis!, ¡les daremos caza, si podemos hacerlo, y libraremos de ellos al mundo con la ayuda de Dios!

Nadie habló; ninguno se movió. Pero, a pesar de ello, se oyó un rumor como si cada uno hablara y aprobara con lo mejor de su naturaleza.

—Señor —dijo el capitán Maryon—, me ofrezco como voluntario con todos los botes a mis órdenes. Mis hombres ayudarán a los marineros.

—En el nombre y el servicio de Su Majestad, acepto complacido vuestra ayuda —respondió el interpelado, rozando su gorra—. Teniente Linderwood, ¿en qué forma dispondrá sus tropas?

Estaba avergonzado, lo confieso —y deseo que figure así escrito con todas sus letras y tan claro como sea posible—; estaba profundamente avergonzado de la opinión que esos dos oficiales enfermos me merecieron anteriormente.

El espíritu de ambos vencía a su mal —y yo sabía que estaban muy

enfermos— como san Jorge venció al dragón. La debilidad y el dolor, la necesidad de reposo y tranquilidad no ocupaban ya lugar alguno en su mente. Confío en que mi ama comprenderá y transcribirá fielmente lo que sentí entonces.

«A vosotros dos, bravos oficiales, que anteriormente me inspirabais rencor: sé que aun cuando os sintieseis morir dejaríais de lado vuestra enfermedad para alistaros y empuñar las armas, y luego, al yacer de nuevo en el lecho para no volver a levantarnos jamás, diríais con modestia: “Mi deber está cumplido”. Eso me aliviará, estoy seguro».

Pero volvamos a lo anterior, al instante en que el capitán Carton preguntaba al teniente Linderwood:

—Señor, ¿cómo dividirá a sus hombres? No hay espacio para todos, y de cualquier modo algunos deben permanecer aquí.

Se originó una breve discusión al respecto. Al fin quedó resuelto que ocho soldados de la marina y cuatro marineros quedarían en la isla, aparte de los dos mozos de la corbeta. Y atendiendo al hecho de que los mestizos amigos solo querían recibir órdenes en caso de alarma real, ambos jefes decidieron que Drooce y Charker no se alejaran del lugar. Eso constituía una gran desilusión para ambos, como también para mí, pues tampoco yo debía alejarme; pero esa impresión duró escasos segundos. Sorteamos nuestro destino y yo saqué isla. Igual les sucedió a Tomás Packer y cuatro hombres más de nuestra compañía.

Cuando este asunto quedó resuelto se impartieron instrucciones verbales a cada uno para que la expedición permaneciese en secreto, pues no debía alarmarse a las mujeres y a los niños, y también debía evitarse que encontrara dificultades en cumplir su cometido ante el ofrecimiento de nuevos voluntarios. Los hombres volverían a reunirse al anochecer en ese mismo lugar. Cada uno, mientras tanto, simularía ocuparse en sus tareas habituales. Es decir, todos, a excepción de cuatro marineros dignos de confianza, los cuales, junto con un oficial, fueron designados para revisar las armas y municiones y ocultar las maquinarias en la forma más rápida y silenciosa que pudiera efectuarse.

El timonel mestizo estuvo presente durante todo el tiempo, pues podría ser necesario en cualquier circunstancia, e insistió por lo menos cien veces ante el comandante que Rey Christian George estaría siempre a su lado y cuidaría de «las lindas damas» y «los lindos niños». Se le interrogó sobre los detalles de

la partida de los barcos, y especialmente si existía la posibilidad de desembarco en la parte posterior de la isla, cosa que el capitán Carton hubiera deseado hacer, pues al ocultarse en la sombra podría, cruzando la isla, llegar hasta el océano.

—¡No! —replicó Rey Christian George—. ¡No, no, no! Todo es roca y arrecife. ¡Todos nadar, todos ahogar!

Se arrojaba al suelo, al decir eso, como un nadador bajo el efecto de un ataque de locura, rodando por el suelo y diciendo incoherencias de tal modo que su sola vista constituía un espectáculo.

El sol se ocultó al final de un día que nos pareció muy largo; inmediatamente se reunieron las tropas. Todos respondieron al pasar lista y cada uno ocupó su puesto. No había oscurecido del todo y la marea comenzaba a descender cuando apareció el comisionado Pordage, vestido con su chaqueta habitual.

—Capitán Carton —preguntó—, ¿qué sucede aquí?

—Planeamos realizar una incursión contra los piratas —dijo brevemente el interpelado—. Es una maniobra secreta, de modo que espero sabrá guardar silencio.

—Señor, confío en que no se cometerá ninguna crueldad innecesaria.

—Así lo espero, al menos.

—Eso no es suficiente —exclamó el señor Pordage, muy encolerizado—. Capitán Carton, dese por advertido. El Gobierno le exige tratar al enemigo con gran delicadeza, consideración, piedad e indulgencia.

—Señor —replicó el capitán—, soy un oficial inglés, al frente de soldados ingleses, y espero no frustrar las justas esperanzas del Gobierno. Pero, supongo, no ignoráis que esos villanos, al amparo de su negra divisa, han despojado a nuestros compatriotas de sus bienes, incendiando sus casas, torturándolos y ensañándose con ellos y sus hijos pequeños, y se comportaron peor aún con sus hijas y esposas.

—Tal vez lo sepa, capitán Carton, y tal vez no —contestó el comisionado, agitando sus manos con gran dignidad—. No es usual, señor, que el Gobierno desee contraer compromisos.

—Importa muy poco eso ahora, señor Pordage. En la creencia de que sostengo mi causa ante Dios y no ante el diablo, sabré llevar a cabo mi

empresa con gran dignidad, evitando todo sufrimiento innecesario y con toda la piadosa rapidez que el caso requiere para exterminar a esos hombres de la faz de la tierra. Permítame aconsejarle que vuelva a su hogar y trate de preservarse del aire fresco de la noche.

El oficial no pronunció una sílaba más, volviéndose hacia sus hombres. El comisionado, tras abotonarse la chaqueta hasta la barbilla, ordenó:

—Señor Kitten, sígame.

Luego tosió, hasta ahogarse casi, y desapareció. Ya había oscurecido por completo. La luna no aparecía hasta la una de la madrugada. Nuestros hombres ocuparon el lugar designado con anterioridad, pocos minutos después de las nueve. Simularon dormir, pero todos sabían muy bien que no era el sueño lo que sobrevendría de pronto en tales circunstancias. A pesar de estar muy silenciosos, la intranquilidad aumentaba, semejante al espectáculo que yo había presenciado entre el público de un hipódromo cuando, al iniciarse una carrera, sonaba la campana y abundaban las apuestas desmedidas.

Partieron a las diez, un solo barco por vez, y con un intervalo de cinco minutos entre dos naves; las tripulaciones cesaron de remar hasta que se les acercó el tercer bote. A la cabeza, e impeliendo su propia canoa, pequeña y de singular aspecto, y en medio del silencio más absoluto, navegaba el piloto mestizo, quien debía ayudarles a esquivar el arrecife. Solo una luz se divisaba, y era la que el comandante tenía en sus propias manos. Yo la había encendido, entregándosela en el momento de embarcarse.

Disponían, además, de linternas azules, que no fueron encendidas.

La expedición partió en medio de un silencio absoluto, y pronto Rey Christian George volvió bailando gozoso.

—¡Yup, So-Jeer! —me dijo, sacudido por prolongadas convulsiones—. Rey Christian George estar muy contento. ¡Piratas pronto volaren pedazos! ¡Yup! ¡Yup!

Le repliqué entonces al caníbal:

—Aun cuando sientas tanta alegría, guarda silencio, sin bailar jigas ni palmearte las rodillas, porque apenas si puedo contenerme.

Cumplía mi guardia en ese instante; los doce que quedamos en el lugar, divididos en cuatro grupos, debimos vigilar durante un intervalo de tres horas

por grupo. Fui relevado a las doce. Pocos minutos antes había preguntado «¿Quién vive?» a la señorita Maryon y a la señora Belltott, que acababan de acercarse.

—¡Por Dios! —exclamó la señorita Maryon—. ¿Qué sucede? ¿Dónde está mi hermano?

Le conté lo ocurrido, indicándole al mismo tiempo el desarrollo de las operaciones.

—¡Oh, quiera el cielo protegerle! —exclamó, juntando las manos mientras elevaba la vista—. Se encuentra convaleciente aún y no será capaz de afrontar una lucha semejante —prosiguió, muy cerca de mí y más hermosa que nunca.

—Si lo hubiera visto como yo lo vi, arengando a los soldados, se convencería de que su espíritu es capaz de afrontar cualquier combate. Eso hará mantener su cuerpo airoso dondequiera que el deber lo llame. Sabrá conducirlo a través de una vida honorable o hacia una muerte intrépida.

—Que Dios les ampare —contestó ella, tomándome del brazo.

Me sorprendió ver a la señora Belltott temblar y no articular palabra. Ambas continuaban mirando al mar aún y tratando de escuchar algún rumor, hasta el momento en que fui relevado. La oscuridad continuaba y solicité permiso para acompañarlas. La señorita Maryon, muy agradecida, apoyó su brazo en el mío, dejándose guiar.

Debo hacer una confesión que os parecerá muy singular. Tras haberlas dejado, me acosté de cara a la playa y lloré por primera vez desde que era niño, cuando asustaba a los pájaros en Snorridge Bottom, pensando cuán pobre e ignorante era.

Eso duró medio minuto apenas. Un hombre no puede ser dueño de sí mismo en todo momento. Me levanté luego, encaminándome hacia la choza, y me acosté sobre la hamaca; terminé por dormirme con los párpados húmedos y el corazón dolorido, al igual que en mi infancia, y había sido tratado peor que de costumbre.

Dormí profundamente, como un niño en las mismas circunstancias. Desperté con estas palabras: «Es un hombre resuelto». Salté de la hamaca y cogí el fusil, mientras, de pie, sobre el suelo, volvía a repetirme las mismas palabras.

Pero lo curioso de mi situación era que parecía repetir esas palabras tras habérselas oído a alguien y haberme alarmado en exceso oyéndolas.

En cuanto me recobré, salí de la choza dirigiéndome al sitio donde estaba el centinela. Charker preguntó:

—¿Quién vive?

—Un amigo.

—¿Eres tú, Gill? —me dijo, volviendo a colocarse el arma sobre el hombro.

—Gill —asentí.

—Pero ¿qué demonios haces aquí, fuera de tu hamaca?

—Demasiado calor para dormir —repliqué—. ¿No hay dificultades?

—¿Dificultades? No, ninguna hasta ahora. ¿Qué podría marchar mal aquí? Quisiera saber cómo lo pasan en los botes.

Exceptuando las luciérnagas titilando aquí y allá y de vez en cuando el chapotear de grandes animales al meterse en el agua, nada podía apartar los botes de nuestro pensamiento.

La luna estaba ya sobre el mar, desde hacía media hora más o menos. Mientras Charker hablaba, con el rostro vuelto hacia ella, yo mirando hacia la isla, dije de pronto, poniéndole mi mano sobre el pecho:

—¡No te muevas, ni te des vuelta! ¡No levantes la voz! ¿Has visto algún rostro maltés por aquí, anteriormente?

—No, ¿qué quieres decir? —preguntó, mirándome con fiereza.

—¿Ni el rostro de un inglés tuerto con un parche sobre la nariz?

—No. ¿Por qué lo preguntas? ¿Qué intentas decir?

Yo había alcanzado a divisar a ambos, espiándonos desde su escondite, detrás del tronco de un cocotero, en el instante preciso en que la luna iluminaba sus figuras. También descubrí al piloto mestizo, arrastrándolos hacia la oscuridad, con el propósito de ocultarlos. Todo eso duró un instante; descubrí en seguida —como cualquier hombre en mi lugar lo hubiera hecho— que el movimiento de los piratas sobre la tierra firme era una treta planeada de antemano; que la corbeta había sido inundada con el propósito de inhabilitar la nave; que se había provocado la salida de los botes con el objeto

de dejar sin protección a la isla; que los piratas habían desembarcado en el otro extremo gracias a un pasaje secreto, y que Rey Christian George era un traidor y el más perverso villano.

También pensé en ese instante que Charker era un hombre valiente, pero no perspicaz, y que el sargento Drooce, mucho más inteligente, estaba muy cerca de nosotros. Todo lo que dije a Charker fue:

—Sospecho que hemos sido traicionados. Vuélvete de espaldas hacia la luna y cubre el tronco del cocotero situado enfrente de ti, hasta la altura del corazón de un hombre. ¿Has entendido?

—Entendido —respondió Charker, volviéndose al instante y ocupando el lugar con los nervios bien templados—. La derecha no es la izquierda, ¿no es así, Gill?

Pocos segundos más tarde estaba yo ante la choza del sargento Drooce, quien dormía profundamente; como era hombre de sueño pesado, tuve que sacudirlo para que despertase. Al instante se volvió en la hamaca y se irguió como un tigre. Y era un tigre por cierto, aunque yo sabía que a pesar de su acaloramiento no ignoraba el motivo por el cual había sido arrancado de su sueño.

Tuve que esforzarme para hacerle entrar en razones, jadeando y balbuciendo:

—¡Sargento, soy Gill Davis! ¡Traición! ¡Piratas en la isla!

Las últimas palabras lo volvieron a la realidad.

—He visto a dos de ellos hace un minuto —proseguí.

Luego le repetí lo que ya había dicho a Harry Charker.

Su cabeza de soldado se aclaró al instante. No malgastó palabras ni siquiera para expresar sorpresa.

—Ordene a la guardia retroceder hasta el fuerte —así llamaban a la construcción que antes mencioné, aun cuando no tuviera el menor parecido con una fortaleza—. Acérquese hasta allí tan pronto como pueda, despierte a todo el mundo y asegure la verja. Yo llevaré hasta allí a todos los habitantes del cerro. Si quedamos rodeados antes de poder unirnos a vosotros, deberéis realizar una incursión y reemplazarnos en lo posible. Nuestra consigna será: mujeres y niños.

Corrió en seguida como fuego que el viento empujara sobre el pasto seco.

Desperté a los siete hombres que dormían en ese instante, los cuales corrieron junto a él antes de tener conocimiento de estar despiertos del todo. Yo transmití las órdenes a Charker y corrí hacia el fuerte con una velocidad jamás igualada ni siquiera en sueños.

La valla no estaba bien cerrada; solo contaba con una barra de madera doble, una cadena simple y un candado en malas condiciones. Aseguré la empalizada tan bien como hubiera podido hacerlo, en escasos segundos, y con dos manos tan solo, y de allí corrí hacia el edificio donde la señorita Maryon vivía. La llamé por su nombre hasta que la oí responder; luego repetí en alta voz los nombres que sabía: señora Macey (la hermana casada), señor Macey, señora Venning, señor y señora Fisher, hasta el de señor y señora Pordage. Ordené a todos los caballeros presentes:

—¡Levántense y acudan a defender el lugar! Hemos sido cogidos en una trampa. Los piratas desembarcaron ya. Seremos atacados inmediatamente.

Al oír la palabra terrible: *¡Piratas!*, gritos y gemidos partieron de todas direcciones, pues los villanos habían cometido tantas fechorías por aquellos mares que jamás podrían ser descritas, ni siquiera imaginadas.

Rápidamente se deslizaron las luces desde una ventana a otra, sucediéndose los gritos y exclamaciones, mientras hombres, mujeres y niños acudían volando hacia la plazoleta.

La escena me sugirió esta observación: «¡Cuántas actitudes diferentes se advierten en un solo instante!». Descubrí a la señora Macey viniendo hacia mí y conduciendo a sus tres hijos; al señor Pordage, dominado por el terror y tratando en vano de colocarse la chaqueta diplomática; al señor Kitten, empeñado en atar un pañuelo sobre la cofia de dormir de la señora Pordage y procediendo con la mayor reverencia.

Vi a la señora Belltott deslizarse sobre el terreno, cubriéndose el rostro con las manos, y acurrucarse luego temblando a mi lado. Pero lo que observé con mayor placer fueron las miradas decididas de los hombres de la mina, a quienes suponía delicados caballeros y a los que vi venir hacia mí con las armas de que disponían, tan fríos y resueltos como yo lo estaba.

Explicué al señor Macey, la persona de más rango en el lugar, que debía haber tres centinelas en la empalizada, si es que no estaban ya, y que el sargento Drooce y otros siete soldados habían salido a recoger a los restantes pobladores dispersos de la isla. Le urgí, luego, por la vida de todos aquellos a quienes quería, a no confiar en ningún mestizo, y, sobre todo, si tuviera

oportunidad de hallarse frente a Rey Christian George, a no dejarle escapar y enviarlo al otro mundo.

—Seguiré su consejo al pie de la letra, Davis —respondió—. ¿Hay algo más?

—Pienso, señor, que podría recomendarle transportar los muebles más pesados y construir con ellos una especie de barricada detrás de la verja.

—Estoy muy de acuerdo. ¿Vendrá a examinarla más tarde?

—Con gusto le ayudaré si el sargento Drooce, mi superior, no me ordena otra misión.

Me estrechó la mano, y, tras haber dispuesto que varios de sus compañeros acudieran en mi ayuda, se alejó con el fin de inspeccionar las armas y municiones. Su actitud era firme, valiente y decidida.

Uno de sus tres hijitos era sordomudo. La señorita Maryon se había hecho cargo de los niños desde el primer instante, tranquilizándoles, vistiéndoles — las criaturas habían sido arrancadas de su sueño— y haciéndoles creer que todo era una especie de juego, con tanta naturalidad que varios de ellos reían todavía. Trabajé incansablemente junto a los demás en la construcción de la barricada y en la excavación de una trinchera de regulares dimensiones. Drooce y los siete restantes volvieron acompañados por los habitantes del cerro y trabajaron a nuestro lado, pero sin cambiar ni una frase entre ambos, pues el trabajo urgente no lo permitía. La trinchera estaba ya concluida cuando me encontré frente a la señorita Maryon con un niño en los brazos. Un lazo sujetaba sus cabellos oscuros, que parecían más abundantes y hermosos arreglados así, sin el menor esmero. Estaba muy pálida, pero extraordinariamente tranquila y silenciosa.

—Mi buen y querido Davis —dijo—, estuve aguardándole para decirle algunas palabras.

Me volví de súbito hacia ella. Si hubiera recibido una bala en el corazón y estuviese presente allí, creo que también me hubiera vuelto hacia ella antes de morir.

—Esta hermosa criatura —dijo, besando al niño que tenía en sus brazos— no puede escuchar nuestra conversación, pues no oye en absoluto. Tengo tanta confianza en usted que deseo me haga una promesa.

—¿Qué desea, señorita?

—Si somos vencidos y si tiene la seguridad de que seré llevada por la fuerza, máteme antes.

—No sucederá mientras yo viva, señorita. Moriré en su defensa antes de llegar a ese extremo. Pasarán antes sobre mi cadáver.

—Pero si es que debemos morir —¡en qué forma me miraba entonces!—, si no puede salvarme viva, me salvará muerta, al menos. ¡Prométalo!

¡Bien! Le prometí cumplir hasta el fin, si es que todo lo demás fracasaba. Ella estrechó mi mano, una mano áspera y ruda, y la acercó a los labios. Luego la hizo besar por el niño también. Creo que desde ese instante y hasta que cesó la lucha, me sentí tan valiente como si poseyera la fuerza de seis hombres juntos.

Durante todo el tiempo, el señor Pordage no cesaba en sus deseos de leer una proclama a los piratas para que abandonaran las armas y partieran; era zarandeado de un lado a otro cuando solicitaba tinta y pluma para cumplir su propósito. La señora Pordage aún tenía algunas ideas curiosas acerca de la respetabilidad de su cofia (con muchas bandas cruzadas, dispuestas en capas escalonadas, como si fuera un vegetal de la clase de las alcachofas). No se la hubiera quitado por nada del mundo y protestaba cuando recibía empujones de las demás mujeres que ayudaban a transportar cosas. En una palabra, provocaba tantas dificultades como su esposo. Pero como en ese momento nos disponíamos a ocupar nuestros sitios para la defensa de la plaza, ambos fueron alejados del lugar sin ceremonia alguna. Las mujeres y los niños se situaron en la pequeña trinchera que rodeaba al sitio del tesoro —temíamos dejarles en alguno de los edificios poco sólidos, que podrían correr el riesgo de ser incendiados—. Ocupamos los lugares más estratégicos. Contábamos con buen número de sables y machetes, que pronto fueron repartidos. Además, disponíamos de una veintena de fusiles.

Con gran asombro noté que la señora Fisher, a quien siempre consideré una muñeca, se mostraba muy activa, no solo transportando armas, sino ofreciéndose voluntariamente para cargarlas.

—Pero ya sé hacerlo muy bien —continuó alegremente, sin la menor vacilación en su voz.

—Soy hija de un soldado y hermana de un marino, y también entiendo de eso —dijo igualmente la señorita Maryon.

Firmes y activas, ambas jóvenes, tan delicadas y hermosas, ocuparon su

puesto, detrás del sitio en que yo me hallaba, alcanzando los fusiles, martillando el pedernal, observando las llaves y controlando el canje de pólvora y municiones, tan resueltas como el mejor de los soldados.

El sargento Drooce había informado de que el número de piratas era numeroso —más de un centenar, según creía, a pesar de que no todos habían desembarcado, pues alcanzó a divisarlos al otro lado del cerro, esperando, evidentemente, al resto, para atacar en masa—. Comentaba una y otra vez con el señor Macey el mismo tema, en esa pausa momentánea, la primera que gozábamos desde que se inició la alarma, cuando aquel exclamó de súbito:

—¡La señal! ¡Nadie ha pensado en ella!

No sabíamos que existiera alguna, de modo que no hubiéramos podido imaginarla siquiera.

—¿A qué señal se refiere, señor? —preguntó el sargento Drooce, mirándole con fijeza.

—Hay una pila de leña sobre el cerro. Si pudiera encenderse, lo cual nunca se ha hecho hasta el presente, constituiría un motivo de alarma, indicador del peligro en que la isla se halla.

Charker exclamó al instante:

—Sargento Drooce, yo cumpliré esa misión. Permita que me acompañen los hombres que integran conmigo la guardia esta noche y yo encenderé el fuego, si es que puede hacerse.

—¿Y si no fuera posible? —terció el señor Macey.

—¡Considere a las mujeres y los niños, señor! —replicó Charker—. Me prendería fuego a mí mismo, antes que evitar cualquier posibilidad de salvarlos.

Dimos un ¡hurra! En su honor, que brotó espontáneamente, y el sargento y los dos hombres abandonaron la empalizada y se deslizaron al exterior. Tan pronto como volví a ocupar mi sitio, tras cerrar la verja, la señorita Maryon se acercó para decirme en voz baja:

—Davis, examine la pólvora. Creo que no está en buenas condiciones.

Volví la cabeza. Rey Christian George otra vez, y una nueva traición. El agua del mar había sido conducida hasta el polvorín, mojando la pólvora y dejándola inutilizada.

—¡Un momento! —exclamó el sargento Drooce, sin que se alterase un solo músculo de su rostro, después de escuchar el relato de lo ocurrido—. Inspeccionad vuestros bolsos, soldados. Inspeccionad vuestros bolsos, marineros.

Habíamos vuelto a ser víctimas de otra treta del aborigen, quien de algún modo había conseguido llegar a las municiones: todos los cartuchos estaban inservibles.

—¡Hum! —dijo entonces el sargento—. Echad un vistazo a las armas, soldados. ¿Marcha todo bien hasta ahora?

Sí, todo estaba en orden.

—Bien, camaradas y caballeros en general —continuó el sargento—, este será un encuentro frente a frente: tanto mejor así.

Se convidó a sí mismo con rapé; irguió sus hombros cuadrados y el tórax hercúleo, frente a la luz de la luna, que se mostraba en todo su esplendor, con tanta indiferencia como si esperase el comienzo de una representación.

Permaneció silencioso; todos le imitamos por espacio de una media hora. Los restos de conversación que alcanzaba a escuchar me revelaron cuán poco nos preocupaba a nosotros el metal que no nos pertenecía, y cuánto a sus verdaderos dueños. Al finalizar ese intervalo, nos informaron que Charker y sus acompañantes se replegaban hacia nuestra posición perseguidos por un grupo de doce piratas.

—Avanzad hasta la verja bajo las órdenes de Gill Davis, y tratad de socorrerlos. ¡Portaos como valientes!

No tardamos mucho en cumplir la misión y logramos ponerlos a salvo.

—No me llevéis cerca de las mujeres y los niños —exclamó Charker, abrazándose a mi cuello y cayendo a mis pies, no bien se cerró la verja—. Es mejor que no conozcan la muerte, si puede evitarse. Tendrán ocasión de verla muy pronto.

—¡Harry! ¡Camarada! —gemí, sosteniéndole la cabeza. Tenía el cuerpo surcado por profundas heridas; el cabello chamuscado y el rostro ennegrecido por el alquitrán desprendido de la antorcha.

El primer grupo de piratas que desembarcó en la isla había logrado apoderarse de la señal.

No intentó quejarse.

—¡Adiós, viejo camarada! —Fue todo lo que dijo, sin dejar de sonreír—. Estoy ya casi muerto, y estar muerto no es lo mismo que estar vivo. ¿No es así, Gill?

Tras ayudarle a recostarse, volví a mi puesto. El sargento Drooce me interrogó, enarcando levemente las cejas. Contesté inclinando la cabeza:

—Apretad filas, soldados y caballeros. Una baja en la línea de combate.

Los piratas estaban ya muy cerca de nosotros y sus avanzadas tocaban la empalizada. Acudían cada vez en mayor número produciendo gran estruendo y gritando a pleno pulmón. Cuando comprobamos que estaban ya allí, lanzamos tres hurras en nuestro idioma. Los pequeños se unieron al clamor, firmemente convencidos de que todo era un juego, y se escuchó el aplaudir de sus manecitas en el silencio que siguió a continuación.

Estábamos distribuidos así, comenzando desde el fondo: la señora Venning, con su nietecito en brazos, sentada sobre los escalones de la trinchera y rodeando el tesoro, dirigiendo y animando a las mujeres y niños, con tanta calma como si pasara por uno de los momentos más felices y apacibles de su existencia. Luego seguía una línea de hombres armados, bajo las órdenes del señor Macey, que cruzaba todo el ancho del recinto, de frente a él y de espaldas a la verja, para poder vigilar así los muros y evitar que fuesen tomados por sorpresa. Seguía un espacio de ocho o diez pies de profundidad, donde estaban las armas disponibles y donde la señorita Maryon y la señora Fisher, con las manos y las ropas estropeadas por la pólvora, trabajaban de rodillas atando cuchillos, viejas bayonetas y puntas de lanza a las bocas de fusiles inútiles. Luego seguía una segunda línea armada, a las órdenes del sargento Drooce, también cruzando el ancho del recinto, pero de frente a la verja. Más adelante, la trinchera que habíamos construido, con un sendero en zigzag para que mi grupo y yo pudiéramos replegarnos en caso de ser empujados desde la empalizada. Todos teníamos conciencia de que era imposible mantener la posición durante mucho tiempo, y nuestra única esperanza consistía en que los botes descubrieran a tiempo la treta y retrocedieran para acudir en nuestra ayuda.

El grupo al que yo pertenecía fue colocado contra la empalizada. Pude observar desde un agujero a los invasores. La mayoría estaba integrada por malayos, holandeses, malteses, griegos, mestizos, negros e ingleses presidiarios de las Antillas, y entre estos últimos aquel tuerto con el parche en el ojo. Había portugueses también y algunos españoles. El capitán era un

portugués; un hombrecillo con unos enormes pendientes de aro que sobresalían bajo un sombrero de ala ancha. Todos estaban muy bien armados, como si se tratara de un abordaje, con picos, sables, machetes y hachas. También observé gran cantidad de pistolas, pero ningún fusil.

Eso me hizo comprender que consideraban que una carga continuada de fusilería sería escuchada desde el continente; además, como el fuego también podría ser avistado, no tratarían de incendiar el fuerte y quemarnos vivos, procedimiento considerado como el más expeditivo. Busqué a Rey Christian George entre ellos, y de haberlo hallado dudo que una de mis balas dejara de alojarse en su cabeza. Pero aquel no aparecía.

Un demonio portugués, especie de monstruo con apariencia de loco furioso o de temible borracho —todos tenían ese aspecto en mayor o menor grado—, avanzó enarbolando una bandera negra, que sacudió varias veces. Inmediatamente el capitán exclamó en inglés, con voz aguda:

—¡Quedáis emplazados, ingleses necios! ¡Abrid la empalizada! ¡Rendios!

Como nos manteníamos unidos y sin responder, se dirigió a sus hombres para decirles algo que no pude entender, y no bien concluyó, el inglés con el parche, después de avanzar algunos pasos, volvió a repetir en su idioma:

—¡Abanderados, debemos emplear el menor tiempo posible! Tomad todos los prisioneros que podáis. Si no se rinden, matad a los niños para obligarles. ¡En marcha!

Todos se acercaron a la verja, y a los pocos segundos caía deshecha en pedazos.

Les atacamos a través de las brechas y aspilleras, y abatimos a muchos; el solo peso de sus cuerpos hubiera podido derribar la verja, aun careciendo de armas.

Pronto descubrí al sargento Drooce a mi lado, agrupando a los seis marineros restantes; a Tom Packer, muy cerca de mí, ordenándonos retroceder tres pasos y, no bien irrumpiera el enemigo, descargar a bocajarro nuestras armas sobre ellos.

—Recibidlos luego detrás de las trincheras con bayonetas; por lo menos, cada uno de vosotros debe atravesar el cuerpo de uno de esos escarabajos.

Les contuvimos con una descarga escasa y les contuvimos también en las trincheras. Pero, aun así, irrumpieron como un enjambre endiablado; eran, a

decir verdad, más diablos que hombres; en seguida nos encontramos frente a frente.

Unimos nuestros fusiles y comenzamos a dar golpes con ellos. Incluso entonces las dos mujeres, siempre detrás de mí, permanecían firmes y alertas alcanzándonos las armas. En un momento dado, un grupo de malayos y malteses cayó sobre mí, y si no hubiese dispuesto de un espadón alcanzado por las mismas manos de la señorita Maryon, hubiese muerto al instante. Pero ¿era eso todo? ¡No! Divisé un montón de cabellos oscuros y un vestido blanco avanzar interponiéndose entre ellos y yo, con el riesgo de que mi propia arma en alto le ocasionara una muerte instantánea.

Drooce, armado en igual forma, manejaba el sable con tanta destreza y valentía que provocó la misma exclamación repetida en lenguas diferentes:

—¡Matad a ese sargento!

Yo había recibido una herida profunda en el brazo izquierdo, y no me hubiera percatado de ello de no ser por la debilidad que comenzó a invadirme. Tenía el cuerpo manchado de sangre, y solo pude en ese instante distinguir a la señorita Maryon, quien, ayudada por la señorita Fisher, con tiras de su vestido trataba de vendarme la herida. Tom Packer, empeñado en ahuyentarlos, fue llamado para protegernos mientras yo era auxiliado, pues de lo contrario hubiera muerto desangrado tratando de defender mi vida. Tom acudió en el acto con un buen sable en la mano.

En ese mismo instante —todo parecía ocurrir en ese mismo instante— media docena de hombres se precipitaron aullando sobre el sargento Drooce. Este, apoyado sobre la pared, silenció para siempre uno de los aullidos con un terrible golpe, mientras esperaba a los restantes con el rostro tan increíblemente impasible que todos se detuvieron asombrados.

—Míralo ahora —gritó Tom Packer—. ¡Ahora que podría hacerle desaparecer! ¡Gill! ¿Recuerdas mis palabras?

Imploré a Tom Packer en nombre de Dios, y con tanto ardor como pude hacerlo en mi estado, que acudiera en ayuda del sargento.

—¡Le odio! —replicó Tom, sacudiendo la cabeza con aire resuelto—. Aun cuando debo reconocer que es un hombre valiente.

Luego gritó en alta voz:

—Sargento Drooce, dime que te has conducido muy mal conmigo y que

por ello estás arrepentido.

El sargento, sin desviar la vista de sus asaltantes, pues eso le hubiera acarreado una muerte inmediata, respondió con firmeza:

—No, no me arrepiento.

—Sargento Drooce —contestó Tom en una especie de agonía—, he empeñado mi palabra de que nunca te salvaría de la muerte aun cuando pudiera hacerlo. Reconoce que te has comportado mal y estás arrepentido y acudiré al instante.

Alguien del grupo puso al descubierto su cabeza calva. El sargento le dio muerte instantánea.

—Vuelvo a repetirte —continuó el sargento, recobrando el aliento y esperando ser atacado otra vez—: no, no me arrepiento. Si no eres lo suficiente hombre como para luchar por un camarada cuando necesita ayuda y sin ninguna razón, me iré al otro mundo, donde encontraré hombres mejores.

Tom se deslizó en medio de los atacantes para acudir en su auxilio. Ambos trataron de abrirse camino a través de otro grupo enemigo, poniéndoles en fuga; luego se acercaron hasta el sitio donde yo, con gran regocijo, comenzaba a ser consciente de que tenía un sable en la mano.

Cuando ambos se acercaron a nosotros en medio de grandes dificultades, se oyó un coro de terribles lamentos provenientes del lugar donde se hallaban las mujeres.

Vi a la señorita Maryon con el rostro alterado, cubriendo con sus manos la cara de la señora Fisher. Miré hacia el lugar del tesoro y descubrí a la señora Venning muy erguida sobre los escalones de la trinchera, con sus cabellos grises y sueltos y sus ojos llameantes; mientras escondía a su nieta entre los pliegues de la falda, luchaba contra un pirata con su mano libre y caía alcanzada por un tiro certero.

El coro de exclamaciones se dejó oír nuevamente, y las mujeres se precipitaron al ataque en medio de la lucha. Inmediatamente algo cayó rodando muy cerca de mí; pensé que la pared cedía, pero no era así. Un grupo de mestizos había pasado al otro lado del muro y cuatro hombres se aferraron como serpientes a mis rodillas. Uno de ellos era Rey Christian George.

—Yup, So-Jeer —dijo—. Rey Christian George estar muy contento de tomar soldado prisionero. Rey Christian George esperar eso mucho tiempo.

¡Jup, Jup!

¿Qué hubiera podido hacer con veinticinco hombres encima sino dejarme atar de pies a cabeza? Todo estaba concluido ya; los botes no habían regresado; ¡la batalla estaba perdida! Cuando fui levantado y colocado del otro lado de la tapia, el tuerto inglés presidiario y el capitán portugués acudieron a observarme.

—¡Mirad! —dijo el primero—. ¡Parece un hombre resuelto! ¡Si la noche pasada dormiste profundamente, esta noche quedarás dormido para siempre, valiente soldado!

El capitán portugués rio con frialdad y me golpeó con la hoja de su machete, como si yo fuera la rama de un árbol que le sirviera de pasatiempo. Lo miré con fijeza a los ojos, sin apartar su mirada de la mía. Me siento feliz al recordarle; pero cuando se alejaron caí y allí quedé abandonado sobre el suelo.

El sol había salido ya cuando fui levantado y se me ordenó acercarme a la playa para ser embarcado. Estaba tan dolorido que nada pude recordar en ese instante, pero muy pronto se hizo la luz en mi cerebro. Los cadáveres yacían en toda la extensión del lugar, mientras los piratas enterraban sus muertos y trasladaban a sus heridos en improvisadas angarillas hacia la parte trasera de la isla. Algunos de sus botes habían acudido al muelle habitual con el objeto de trasladarnos a nosotros, sus prisioneros. Tal vez seamos pocos los infelices, pensé no bien llegué hasta allí; aun así, eso sería otra señal evidente de que habíamos luchado con valentía y logrado obtener, al menos, que el enemigo también padeciese.

El capitán portugués había conseguido embarcar ya a todas las mujeres en el bote mandado por él mismo, que acababa de zarpar en el instante en que yo me acercaba a la orilla. La señorita Maryon, sentada a su lado, fijó en mí su mirada, llena de tranquilo coraje, de piedad y confianza, un instante tan solo, que duró muchas horas en mi mente. La señora Fisher, en el lado opuesto, lloraba por su madre y su hijita perdidas. Fui empujado hacia el mismo bote que Drooce, Packer y el resto de nuestro grupo de marinos, de los cuales habíamos perdido dos, además de Charker, mi pobre y valiente camarada.

Fue un paseo muy triste, bajo el sol ardiente, en dirección a tierra firme. Allí desembarcamos en un lugar solitario y fuimos revistados sobre la arena. El señor Macey, su esposa e hijos estaban con nosotros, al igual que el señor Pordage y su esposa, el señor Kitten, señor Fisher y señora Belltott. En total,

catorce hombres, quince mujeres y siete niños. Esos eran los únicos supervivientes de los ingleses que se habían retirado a descansar felices y confiados, la noche anterior, en la isla del Tesoro.

Capítulo II

Prisión en la selva

El segundo capítulo, que no fue escrito por Dickens, describe a los prisioneros (veintidós mujeres y niños), conducidos al interior por el capitán pirata y convertidos en garantía material que debería responder por el metal precioso y las joyas que quedaron en la isla, con la declaración expresa de que si este era arrebatado por buques ingleses de la custodia de los piratas, los prisioneros morirían asesinados. Desde su «Prisión en la selva» (este es el título del segundo capítulo) lograron escapar río abajo, tripulando balsas. La continuación ha sido relatada por el señor Dickens en un tercero y último capítulo.

Capítulo III

Las balsas sobre el río

Buscamos un medio para mantenernos a flote durante toda esa noche, mientras la corriente nos empujaba con fuerza, haciéndonos deslizar un largo trecho sobre el río. Pero reparamos en que la noche era peligrosa para una navegación semejante, debido a los remolinos del agua, y por esa razón quedó sentado al siguiente día que en lo sucesivo nos detendríamos a la puesta del sol para acampar sobre la arena. Como ignorábamos si los piratas disponían de botes que llegaran hasta la prisión en la selva, acordamos acampar siempre al lado opuesto de la corriente para interponer el ancho río entre ellos y nosotros. Suponíamos que si conocían algún sendero distinto que condujera por tierra hasta la boca del río, aparecerían forzosamente, capturándonos o matándonos, de acuerdo con lo que juzgaran más conveniente; pero si ese no era el caso y el río no se deslizaba por ninguno de sus apostaderos secretos, podríamos tal vez escapar.

Cuando hablo de que quedó establecido esto o aquello, no quiero decir que planeáramos algo confiando en lo que sucedería una hora más tarde. Habían sucedido tantas cosas en una sola noche, y la fortuna de muchos de nosotros había experimentado cambios tan repentinos y violentos, que nos habituamos a la certidumbre en menos tiempo que muchos otros en toda su vida.

Las dificultades que nos salieron al paso a lo largo del río hicieron de la probabilidad de resultar ahogados —por no hablar de la de ser capturados— algo tan claro y simple como el sol que nos iluminaba. Aun así, todos nos esforzamos por llevar las balsas bajo la dirección de los marineros —pues nuestra propia habilidad no hubiera impedido su vuelco—, así como también trabajamos intensamente intentando corregir los defectos de su construcción apresurada, porque el agua penetraba ya por ellas. Mientras nos resignábamos humildemente a perecer, si esa era la voluntad de Dios, también estábamos

muy decididos a realizar el mayor esfuerzo posible.

Y en esa forma continuamos deslizándonos a favor de la corriente. Nos llevaba de un banco a otro, nos hacía virar, pero nos impulsaba al mismo tiempo, algunas veces tal vez con demasiada lentitud; otras, con excesiva rapidez.

El pobrecillo sordomudo dormitaba durante largos intervalos, así como el resto de las criaturas, sin causarnos trastornos. Todos parecían adquirir el mismo aspecto ante mis ojos, no solo por su actitud silenciosa, sino por sus rostros semejantes. El movimiento de la balsa solía ser casi siempre el mismo; el escenario variaba poco; el rumor de las aguas, siempre monótono y constante, como un estribillo invariablemente repetido. Aun en los mayores el efecto producido era el mismo, a pesar del trabajo arduo y de la constante ansiedad.

Cada nuevo día se parecía tanto al anterior que pronto perdí la noción del tiempo, y debía consultar a la señorita Maryon para saber, por ejemplo, si estábamos en el tercero o el cuarto día. Ella llevaba consigo una pequeña libreta de apuntes y un lápiz, y escribía el diario de navegación, es decir, anotaba los acontecimientos del día y las distancias que nuestros marinos creían habíamos adelantado noche a noche.

Así nos manteníamos a flote y nos deslizábamos sobre el agua. Durante todo el día y a toda hora, el agua, los bosques, el cielo; el constante observar hacia ambos márgenes del río y más lejos aún; siempre adelante, ante cualquier mirada brusca, buscando el rastro de algún barco o un nuevo escondite de piratas. Los días se perdían en conjunto y en un grado tal que apenas si podía dar crédito a mis oídos cuando al preguntar: «¿Cuántos días llevamos ya, señorita?», me contestaba: «Siete».

La chaqueta diplomática del señor Pordage había llegado a un estado tal como jamás se viera hasta entonces. El barro del río, el agua, el sol, el rocío, las ramas lacerantes y los matorrales la habían convertido en jirones colgando a lo largo de su cuerpo. El sol había terminado por trastornarle un poco. Estaba empeñado en lustrar siempre el mismo botón, que colgaba del puño izquierdo, y en reclamar con insistencia papel y pluma un millar de veces en veinticuatro horas. Estaba convencido de que jamás saldríamos del río si no lo solicitábamos escribiendo un memorándum, y cuanto más nos esforzábamos por mantener las balsas a flote, más insistía en que debíamos abandonar el manejo de las mismas.

La señora Pordage persistía en el uso de su cofia. Dudo que alguien, fuera de nosotros, que hubiera comprobado el adelanto de esa prenda de vestir pudiera explicar ahora qué significaba entonces. Se había convertido en jirones que le tapaban la vista y estaba tan sucia que podía ser fácilmente tomada por un vegetal crecido en un pantano o por juncos de la orilla de un río; no puedo imaginar la forma en que un nuevo espectador la hubiera definido. Aun así, la infortunada anciana suponía que no solamente era muy elegante, sino lo más decentemente adecuado. Adoptaba un aire superior que sorprendía a las demás que por carecer de cofia se veían obligadas a sujetar sus cabellos en cualquier forma.

No acierto a describirla cuando, sentada sobre el tronco de un árbol en el exterior de la choza o bien a bordo de la balsa, lucía su bendita cofia. Tenía un cierto parecido con la adivina del libro con figura que solía verse en los escaparates en mi juventud, si se exceptuaba su aire imponente. Pero, Dios me perdone, ¡su dignidad al sentarse y dormir con la cabeza envuelta en ese manojito de andrajos era única en el mundo! Solo mantenía relaciones con tres de las damas del grupo. Algunas reconocían lo que ella llamaba su «superioridad» al entrar o salir del miserable y pequeño refugio, mientras otras no se habían dignado presentarle sus respetos o cosa por el estilo. Así pasaba sus horas entre cumplidos y formalidades, mientras su esposo, sentado sobre el mismo tronco, nos ordenaba a todos, sin excepción, a dejar que la balsa se hundiera y alcanzarle útiles para escribir.

Nuestro lento paso por el río no resultaba todo lo silencioso que pudiera desearse, debido, en parte, al bullicio que el comisionado Pordage originaba y a los gritos del sargento Drooce sobre la popa de la balsa —cosa que Tom Packer podía difícilmente soportar—. Pero era muy importante para nosotros, sin duda alguna, evitar que algún oído pudiera escucharnos en la ribera o en los bosques. Teníamos la certeza de ser buscados y podríamos ser detenidos en cualquier instante. Eran momentos de ansiedad, ciertamente.

La séptima noche de nuestro viaje nos apresuramos más que de costumbre a buscar un lugar oculto donde desembarcar en la margen opuesta a la de nuestra fuga. Nuestro pequeño campamento quedó armado en el acto; cenamos y muy pronto se durmieron los niños. Se designó la guardia y todo quedó en orden. Era una noche estrellada, con el cielo muy azul y gran oscuridad en los lugares de espesa sombra, sobre las márgenes del río. La señorita Maryon y la señora Fisher se mantenían siempre a mi lado desde el comienzo del ataque. El señor Fisher, que trabajaba incansablemente sobre la

barca, me había dicho en una ocasión:

—Mi querida esposa, despojada de su hija, le ha cobrado tal simpatía, Davis, y es usted un caballero tan gentil y tan «firme» —nuestro grupo había adoptado esa palabra al escucharla de boca del pirata tuerto—, que me quito un gran peso de encima al dejarla bajo su cuidado.

Le contesté entonces:

—Su esposa está en mejores manos que las mías bajo el cuidado de la señorita Maryon, pero puede confiar en que sabré custodiar fielmente a ambas.

Él replicó entonces:

—Confío en ello, David, y desearía de todo corazón que fuera suya toda la plata de nuestra vieja isla.

Acampamos, como dije; cenamos, dispusimos la guardia y los niños se durmieron. Era hermoso y solemne verlos en esas regiones solitarias arrodillarse bajo el cielo estrellado repitiendo todas las noches antes de dormirse las oraciones sobre el regazo de sus madres. En esos momentos todos los hombres nos descubríamos, manteniéndonos a distancia. Cuando las inocentes criaturas se dormían murmurábamos a coro: «¡Amén!», pues a pesar de no haber escuchado lo que decían, sabíamos que debía hacernos gran bien.

En esos mismos instantes, como era natural, aquellas pobres madres, cuyos hijos habían sido asesinados, derramaban abundantes lágrimas. Pensé que la escena tal vez les llevaría consuelo al mismo tiempo que lloraban, pero aun cuando estuviera equivocado o en lo cierto, la verdad es que desgarraba el corazón verlas llorar.

Esa noche la señora Fisher sollozó por su hijita perdida hasta quedar profundamente dormida. Yacía sobre una capa de hojas —yo trataba cada noche de hacer el improvisado camastro en la mejor forma posible— mientras la señorita Maryon la cubría, sentada a su lado y sosteniendo una de sus manos. Las estrellas las contemplaban desde el cielo. En lo que a mí respecta, trataba de cumplir mi cometido en la mejor forma.

—Davis —dijo la señorita Maryon; no intento describir su voz; no podría aunque lo hiciera.

—Aquí estoy, señorita.

—El río suena como si estuviera crecido esta noche.

—Es creencia general, señorita, que nos estamos aproximando al mar.

—¿Creéis entonces que podremos escapar?

—Ahora lo creo realmente. Siempre aseguré que lo creía, pero en mi interior no estaba convencido por completo.

—¡Qué contento estaréis, mi buen Davis, al volver de nuevo a Inglaterra!

Tengo que hacer otra confesión, que os parecerá muy singular. Cuando pronunció estas palabras sentí que un nudo me apretaba la garganta, y las estrellas que yo miraba desde lejos parecían deshacerse en destellos que caían sobre mi rostro y lo quemaban.

—Inglaterra no significa mucho para mí, señorita.

—¡Oh, un inglés tan leal no debiera decir eso! ¿Se siente mal esta noche, Davis? —preguntó cariñosamente, cambiando el tono de su voz.

—Me siento perfectamente, señorita.

—¿Está seguro? Su voz suena alterada en mis oídos.

—No, señorita; soy el mismo hombre fuerte de siempre. Pero Inglaterra no significa nada para mí.

La señorita Maryon permaneció silenciosa durante un rato tan largo que supuse deseó poner punto final a la conversación. Pero no era así, pues volvió a insistir en tono claro y firme:

—No, amigo mío; no debe pensar así. Tiene muchos años por delante. Debe volver a la patria con el renombre adquirido aquí y la gratitud, el cariño y el respeto que logró conquistar: allí contribuirá a la felicidad de la joven inglesa que será su esposa y a quien conoceré algún día, según espero; y yo aumentaré su felicidad y su orgullo al narrarle las acciones en las que ha intervenido con tanta gloria y al expresarle la amistad de que dio prueba.

Aun cuando esas palabras cariñosas fueron dichas con acento jovial, había un deje piadoso en su voz. No repliqué nada. Parecería otra extraña confesión si dijese que anduve de un lado a otro durante toda la noche haciéndome los reproches más duros: «Eres más ignorante que cualquier ser humano, más oscuro y pobre que ningún otro; no vales más que el barro que pisas». Continué censurándome en igual forma hasta el amanecer.

Con la claridad reanudamos el trabajo. No sé qué habría hecho si no

hubiera tenido una ocupación continua.

Estuvimos de nuevo a bordo a la hora de costumbre y seguimos deslizándonos río abajo, que parecía ahora más ancho y libre de obstáculos que hasta entonces y fluía con mayor rapidez. Era uno de esos días en que Drooce permanecía tranquilo; además, el señor Pordage, aparte de sentirse malhumorado, había perdido casi la voz; de modo que teníamos un viaje fácil y silencioso.

Siempre había un marinero en la proa de la balsa observando atentamente a su alrededor. De pronto, en un momento en que el calor arreciaba y los niños dormitaban imitando a los árboles y los juncos de la orilla, Short, el vigía, levantó los brazos y gritó cauteloso:

—Deteneos. Oigo voces a lo lejos.

Nos detuvimos contra corriente tan pronto como pudimos y la segunda balsa siguió el mismo ejemplo. Al principio el señor Macey, el señor Fisher y yo no pudimos oír nada, aun cuando ambos marineros, a bordo de nuestra balsa, afirmaban escuchar el ruido de voces y remos. Tras una pequeña pausa todos coincidimos en afirmar lo mismo. Pero en esas regiones podía oírse a largas distancias, y como el río hacía un recodo delante de nosotros, nada podíamos divisar sino las márgenes que habíamos logrado recorrer el octavo día de viaje.

Pronto quedó decidido que un hombre debía desembarcar y penetrar en la selva, donde tendría una noción más clara de la situación real, quien debería prevenir a las balsas ancladas en medio de la corriente. El tripulante sería desembarcado en la orilla, pues se calculaba que de ese modo el tiempo invertido sería menor que el empleado ganando la orilla a nado. La balsa que le condujese volvería a reunirse con la otra en la parte media del río, aguardando sus señales.

En caso de peligro, el hombre debería trasladarse por sí mismo hasta que, desaparecido este, pudiera ser de nuevo recogido. Yo me ofrecía a desempeñar esa misión.

Sabíamos que las voces y los remos se aproximarían con lentitud, pues la corriente les era desfavorable, y nuestros marineros podían adivinar también, de acuerdo con el movimiento de la corriente, la orilla por donde acudirían. Fui desembarcado en seguida; la balsa se volvió a su destino y yo me adentré en la selva.

Era un lugar caluroso y húmedo, poblado de zarzales, que debía atravesar sin nada que se opusiera a mi paso. Atravesé el recodo en diagonal, salvando así una gran distancia; me acerqué a la orilla otra vez, busqué un escondite y esperé. Ya podía distinguir claramente el ruido de los remos; las voces habían cesado ya.

El sonido llegaba hasta mí a intervalos regulares. Yo imaginaba al escucharlo que era una repetición constante del nombre: «Rey Christian George, Rey Christian George...», una y otra vez con pausas iguales. Tuve tiempo asimismo de reflexionar que si se trataba de piratas podría, y así lo haría —no consideraba que un tiro podría acabar para siempre conmigo—, podría, vuelvo a repetir, nadar, a pesar de la herida, dar la señal de alarma y ocupar mi puesto al lado de la señorita Maryon.

«Rey Christian George, Rey Christian George, Rey Christian George...». El rumor se acercaba cada vez más.

Miré a mi alrededor tratando de descubrir el lugar desde donde podría ponerme a cubierto contra una descarga y eché un vistazo hacia atrás, buscando la huella de mis pasos en caso de una posible huida; desde ese momento estaba ya preparado y listo para cualquier eventualidad.

«¡Rey Christian George! ¡Rey Christian George! ¡Rey Christian George!». Ya estaban allí.

¿Quiénes eran? ¿Los bárbaros piratas, escoria de todas las naciones, dirigidos por hombres como el pequeño mono portugués y aquel inglés presidiario con el rostro atravesado por una cuchillada que hubiera debido separarle la cabeza del cuerpo? ¿Los peores hombres del mundo, escogidos entre los viles para realizar las más crueles ignominias que jamás mancillaran antes el mundo? ¿La multitud aullante, enloquecida y asesina enarbolando el negro estandarte que nos venció a traición, dada su superioridad numérica?

No. Eran hombres ingleses en barcos ingleses. Bravos marineros y soldados, soldados que yo conocía y marineros que conocían a nuestros compañeros. En el timón del primer bote, el capitán Carton, firme y ansioso; en el timón del segundo, el capitán Maryon, valiente y temerario; en el timón del tercero, un viejo marino con la decisión grabada en su rostro vigilante, parecido a un mascarón de proa. Todos armados de pies a cabeza y entregados a la tarea con toda voluntad y energía. Todos buscando los rastros de algún amigo o enemigo y ardiendo en deseos de ser los primeros en acudir en auxilio nuestro o en vengar crueldades. Todos con el rostro encendido al

divisar al camarada hecho prisionero y todos saludándome con alborozo cuando subí a bordo del bote mandado por el capitán Carton.

—¡Nos evadimos todos, señor! —informé entonces—. ¡Todos bien, a salvo y muy cerca de aquí!

¡Dios me ampare y los ampare! ¡Qué exclamación! Me sentí flojo al pasar de mano en mano desde la proa a la popa; todos palmeándome o cogiéndome de un modo u otro al pasar.

—¡Ánimo, valiente camarada! —exclamó el capitán Carton, dándome palmadas en el hombro y alcanzándome una botella—. Apoye sus labios aquí y recobraré de nuevo el color. ¡Muchachos, remad más aprisa!

Las orillas se deslizaban a nuestro paso con tanta rapidez como si la corriente más poderosa que fluyese jamás estuviera dentro de nosotros; y así era, estoy seguro, si por corriente me refiero al ardor y al espíritu que animaba a aquellos hombres. Las orillas parecían volar a nuestro paso, hasta que divisamos las balsas, y continuaron volando hasta que pudimos colocarnos a su lado; entonces se detuvieron; en seguida se produjo el tumulto de risas, gritos, besuqueos y apretones de manos, de niños que pasaban de un brazo a otro, y un enorme torrente de gratitud y alegría nos envolvió a todos, apaciguando nuestros corazones.

Había notado en el bote del capitán Carton nuevos arreglos a bordo. Descubrí una especie de arco hecho con flores que fue colocado detrás del capitán, entre él y el timón. No solamente estaba hecho de flores, sino adornado también en forma muy singular. Varios hombres se habían quitado las cintas y hebillas de sus sombreros, colgándose entre ellas; otros habían dibujado festones y guirnaldas con sus pañuelos; otros introdujeron trozos de vidrio, brillantes relicarios, tabaqueras y fruslerías parecidas entre las flores; de cualquier forma, aquello presentaba un aspecto vivido y brillante bajo la luz solar. Pero yo no podía entender por qué y para qué estaba allí.

En seguida, tan pronto como se hubo calmado el primer aturdimiento, el capitán ordenó desembarcar a los presentes, pero su propio bote, con dos remeros en él, se alejó de nuevo algunas yardas de la playa. Mientras se mantenía flotando en ese lugar, ambos remeros procuraban que la corriente no les arrastrase, y el hermoso arco constituía el centro de atracción de todas las miradas. Ninguno de los hombres de la tripulación sabía nada acerca de él, a excepción de que era una fantasía del capitán.

Este, con las mujeres y los niños apiñados a su alrededor y hombres de

todas las categorías escuchando detrás de aquellos, relató en qué forma la expedición, engañada por la treta, había perseguido a los botes piratas menores la noche fatal y continuado su búsqueda al día siguiente sin sospechar hasta muchas horas más tarde que el grueso de los piratas se había retirado en la oscuridad cuando la persecución comenzó, desembarcando en la isla. Continuó relatando cómo la expedición, suponiendo enfrentarse a toda la formación de botes enramados, fue desafiada en medio de bajíos y quedó encallada, pero no sin obtener su desquite sobre los dos botes que sirvieron de señuelo, que fueron alcanzados, volteados y hundidos con toda su tripulación. Luego explicó cómo la expedición, comprendiendo la treta al fin, salió con gran esfuerzo de la varadura y volvió a la isla después de perder cuatro días, donde encontró a la corbeta echada a pique, después de ser barrenada, con el tesoro desaparecido. También se refirió a mi superior, el teniente Linderwood, dejado en la isla al frente de una compañía de soldados, tan reforzada desde el continente como se pudo conseguir en tan poco tiempo; y contó la forma en que los tres botes a la vista habían sido armados, tripulados y enviados a explorar las costas y estuarios en nuestra busca. Hablaba de frente al río, y durante el transcurso de su narración el puente de floretes aparecía iluminado por los rayos del sol ante los ojos de los presentes.

Inclinada sobre el hombro del capitán Carton, entre él y la señorita Maryon, aparecía la señora Fisher con la cabeza caída sobre el hombro de su amiga. En esa postura, sin levantar la cabeza, preguntó si había sido encontrada su madre.

—Consuélese —respondió el capitán suavemente—. Yace ya bajo los cocoteros de la playa.

—Y mi hijita, capitán Carton, ¿ha sido encontrada también? ¿Descansa junto a la abuela?

—No. Su hermosa niña duerme bajo una sombra de flores.

Su voz se estremeció, pero había algo en ella que llamó la atención a todos los oyentes. En ese mismo instante una niña saltó al bote desde el puente, batiendo las manos y estirando los brazos al tiempo que exclamaba:

—¡Papá querido! ¡Querida mamá! No me mataron y estoy a salvo. He venido a daros un gran beso. Llevadme hasta ellos, llevadme hasta allí, mis buenos marineros.

Ninguno de los que presenciaron la escena pudo olvidarla ni la olvidará jamás. La niña se había quedado muy silenciosa en el lugar donde su valiente

abuela la había dejado con estas palabras murmuradas a su oído:

—¡No te muevas de aquí, suceda lo que suceda!

Allí permaneció hasta que el fuerte quedó desierto; luego escaló la trinchera y se dirigió a la casa de su madre, donde fue encontrada por él. Nada pudo inducirla más tarde a abandonar los brazos del capitán; debió ser llevada a bordo, donde los hombres construyeron el arco para ella. Era un espectáculo observar el rostro de los allí presentes. La alegría de las mujeres era emocionante, el regocijo de aquellas que habían perdido a sus hijitos era sagrado y casi divino; pero el éxtasis de la tripulación cuando su mascota fue devuelta a sus padres era admirable por la ternura que se revelaba en medio de su rudeza.

Mientras el capitán permanecía con la niña en los brazos, con los bracitos rodeándole el cuello, y pasando luego de mano en mano, la tripulación, regocijada, arrojaba sus gorras al aire, reía, cantaba, gritaba, sin permitir que nadie interviniera, en una forma que jamás podrá ser descrita. Al final divisé al patrón del barco mercante y a otro tripulante, ambos de rostro severo y cabellos grises, a pesar de ser los más alegres del grupo, acercarse el uno al otro, tomarse por la cabeza bajo los brazos y aporrearse tan fuerte como podían en su exceso de alegría.

Cuando hubimos descansado lo suficiente —nos alegró disponer de alimentos saludables que habían sido traídos en los botes— volvimos a reanudar nuestro viaje río abajo: balsas, botes y todo lo demás. Me dije a mí mismo que este era un viaje muy distinto de lo que había sido, mientras volvía a ocupar mi lugar entre mis buenos camaradas.

Pero cuando nos detuvimos para pernoctar descubrí que la señorita Maryon había comentado con el capitán Carton algo que directamente me concernía, pues este se acercó diciéndome:

—Mi bravo camarada, ha sido el guardián de la señorita Maryon durante todo el tiempo y continuará siéndolo. Nadie le reemplazará en esa distinción tan honrosa.

Agradecí el honor con las palabras más adecuadas que pude hallar, y esa noche fui colocado en mi antiguo puesto vigilando su sueño. Más de una vez en la noche observé asomarse al capitán y recorrer el lugar para comprobar que todo estaba en orden. Debo hacer ahora otra singular confesión: yo lo observaba y mi corazón se oprimía.

Desempeñaba igual cargo durante el día en el bote del capitán. Mi sitio estaba a su lado y ninguna otra mano sino la suya tocó mis heridas jamás. (Hace ya años que están curadas).

El señor Pordage mantenía un silencio tolerable ahora que ya disponía de papel y tinta, e iba recobrando paulatinamente el juicio. Sentado en el segundo bote, con el señor Kitten a su lado, escribía documentos durante todo el día, e invariablemente nos hacía llegar su protesta por cualquier motivo en cuanto parábamos.

El capitán concedía poca importancia a sus protestas, hasta el punto de que llegó a circular una leyenda entre la tripulación: siempre que alguien necesitaba un fósforo para encender su pipa solicitaba:

—¡Jack, haz el favor de alcanzarme una protesta!

En cuanto a la señora Pordage, continuaba usando su cofia y había cortado sus relaciones con el resto de las damas, a causa de no haber sido rescatada solemnemente y por separado con el capitán Carton. El fin del señor Pordage, para concluir con todo lo que a él se refería, fue la obtención de numerosas felicitaciones por su conducta en estas circunstancias de prueba. Murió de ictericia siendo gobernador y comendador de la Orden del Baño.

El sargento Drooce había trocado su estado de intensa fiebre por otro de menor intensidad, pero de más lento proceso. Tom Packer, el único hombre que podía hacerle salir de ese trance, cuidaba de él a bordo de la balsa, mientras la señora Belltott, otra vez animada como nunca —aun cuando su espíritu en los momentos de prueba no coincidió con su apariencia—, era la enfermera que obedecía sus instrucciones.

Antes de arribar a las costas del Mosquito, uno de nuestros hombres hizo circular la siguiente humorada: «Muy pronto veremos publicado el nombre de la señora Tom Packer en lugar de la señora Belltott».

Cuando alcanzamos la costa, conseguimos botes de los nativos en sustitución de las balsas, y remamos a lo largo, tierra adentro; y en ese clima agradable y con el agua tan límpida, los días parecían encantados. ¡Ah! Se deslizaban con mayor rapidez que cualquier río o mar, y no había marea que los trajera de vuelta. Nos íbamos acercando al lugar donde los habitantes de la isla serían desembarcados y desde donde nosotros recibiríamos orden de volver a Belice.

El capitán Carton tenía a su lado en el bote un curioso rifle español de

cañón largo, y en cierta ocasión, refiriéndose a él, dijo a la señorita Maryon que era el mejor de cuantos conocía; luego, volviendo su cabeza hacia mí, continuó:

—Gill Davis, cárguelo de nuevo, así tendremos oportunidad de probar sus cualidades.

De modo que descargué el rifle sobre el mar y volví a cargarlo obedeciendo sus órdenes; luego lo deposité a los pies del capitán.

El penúltimo día de nuestro viaje fue extraordinariamente caluroso. Partimos muy temprano, sin percibir la menor brisa de aire fresco durante todo el trayecto; al mediodía, el calor era difícil de soportar, sobre todo por las mujeres y los niños. Pero acertamos a descubrir en ese preciso momento una pequeña bahía protegida por la sombra de árboles de copa espesa. Entonces el capitán dio orden de seguir y detenerse luego un rato allí.

La tripulación que estaba fuera de servicio bajó a tierra recibiendo órdenes de no alejarse y mantenerse a la vista como medida de precaución. El resto permaneció en su puesto, dormitando. Se tendieron toldos al efecto en todos los botes, de modo que los pasajeros permanecieron a bordo, dormidos en su mayoría. Yo conservaba mi puesto detrás de la señorita Maryon, situada a la derecha del capitán, mientras la señora Fisher estaba otra vez a su lado. El capitán tenía a la hijita de la señora Fisher sobre sus rodillas y conversaba en voz baja con ambas damas, debido a que la gente suele adoptar este tono apaciguado en circunstancias de tanta indolencia, y también por no despertar a la niña dormida.

Creo que ya expliqué a mi ama, para que ella lo transcriba, que el capitán Carton tenía la vista aguda en extremo. Súbitamente me dirigió una mirada de soslayo, como queriendo expresarme: «¡Firme! ¡No haga el menor movimiento! Alcanzo a ver algo...», y depositó a la criatura en brazos de su madre.

Su gesto era tan expresivo que obedecí mirando hacia ambos lados sin cambiar la postura. El capitán continuó conversando en el mismo tono suave, pero comenzó a jugar con el rifle, mientras sus brazos descansaban sobre las rodillas y la cabeza se inclinaba hacia delante, como si el calor le resultara pesado en extremo.

—Ellos pudieron llevar a cabo su plan con gran artimaña —prosiguió el capitán, levantando el rifle y mirando perezosamente a la marquetaría—, y las desatinadas autoridades locales fueron fácilmente engañadas —deslizó

perezosamente su mano izquierda a lo largo del cañón, pero pude observar sin aliento que cubría la acción de amartillar el arma con la derecha—; fueron tan fácilmente engañadas que nos incitaron a caer en la trampa. Pero mi intención en cuanto a operaciones futuras...

Como un relámpago colocó el fusil ante sus ojos y disparó.

Todos se levantaron precipitadamente; innumerables ecos repitieron el ruido de la descarga; una nube de pájaros de brillantes colores huyó chillando de la floresta; un puñado de hojas quedó desparramado en el lugar donde se estrelló el disparo; se oyó un crujir de ramas y un ser blando y pesado saltó al aire y cayó de cabeza sobre la costa fangosa.

—¿Qué significa esto? —gritó el capitán Maryon desde su bote.

Todo quedó silencioso entonces, a excepción del eco que continuaba vibrando.

—Es un traidor y un espía —replicó el capitán Carton, alcanzándome el rifle para que volviera a cargarlo de nuevo—. ¡Y creo también que el otro nombre de este animal es Rey Christian George!

El tiro le había atravesado el corazón. Algunos hombres corrieron hacia el lugar y le extrajeron del barro con el rostro sucio de agua y fango, pero ese rostro ya no volvería a animarse de nuevo.

—Dejadlo colgado junto a ese árbol —exclamó el capitán Carton; la tripulación obedeció y saltó a bordo—. Pero antes todo el mundo a su puesto. En cuanto a los botes, fuera del alcance del fusil.

Se produjo un viraje rápido, bien entendido y ejecutado, aun cuando terminó con una decepción. No había piratas allí; nadie más que el espía pudo ser hallado.

Se estableció la hipótesis de que los piratas, incapaces de detenernos, y esperando un gran ataque como consecuencia de nuestra escapatoria, se habían evadido de las ruinas de la selva, alcanzando el vapor junto con el tesoro y dejando al espía para recoger cuantos informes pudiera. Al atardecer nos marchamos, dejándole colgado del árbol, muy solo, con el sol rojizo como una especie de fúnebre oración sobre su rostro moreno.

Al día siguiente arribamos a la colonia, en la costa del Mosquito, adonde habíamos sido destinados. Luego de una estancia de siete días para reponernos y descansar, y tras ser muy elogiados y obsequiados, recibimos

órdenes de iniciar la marcha desde la verja de la ciudad —no se trataba de un gran pueblo, ni existía una gran verja— a las cinco de la mañana del día siguiente.

Mi superior se había reunido con nosotros momentos antes. Cuando nos dirigimos al lugar señalado, todos los habitantes ya estaban allí; al frente de ellos estaban los que fueron nuestros compañeros en la prisión y además todos los marinos.

—Davis —dijo el teniente Linderwood—. ¡Avance un paso al frente, amigo!

Salí de las filas, mientras la señorita Maryon y el capitán Carton se acercaron a mí.

—Querido Davis —dijo la señorita Maryon, mientras las lágrimas se deslizaban por sus mejillas—, vuestros amigos, agradecidos, no deseando alejarse de usted, le piden un favor, mientras su barco se aleja y se aleja usted también llevando nuestro afectuoso recuerdo que nada podrá empañar, acepte esta suma de dinero que será más valiosa para usted, todos lo sabemos, por el profundo afecto y la gratitud con que se le ofrece que por su contenido, aun cuando tenemos la esperanza de que le pueda ser útil en el futuro.

Apenas si pude responder que aceptaba agradecido la muestra de cariño, no el dinero. El capitán Carton me miró atentamente, retrocedió y se alejó. Le saludé con una inclinación para agradecerle su gesto delicado.

—No, señorita —proseguí—; pienso que me causaría un profundo dolor aceptar ese dinero. Pero si condesciende en dar a un hombre tan ignorante y vulgar como yo alguna cosa pequeña que haya usado: un trozo de cinta...

Ella extrajo de su dedo un anillo y lo depositó en mi mano, y continuó con su mano en la mía mientras decía:

—Los valientes en la Antigüedad, sin ser más valientes o tener una naturaleza más noble que la suya, recibían obsequios semejantes de sus damas y por ellos realizaban sus proezas. Si las vuestras son dedicadas a mí, pensaré con orgullo que continúo tomando parte en la vida de un caballero valiente y generoso.

Me besó la mano por segunda vez en mi vida.

Yo me atreví a besar la suya, guardé el anillo junto a mi pecho y volví a mi sitio.

Luego la litera salió de la verja con el sargento Drooce y la señora Belltott en ella; el teniente Linderwood dio la orden de partir, y en medio de vivas y aplausos salimos de la verja también, marchando a través de la llanura, hacia el cielo azul, como si avanzáramos derechos al paraíso.

El plan de los piratas quedó deshecho, pues el buque que les conducía y que llevaba el tesoro a bordo fue tan vigorosamente atacado por uno de los cruceros de Su Majestad, en las Antillas, y tan rápidamente abordado y conquistado, sin que sus tripulantes llegaran a darse cuenta de ello, que las tres cuartas partes de los piratas resultaron muertos, el resto tomado prisionero y el tesoro rescatado.

En cuanto a mi última confesión, aquí está: yo sabía muy bien qué distancia inmensa e insalvable existía entre la señorita Maryon y yo; sabía que era un compañero tan apropiado para ella como lo hubiera sido para los ángeles; sabía que ella estaba lejos de mi alcance como el cielo de mi cabeza; pero así y todo la amaba. ¿Cómo pudo mi corazón ser tan osado, o por qué razón un hombre tan ignorante y oscuro como yo elevó a tal altura sus pensamientos, sabiendo perfectamente cuán imposibles y temerarios eran? No lo sabría decir; pero aun así, mi dolor era tan intenso como el del más perfecto caballero.

Sufrí mucho durante largo tiempo. Pensaba constantemente en las palabras de despedida que me dirigió, y siempre procedí con dignidad. Si no hubiera sido por aquellas palabras, pienso que me habría abandonado a la desesperación y a la indiferencia por cuanto me rodeaba.

El anillo estará siempre junto a mi corazón y permanecerá allí, aun después de muerto. Estoy envejeciendo ya, pero todavía me siento fuerte y capaz.

Fui ascendido y recompensado, pero mi ignorancia se interpuso en el camino y me encontré tan apartado por ella, que no pude adquirir la más mínima instrucción, aun cuando intenté hacerlo.

Hace mucho que presto servicios en el regimiento, al que respeto y donde soy apreciado.

En estos instantes, cuando hago a mi ama este relato para ser transcrito, todos mis antiguos pesares se suavizan y soy tan feliz como puede serlo un hombre en esta hermosa residencia de campo perteneciente al almirante barón *sir* George Carton.

Es su esposa quien escribe estas palabras y quien me buscó por sí misma a través de muchas millas de distancia, hallándome herido en un hospital y trayéndome hasta aquí. Mi ama es la señorita Maryon.

Y ahora, al concluir, contemplo su cabello gris caer sobre su rostro, mientras se inclina sobre el escritorio; y le agradezco fervorosamente su ternura hacia el dolor y las penas de su pobre soldado anciano, leal y humilde.



CHARLES DICKENS (Portsmouth, Gran Bretaña 1812 - Londres, 1870). Escritor británico, segundo de los ocho hijos de un funcionario de la Marina. A los doce años, encarcelado el padre por deudas, tuvo que ponerse a trabajar en una fábrica de betún. Su educación fue irregular: aprendió por su cuenta taquigrafía, trabajó en el bufete de un abogado y finalmente fue corresponsal parlamentario de *The Morning Chronicle*. Sus artículos, luego recogidos en *Bosquejos de Boz* (1836-1837), tuvieron un gran éxito y, con la aparición en esos mismos años de *Papeles póstumos del club Pickwick*, Dickens se convirtió en un auténtico fenómeno editorial. Novelas como *Oliver Twist* (1837), *Nicholas Nickleby* (1838-1839) o *Barnaby Rudge* (1841) alcanzaron una enorme popularidad, así como algunas crónicas de viajes, como *Estampas de Italia* (1846). Con *Dombey e hijo* (1846-1848) inicia su época de madurez novelística, de la que son buenos ejemplos *David Copperfield* (1849-1850), su primera novela en primera persona —y su favorita—, en la que elaboró algunos episodios autobiográficos, *Casa desolada* (1852-1853), *La pequeña Dorrit* (1855-1857), *Historia de dos ciudades* (1859) y *Grandes esperanzas* (1860-1861). En 1850 fundó su propia revista, *All the Year Round*, en la que publicó por entregas novelas suyas y de otros escritores, y la serie de *La señora Lirriper* (1863-1864), escrita en colaboración con otros autores, igual que *Una casa en alquiler* (1858). Dickens murió en Londres en 1870.

Notas

[¹] En inglés, *golden*. (N. de la E.) <<

[2] Rubia Lucy. (*N. de la E.*). <<

[3] tilla: entablado que cubre una parte de las embarcaciones menores. (*N. de la E.*). <<

[4] En el original, *Christopher Columbus*. (N. de la E.). <<

[5] Gills, en inglés, «agallas», «branquias». (*N. del T.*) <<

[6] amurada: costado del barco, considerado por la parte interior. (*N. de la E.*).

<<